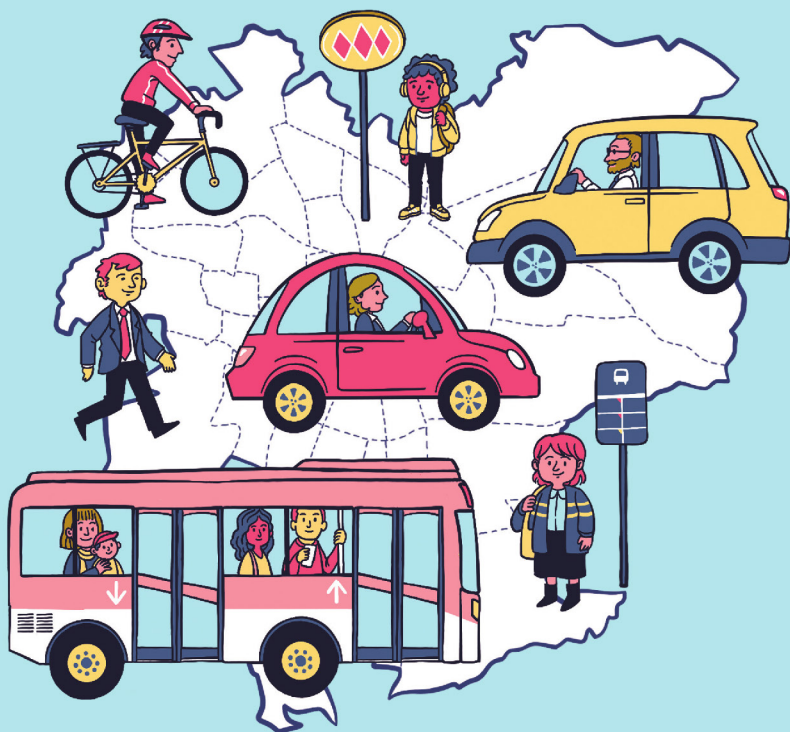


LA CIUDAD SE VUELVE PREGUNTA

Proximidad y movilidad en la
ciudad de Santiago de Chile

Alejandra Lazo Corvalán



EDITORIAL CUARTO PROPIO

LA CIUDAD SE VUELVE PREGUNTA

**Proximidad y movilidad en la
ciudad de Santiago de Chile**

Alejandra Lazo Corvalán



EDITORIAL CUARTO PROPIO

PARA LEONORA

LA CIUDAD
SE VUELVE PREGUNTA
Proximidad y movilidad en la
ciudad de Santiago de Chile

© Alejandra Lazo Corvalán

I.S.B.N. 978-956-396-093-8

© Editorial CUARTO PROPIO
Valenzuela Castillo 990, Providencia, Santiago
Teléfono: 22 7926518
www.cuartopropio.com

Diseño y diagramación interior: Rosana Espino
Diseño de portada: Verónica Rodríguez

Impresión: Prynt Factory

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE
1^{era} edición, octubre de 2020

Queda prohibida la reproducción de este libro en Chile
y en el exterior sin autorización previa de la Editorial.

ÍNDICE

Prólogo	11
La ciudad se vuelve pregunta	21
PRIMERA PARTE: TRANSFORMACIONES, TERRITORIOS Y PRÁCTICAS	25
CAPÍTULO I. HABITANDO Y TRANSFORMANDO LA CIUDAD	27
Transformaciones urbanas en Santiago de Chile y su impacto en las prácticas de movilidad cotidiana	27
Habitando la ciudad desde tres territorios emblemáticos	30
CAPÍTULO II. TRES TERRITORIOS EMBLEMÁTICOS DE SANTIAGO DE CHILE	39
La Unidad Vecinal Portales: el proyecto de ciudad moderna	39
El Castillo: la vivienda social en dictadura	43
La Comunidad Ecológica: la construcción de un imaginario	48
SEGUNDA PARTE: HISTORIAS DE PROXIMIDAD Y MOVILIDAD EN TRES TERRITORIOS DE LA CIUDAD DE SANTIAGO DE CHILE	53
CAPÍTULO III. UN PROYECTO COLECTIVO MODERNO	55
La vivienda colectiva moderna y la llegada a un lugar único	55
Habitar el espacio residencial	63
Anclarse y quedarse	65
El transporte público y los modos suaves	72
Nuevas apropiaciones del espacio	75
Los nuevos actores	79
Entre ocaso y resistencia	83
CAPÍTULO IV. ENTRE ARRAIGO Y CONFINAMIENTO	89

Los campamentos: una alternativa para habitar	89
La llegada a la periferia	91
La autoconstrucción	99
El anclaje barrial	112
El trabajo informal	114
Vecindad, redes familiares y servicios	125
Transporte, exclusión y control de la movilidad cotidiana	132
La experiencia de la movilidad cotidiana	134
El confinamiento	138
El arraigo y el deseo de partir	140
 CAPÍTULO V. EL IDEAL COMUNITARIO	 145
La formación de una comunidad	145
La autoconstrucción	154
La movilidad cotidiana y el automóvil	158
La organización de los trayectos	162
La movilidad cotidiana versus la proximidad como recurso y valor	167
El trabajo a proximidad	169
El síndrome del espino ¿de comunidad a barrio cerrado?	172
La comunidad se resquebraja	173
La gestación de los conflictos y el resguardo de la identidad	179
 TERCERA PARTE: ENTRE ANCLAJE, MOVILIDAD, REPLIEGUE Y CONFINAMIENTO	 185
 CAPÍTULO VI. ARQUETIPOS DE LA PROXIMIDAD Y LA MOVILIDAD	 187
ARQUETIPO LOCAL	188
Local confinado	190

Local móvil	193
Local hacia replegado	196
ARQUETIPO METROPOLITANO	199
Metropolitano hacia no barrial	201
Metropolitano diferenciado	203
Metropolitano dependiente versus metropolitano autónomo	205
ARQUETIPO REPLEGADO-CONFINADO	208
El replegado confinado	209
Replegado hacia metropolitano	210
 CONCLUSIÓN: LA MOVILIDAD DESDE UNA ESCALA LOCAL Y HUMANA	 213
 REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	 221

PRÓLOGO

En este libro, Alejandra Lazo Corvalán, interroga desde una mirada antropológica las dinámicas urbanas y sociales de la ciudad de Santiago de Chile. Antes que un todo coherente y sistemático o, por el contrario, una entidad desecha y en crisis, podríamos decir, parafraseando una poderosa imagen de Georges Perec (1999) –que hace las veces de epígrafe de uno de sus capítulos– que en este libro la ciudad se vuelve pregunta. Se trata de una interrogante que toma distancia de las respuestas apriorísticas disponibles: tanto de la imagen de la “ciudad como mosaico” de mundos más o menos delimitables y localizables que heredamos de la Escuela de Chicago, como de la imagen de la “ciudad como flujo” constante e impredecible de personas, mercancías y signos que ha proliferado en las últimas décadas. Para una antropóloga como Alejandra, en cambio, la respuesta a la ciudad vuelta pregunta solo puede responderse observando y comprendiendo las diversas maneras del habitar cotidiano que “hacen ciudad”.

Para esto en el libro se exploran los modos de vida de las y los residentes de tres barrios que son el resultado de formas específicas de producir ciudad en distintos momentos de la historia de Santiago de Chile: la Unidad Vecinal Portales, un proyecto moderno de vivienda colectiva para clases medias desarrollado entre 1954 y 1966; El Castillo, barrio de sectores populares

producto de las políticas de erradicación de campamentos en lugares centrales y de producción de vivienda social en la periferia urbana de la dictadura militar desplegadas en las décadas de 1970 y 1980; y la Comunidad Ecológica de Peñalolén, que expresa el ideal comunitario de las clases medias y altas de las últimas décadas y la creciente tendencia hacia la privatización de la vivienda a partir de 1980. Se trata, en síntesis, de barrios heterogéneos y desiguales en términos de producción social del espacio, localización en la ciudad, tipo de vivienda, condición socioeconómica de sus habitantes, infraestructura y servicios urbanos disponibles e imaginarios urbanos sobre estos lugares que coexisten en la Santiago contemporánea. A estos tres barrios se acerca Alejandra con una pregunta sociológicamente relevante: comprender el papel que tiene el territorio de proximidad para la cotidianeidad (y, más específicamente, para la movilidad) de sus habitantes.

A partir de la lectura del libro y de la generosa invitación de su autora a escribir este prólogo, me gustaría señalar lo que considero son las dos líneas de pesquisa centrales que se atraviesan de manera entrelazada en los distintos capítulos del libro: las relaciones entre proximidad y movilidad, así como la pregunta por las relaciones entre movilidad e individuación. En lo que queda de este prólogo desarrollaré brevemente estas dos cuestiones con un paréntesis —o una pregunta— intercalada entre ambas acerca de la fragmentación socio-espacial.

De la dicotomía a las ecuaciones cambiantes para comprender el habitar

Este es un libro que nos propone abandonar las oposiciones dicotómicas y los binarismos que muchas veces reproducimos de manera casi mecánica. La primera –y fundamental– dicotomía que debemos poner en cuestión es aquella que suele oponer la movilidad cotidiana en el espacio metropolitano a la proximidad y, según los casos, el arraigo, el repliegue y/o el confinamiento en la casa y el barrio. Por el contrario, a lo largo de sus páginas la autora muestra que la proximidad es fundamental para comprender la movilidad y su variabilidad. Nos desplazamos, entonces, de la oposición dicotómica a la formulación de ecuaciones cambiantes: distintas formas en que se combinan en el habitar cotidiano de la ciudad la proximidad y la movilidad.

De esta manera, por paradójico o contra intuitivo que parezca, el libro muestra de forma convincente que es el espacio de proximidad el punto de partida desde el cual se elaboran las rutinas, las estrategias y las prácticas que permiten a los habitantes acceder tanto a lo cercano como a lo lejano. Así, los modos de vida analizados en este libro combinan –de maneras cambiantes– la experiencia de la proximidad y la movilidad cotidiana por el espacio metropolitano, adquiriendo los distintos espacios (la casa, el barrio, la comuna, la metrópoli) funciones y sentidos cambiantes dependiendo de los modos en que se combinan proximidad y movilidad.

Asimismo, la indagación de la proximidad como soporte para la movilidad supone abandonar la habitual oposición dicotómica que imagina a las clases populares ancladas a lo barrial, por un lado, y a las clases medias y altas desancladas y móviles, por el otro. Por medio de esta investigación Alejandra sostiene que el espacio de proximidad, en cambio, es relevante en todos los grupos analizados y las ecuaciones resultantes de los distintos modos de habitar muestran el carácter ambivalente o ambiguo de la proximidad y la movilidad: para algunos de los habitantes pobres el barrio puede ser tanto recurso, refugio y anclaje como restricción y confinamiento territorial; por su parte, para las clases altas la soñada calidad de vida alejados de la ciudad puede significar sacrificios y renunciaciones.

Por último, el libro también discute la correspondencia mecánica entre espacio residencial y modo de vida. Una vez analizadas las dinámicas cotidianas en cada uno de los barrios, se elabora una tipología basada en diversas dimensiones analíticas (vínculos con el territorio de proximidad, proyectos residenciales, redes sociales, medios de transporte y relación con el tiempo) que permite construir tipos de habitar que son transversales a los barrios analizados, los cuales se diferencian tanto por los sentidos de la proximidad como soporte (en algunos, afectivo; en otros, instrumental) como por el modo en que se articulan el anclaje, la movilidad cotidiana, el repliegue y el confinamiento. De esta manera, sin perder de vista la especificidad de los lugares, el libro discute con la idea de los efectos de

lugar y resalta la relevancia de los anclajes que tejen los habitantes con sus espacios más próximos para la comprensión de las maneras de moverse por la ciudad, pudiendo encontrarse anclajes similares entre habitantes que habitan espacios diferentes de la ciudad. En definitiva, retomando a Oliver Mongin, la autora remarca que la paradoja de la condición urbana consiste en que los lugares permiten establecer una relación con los flujos y, por lo mismo, es el anclaje en la proximidad el que hace posible la exploración de la ciudad.

Un breve paréntesis: ¿tendencias hacia la fragmentación socio-espacial?

Una de las virtudes fundamentales que tiene todo buen trabajo etnográfico es que nos permite leer sus datos e incluso formular nuevas hipótesis e interpretaciones a la luz de nuestras propias preocupaciones y preguntas. Y el libro de Alejandra Lazo tiene esta cualidad. En este sentido, uno de los efectos que me generó su lectura fue encontrarme con varios indicios dispersos en sus capítulos que abonarían la hipótesis acerca de la fragmentación social de las ciudades latinoamericanas.

Me refiero a que a lo largo de las páginas del libro nos enteramos que para muchos de los habitantes de Villa Portales habría una especie de repliegue en el espacio del barrio que lo tornaría una “villa-pueblo” o en un “oasis en medio de la ciudad” que lo protege de

la vorágine que la rodea; también que la proximidad se transforma para los grupos más pobres que viven en El Castillo en el lugar donde se desarrollan prácticas como el trabajo, las compras y la sociabilidad, desplazándonos tendencialmente del espacio de proximidad como soporte al barrio como confinamiento; y que incluso habría cierto encapsulamiento de la élite santiaguina que se expresa tanto en una movilidad cotidiana signada por contigüidad como por el valerse también de los recursos que entrega la proximidad.

Esta evidencia no sólo desarticula, como señalé en el apartado anterior, la dicotomía pobres/inscripción territorial y ricos/movilidad, mostrando, por el contrario, que todos los sectores tienen anclajes (cambiantes) en el espacio de proximidad, y que también constituyen indicios valiosos para reactualizar la pregunta por la fragmentación socioespacial en las ciudades latinoamericanas contemporáneas. Fragmentación entendida no sólo —ni principalmente— como aislamiento y separación, sino como un concepto que busca caracterizar la cualidad de las interacciones cotidianas en nuestras ciudades. De esta manera, ciertas tendencias al “encapsulamiento” tanto de sectores pobres como de clases altas que Alejandra identifica en su investigación nos permiten formular la pregunta por los procesos de socialización en espacios homogéneos y fragmentados que se traducen en geografías y circuitos diferentes y separados en la ciudad y en la cualidad que adquieren las relaciones entre estos sectores que experimentaron inclusiones diferenciadas en la ciudad. A partir de la

lectura se abre, a mi entender, una poderosa línea de indagación sobre estos procesos que subyacen a las distintas “valías” que Alejandra identifica puede adquirir el espacio de proximidad: recurso, afecto e instrumento, pero también lugar de repliegue e incluso de confinamiento.

Movilidad, soportes e individuación

De manera complementaria a la indagación de la relación entre proximidad y movilidad cotidiana, Alejandra Lazo explora las relaciones entre movilidad, soportes e individuación. Si como, mostró Sennet (1975), para el individualismo “el individuo moderno es, por encima de todo, un ser humano móvil” (274), desde la perspectiva antropológica de este libro se procede a circunscribir al individuo. Contrariamente a las habituales imágenes modernas que sitúan al individuo solitario en la inmensidad de la ciudad, la antropología resitúa a ese individuo (que nunca está completamente aislado) en el espacio social y urbano. Esta circunscripción nos ayuda a comprender los modos de organizar y de habitar la ciudad –como muestra Alejandra respecto de los modos en que el espacio de proximidad modula las movilidades– y también nos permite entender el proceso de individuación que, por paradójal que parezca, sólo puede producirse si se dispone de soportes.

Como señala Alejandra Lazo, el individuo no debe ser analizado como un residente siempre móvil, sin

lazos ni adscripciones, sino como un habitante, como alguien que practica y vive los lugares, que está sumido a restricciones, que tiene lógicas de acción, que desarrolla estrategias, que genera lazos con los espacios que habita. Se trata, entonces, de explorar la relación entre los soportes, la movilidad cotidiana y los procesos de individuación. O, si se quiere, pensar la individuación desde la movilidad cotidiana (y sus soportes de proximidad): este libro nos muestra que el individuo se construye en su relación con el mundo y con el espacio que habita desde lo más íntimo del hogar, hasta el barrio y la ciudad.

De esta manera, además de mostrar la importancia de los soportes para entender la movilidad, a partir de los resultados de su investigación Alejandra Lazo problematiza las ideas dominantes sobre el individuo (móvil) y la movilidad (libre) así como llama la atención sobre el “derecho a la proximidad”. Desde esta perspectiva, la accesibilidad, la distancia y la velocidad no son necesariamente signos de libertad y de realización, así como tampoco la proximidad significa necesariamente confinamiento y encierro. Como señaló hace un tiempo John Urry entre la “inmovilidad forzada” y las distintas formas de “movilidad obligada” se despliegan en la ciudad diversas formas de movilidad cotidiana que, en el caso analizado por Alejandra, indicarían cierta tendencia a resolver la vida en la proximidad y el despliegue de arreglos cotidianos que reduzcan la movilidad cotidiana en la ciudad.

Nuevamente, entonces, nos encontramos ante la ambivalencia de la movilidad. Como se señala en las páginas que siguen: la importancia de la movilidad no reside necesariamente en ser o no ser móvil, ni en los tiempos ni distancias recorridas, sino que descansa en el grado de control que los habitantes tengan de su movilidad. Así, contra los sentidos comunes instalados, una persona que se desplaza mucho puede ser muy poco móvil, en tanto vive sumida en restricciones y obligaciones externas, al mismo tiempo que alguien que se desplaza solo en su territorio de proximidad puede ser móvil, si entendemos por movilidad la capacidad de realizar su proyecto de vida y de controlar su relación con el mundo. Y es en este sentido (y no como confinamiento) que el “derecho a la proximidad” puede potenciar la posibilidad de ser móviles.



El Santiago que nos devela este libro no coincide con su planimetría. Sigue, en cambio, los desplazamientos y los trayectos que desde la casa y el barrio (el espacio de proximidad) realizan las y los habitantes de barrios diferentes y desigualdades. Movilidad y proximidad se comprenden de manera recíproca y ambas son, cada una a su modo, ambivalentes y polisémicas: ni la movilidad significa necesariamente libertad, ni la proximidad nos remite de modo ineluctable hacia el encierro. Se trata, en cambio, de ver las diversas formas en que ambas se combinan y los efectos que producen

en la ciudad y en quienes la habitan. Y, al hacerlo, este libro busca simultáneamente comprender los modos en que los habitantes hacen ciudad y las formas en que –al hacerlo– devienen habitantes.

Las líneas de exploración y de reflexión que se abren a partir de este libro son –como los trayectos de las personas que habitan la ciudad– múltiples. Y este prólogo solo busca ser una invitación a su lectura.

Ramiro Segura¹

¹ Dr. en Ciencias Sociales. Profesor en la Universidad Nacional de La Plata y en el Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín. Investigador del CONICET, Argentina.

LA CIUDAD SE VUELVE PREGUNTA

Me gustaría que hubiera lugares estables, inmóviles, intangibles, intocados y casi intocables, inmutables, arraigados; lugares que fueran referencias, puntos de partida... ..tales lugares no existen, y como no existen el espacio se vuelve pregunta, deja de ser evidencia, deja de estar incorporado, deja de estar apropiado. El espacio es una duda: continuamente necesito marcarlo, designarlo; nunca es mío, nunca me es dado, tengo que conquistarlo”.

Georges Perec, 1999.

A menudo escuchamos que las formas de sociabilidad han cambiado, sobrepasando todas las determinantes geográficas y poniendo en entredicho la dimensión local de las relaciones. La casa, las relaciones de vecindad, la vida de barrio, toda esa gama de pertenencia a la vivienda y al habitar parecen debilitarse hasta ocupar un lugar residual en los modos de estructuración de la vida cotidiana de los habitantes (Ascher, 1998). Desde esta perspectiva, la pregunta por el anclaje y el arraigo no tendría cabida y la preocupación por el territorio de proximidad como espacio de referencia perdería vigencia.

Pero ¿es esto tan cierto?, ¿ha perdido el habitante toda adscripción territorial? ¿qué pasa en la ciudad de Santiago de Chile?

Con estas interrogantes comienza este libro, fruto de una investigación de más largo aliento, que pone de

relieve la realidad de un número importante de habitantes de la ciudad de Santiago de Chile, para quienes lo local y la proximidad, sigue siendo un espacio importante que no se contrapone con la movilidad cotidiana.

Moverse, desplazarse, ir lejos, no implica necesariamente una ruptura con el lugar de origen, la familia o el medio ambiente. Se puede trabajar lejos de casa sin que ello implique un desarraigo. Los medios de transportes y de comunicación no sólo permiten una mayor movilidad, también, contribuyen al arraigo. En este sentido, muchos habitantes se valen de sus recursos (económicos y relacionales) para evitar tener que cambiar de residencia, arraigándose en el lugar deseado, elegido o, simplemente, en el lugar de siempre.

Conscientes de que habitamos un mundo marcado por una exigencia cada vez mayor de desplazamiento y ante la constatación de que muchos de los habitantes de la ciudad de Santiago desean una inserción socioespacial marcada por la proximidad, surge la pregunta por el rol que tiene el territorio de proximidad en la cotidianeidad de los diferentes habitantes. Este libro, se aboca a comprender el habitar actual no sólo atendiendo a la movilidad y a la velocidad, también pone la mirada en la relación que se da entre la proximidad y la distancia, la inmovilidad y la movilidad.

En efecto, la movilidad permite el encuentro con el otro y la realización de las actividades cotidianas, pero no se reduce sólo a esta esfera. La movilidad también

se amplía a la construcción de territorios por parte de los habitantes y esa comprensión abarca los desplazamientos y la accesibilidad a recursos, bienes servicios, y también, a cómo los habitantes se sitúan, se anclan y se identifican con los territorios que construyen y que ocupan a diario.

Desde esta lógica de desplazamientos y actividades cotidianas, de observación de las prácticas y de estrategias puestas en marcha por los habitantes y sus familias, así como de los proyectos de vida deseados, de los lugares y los sentidos otorgados, es que este libro busca comprender la movilidad cotidiana estrechamente relacionada con las formas de habitar los barrios y la ciudad contemporánea.

En un contexto de diversificación de las sociabilidades, de crecimiento de las movilidades, de modificación de la estructura del tiempo de la vida cotidiana o incluso de desarrollo y de movilización de nuevas tecnologías de la información y de la comunicación: nos preguntamos: ¿qué valor adquiere la casa y el barrio? ¿son ellos soporte y recurso para la movilidad cotidiana de los habitantes de la ciudad de Santiago? ¿cómo participan de la construcción de las formas de habitar una ciudad cada vez más fragmentada?

A continuación, se presentan las historias de tres territorios emblemáticos de la ciudad de Santiago de Chile, signos de las transformaciones producidas en la ciudad en las últimas décadas. La Villa Portales, el

barrio El Castillo y la Comunidad Ecológica de Peñalolén representan tres formas de hacer ciudad: el proyecto modernizador del Estado, las políticas de erradicación de la dictadura militar y la privatización de la vivienda.

En el capítulo I se presentan las transformaciones urbanas acaecidas en Santiago de Chile en las últimas décadas y su impacto en las prácticas de movilidad cotidiana, para luego, en el capítulo II detallar la particularidad de los territorios estudiados. En la segunda parte, capítulos III, IV y V se narran las historias de los territorios estudiados, centrándose en las prácticas de movilidad y las formas de arraigo de sus habitantes. En la tercera parte y final, se presentan, a modo de síntesis, arquetipos de la proximidad y la movilidad encontrados en los tres territorios, para concluir con la importancia de estudiar la ciudad desde una escala mas humana.

PRIMERA PARTE:
TRANSFORMACIONES, TERRITORIOS Y
PRÁCTICAS

CAPÍTULO I:

HABITANDO Y TRANSFORMANDO LA CIUDAD

Transformaciones urbanas en Santiago de Chile y su impacto en las prácticas de movilidad cotidiana

[...] Santiago, entonces, se convierte en una postal llena de intersticios, vacíos y puntos suspensivos donde la ciudad vivida no calza simétricamente con ninguno de los trazados que han dibujado de ella sus planificadores y sus jueces [...]

Ossa y Richard, 2004.

Es un hecho que frente a las exigencias de movilidad y flexibilidad impuestas por un mundo cada vez más reticular marcado por la pérdida de los soportes institucionales y donde la movilidad se transforma en un elemento de diferenciación y exclusión social (Jirón, Lange y Bertrand, 2010; Le Breton, 2004), la casa y el barrio aparecen como uno de los soportes que tienen los habitantes para responder a dicha exigencia.

En la década de los setenta el mercado inmobiliario comenzó a tener cada vez más influencia en la ciudad de Santiago, no sólo en términos políticos y económicos, sino también en la forma y tamaño que alcanzaba la ciudad. La modificación de la ley urbana de 1975

marca un hito importante que permitió la construcción de viviendas fuera de la ciudad ayudando con ello a su expansión. Junto con esto, las políticas de erradicación de campamentos, expulsaron a las poblaciones pobres hacia áreas periféricas con suelos de bajo valor comercial, desprovistas de servicios como salud y educación, liberando con esto las áreas de mayor valor para el desarrollo de nuevos proyectos urbanos para una clase más acomodada. Este proceso se acompañó de un sistema de transporte cada vez más desregulizado que seguía a estas nuevas urbanizaciones periféricas. Lo anterior, impulsó una serie de cambios que fueron transformando lentamente la fisonomía social y territorial de esta ciudad.

En los ochenta, la liberación y desregulación continuó, adoptándose una de las medidas más emblemáticas: aquella que eliminaba el límite urbano de la ciudad, poniendo con ello más tierra a disposición de los nuevos desarrollos inmobiliarios. La expansión urbana que se produjo en la ciudad de Santiago durante esos años se relacionó con el aumento del ingreso de la población, lo cual se vio reflejado en el surgimiento de nuevas áreas periféricas en la ciudad. El acceso y el uso del automóvil para los viajes diarios dejaron al alcance de las familias motorizadas (familias más acomodadas), áreas que antes estaban alejadas de la zona urbana, haciendo que los precios del suelo subieran.

La vivienda social requería entonces de suelos más baratos que se encontraban fuera de la ciudad, lo cual

incentivó la formación de guetos de pobreza en la periferia, y además se trasformó en un nuevo estímulo para que la ciudad siguiera creciendo. Con ello, se generaron desigualdades en el acceso a servicios, siendo uno de los más significativos el de acceso al transporte público y el aumento en los tiempos de viaje. Efectivamente, los residentes de estas poblaciones debieron desplazarse desde la periferia hasta sus lugares de trabajo, por lo general ubicados al otro lado de la ciudad. Todo este proceso de expansión y dispersión dio lugar a una nueva configuración territorial, segregando y fragmentando la ciudad.

En cuanto al sistema de transporte de Santiago, se puede mencionar el aumento de los viajes por persona en las últimas décadas, lo que dio cuenta de la importancia que tenía la movilidad. No sólo aumentaron en forma importante los viajes en automóvil privado a partir del crecimiento del ingreso, de la localización periférica de las viviendas y de la proliferación de autopistas concesionadas, también el transporte público fue objeto de grandes transformaciones.

Durante la década de los noventa, nuevas políticas de regulación implicaron licitaciones de servicios, concesiones de rutas y recorridos que culminaron en una gestión público-privada en el ámbito del transporte público y también de las carreteras y autopistas. Así, se implementaron nuevas regulaciones ambientales y tecnologías de operación. En este contexto, surgió durante el año 2007 un nuevo sistema de transporte

público para la ciudad: El Transantiago. Su implementación no estuvo exenta de fallas. Las carencias de infraestructura vial y estaciones para buses, la falta de una política de subsidios permanente, así como la incapacidad de gestión de los operadores, la persistencia de algunas lógicas de desregulación y la baja inversión del Estado –sobre todo en los primeros meses– fueron elementos que caracterizaron el funcionamiento de este nuevo sistema y que terminaron afectando la calidad del servicio, así como también la movilidad cotidiana de los santiaguinos.

En este escenario de cambio, movimiento y expansión, todos los habitantes, ricos o pobres, pequeños o grandes, construyeron distintas relaciones con su territorio de proximidad –casa y barrio–, pues ello les permitió gestionar de mejor manera sus prácticas y estrategias de movilidad cotidiana. En otras palabras, los habitantes pusieron en marcha formas particulares para enfrentar los cambios urbanos que se habían generado en su ciudad.

Habitando la ciudad desde tres territorios emblemáticos

Como ya se ha mencionado, se eligió para estudiar la relación entre territorio de proximidad y movilidad cotidiana tres territorios, tres lugares emblemáticos en el proceso de construcción de la ciudad de Santiago, cuyos habitantes se caracterizan por tener una inscripción territorial bien referenciada en su espacio local.

El estudio de la proximidad y movilidad en tanto unidad de observación, es pertinente para indagar en el proceso gatillado por los cambios urbanos de las últimas décadas. Si bien, en un primer momento sólo interesaba estudiar a los habitantes de bajos ingresos, pues se pensaba que comprendiendo las dificultades y prácticas de movilidad cotidiana de estos habitantes sería posible decir algo sobre la movilidad en Santiago, a medida que se avanzó en la investigación, fue apareciendo la importancia de comprender la movilidad como un fenómeno ‘social total’² que no sólo abarcaba las prácticas de desplazamiento sino también los motivos, los significados y los vínculos; en definitiva, la relación que el individuo teje con el territorio que practica. Así, al primer territorio estudiado con el cual se partió la investigación fue El Castillo en la comuna de La Pintana, al cual se le incluyeron dos territorios adicionales, Villa Portales en Estación Central y la Comunidad Ecológica en Peñalolén.

El Castillo, es un barrio constituido por población de escasos recursos económicos (lo que se conoce como población pobre o muy pobre) localizada en la periferia sur de la ciudad de Santiago, bastante alejado del centro de la ciudad. Representa un caso emblemático de las erradicaciones realizadas en la época de la

² En 1986, el sociólogo Michel Bassand escribía que la movilidad espacial era un fenómeno social total, refiriéndose con ello a que la movilidad no podía ser tratada como un simple desplazamiento, sino que como una acción que está en el corazón de los procesos sociales de funcionamiento y de cambio (Vincent-Geslin, 2010).

dictadura militar y el objetivo de estudiarlo fue develar el contexto e historia de formación de esta población, así como las prácticas de movilidad cotidianas de sus habitantes centradas en lo local, recursos que son importantes para estas familias.

El segundo territorio estudiado fue la Unidad Vecinal Portales, conjunto de casas y edificios construidos por el Estado en la década de los cincuenta para la clase media trabajadora del país. Fue un proyecto emplazado en el pericentro de la ciudad y se constituyó en emblemático del ideal modernizador del Estado. Este lugar es un hito de la arquitectura chilena, siendo un proyecto concebido para el encuentro entre sus habitantes. Resultó interesante observar que existían residentes que privilegiaban la escala de la proximidad para sus prácticas cotidianas. La centralidad y la buena accesibilidad con la que contaba este territorio hicieron de la Unidad Vecinal Portales un espacio único en la ciudad.

El tercer territorio fue la Comunidad Ecológica de Peñalolén. Este lugar conformado por una clase acomodada se levantó en los albores de los años ochenta en la periferia rural de la ciudad, por un grupo de familias descontentas con la vida urbana. Se seleccionó este territorio pues interesaba estudiar las movilidades cotidianas de las familias que vivían ahí, quienes compartían una vida de barrio y comunidad muy intensa. Por encontrarse en un sector periférico, interesaba comprender las estrategias puestas en marcha por los

habitantes y sus familias para combinar la vida en la Comunidad y la movilidad cotidiana muy basada en el uso del automóvil privado.



Fuente: Elaboración propia

La selección de estos territorios no buscó compararlos entre sí, sino dar cuenta de la diversidad de comportamientos y experiencias de habitar la casa, el barrio y la ciudad.

A partir de una mirada antropológica al territorio, que consideró observaciones directas y visitas reiteradas, así como conversaciones y entrevistas con los diferentes habitantes, es que fue posible acercarse a la relación entre el individuo y su territorio. Esta mirada, se aplicó en tres niveles: la casa, el barrio (o la proximidad) y la ciudad. En cada uno de estos niveles se indagó en las prácticas, estrategias y experiencias de los habitantes con su territorio.

Así mismo, se establecieron dimensiones que ayudaron a agrupar y analizar la información recolectada. Para ello, se identificaron diez dimensiones que no serían estudiadas de manera aislada, sino en su interacción (con cuatro configuraciones identificadas), dando cuenta de la variedad de vínculos que existían con el territorio y entre habitantes de un mismo grupo social. Se pudo observar personas que, si bien valoraban su casa y se sentían muy arraigadas a ella, replegándose en la vivienda, rechazaban el barrio por considerarlo inseguro y hostil. Mientras otros tenían prácticas barriales muy intensas, situación que no se contradecía con una movilidad cotidiana igualmente importante más allá de esta escala.

Tabla dimensiones y configuraciones

DIMENSIONES	CONFIGURACIÓN 1	CONFIGURACIÓN 2	CONFIGURACIÓN 3	CONFIGURACIÓN 4
	Arraigo en la proximidad con escasa movilidad metropolitana.	Sedentarismo con anclaje replegado.	Arraigo en la proximidad y movilidad metropolitana.	Movilidad metropolitana sin permanencia.
1. Tipo de anclaje en el territorio de proximidad	Afectivo, arraigo, implicación.	Rechazo por el barrio.	Arraigo, implicación.	Poca identificación con el barrio.
2. Historia y horizonte residencial	Deseo de permanecer en el barrio. "Colonos".	Sin perspectivas de cambio. Se valora la casa y no el barrio.	La casa y el barrio se valoran.	Deseo de cambiar de casa y de barrio.
3. Estrategia familiar	Quedarse en el barrio y fortalecer arraigo.	Mejorar la vivienda.	Quedarse en el barrio y fortalecer los vínculos exteriores.	"Salir", "surgir", "oportunidad".
4. Redes sociales	Lazos vecinales y barriales fuertes.	Pocos lazos sociales barriales.	Red social extensa.	Red social ampliada.
5. Trabajo	Trabajo cercano.	Trabajo informal local. Autoempleo.	Trabajo calificado dentro o fuera del barrio.	Trabajo lejano.
6. Medios de transporte y autonomía	Caminata, transporte público, automóvil. Autónomos.	Caminata, bicicleta, transporte público. Dependientes.	Automóvil, transporte público, caminata. Autónomos.	Transporte público, automóvil. Autónomos.
7. Socialización y consumo	Socialización y en el barrio.	Repliegue en el domicilio.	Consumo y socialización metropolitana.	Consumo y socialización fuera del barrio.
8. Percepción del tiempo	Duración y permanencia.	Se acabó el tiempo. Atemporalidad.	Permanencia y proyección.	Cambios, tiempo efímero.
9. Prácticas de movilidad cotidiana	Movilidad intensa en el barrio.	Escasa movilidad en el barrio y la ciudad. "Inmóvil".	Movilidad tanto en el barrio como en la ciudad.	Movilidad en la ciudad.
10. Tipo de soporte con la proximidad	Lo simbólico, la historia.	La propiedad.	Simbólico, identitario- localización, conexión.	Lo instrumental. La localización (accesibilidad).

A partir de los relatos e historias presentadas en las siguientes páginas, se describe cómo la proximidad se ha convertido en un elemento central de la movilidad de los habitantes de la ciudad. Aparecen “visiones alternativas donde la relevancia del territorio como referente geográfico de sentido resulta central”, lo cual implica que la puesta en marcha de una movilidad generalizada, “no es suficiente evidencia para pensar que la movilidad construye un necesario desarraigo del territorio local y significativo” (Jouffe y Campos 2009, 2).

La lectura del territorio de proximidad como soporte y sus dimensiones (anclajes o vínculos prácticos y afectivos) permite comprender la movilidad desde una perspectiva más amplia. Es decir, la manera como se da la relación entre habitante y territorio, mostrando no una relación opuesta, sino más bien una dialéctica –y muchas veces también una relación dialógica– entre anclaje en la proximidad y movilidad cotidiana.

Las combinaciones que aparecen en cada territorio son muy variadas, y la movilidad y el anclaje, son los extremos entre los cuales existe un continuo. Así, este libro se acerca a la experiencia de la proximidad de los habitantes, al comprender cómo se utilizan los recursos del territorio de proximidad en pos de una movilidad cotidiana, las estrategias puestas en marcha, la capacidad de reacción y las competencias de los habitantes para moverse.

Darle valor a la territorialidad de los habitantes, a la relación afectiva y/o instrumental que tejen con los territorios que practican, deja al descubierto que es el propio habitante quien construye, organiza e integra los territorios a su medida. Las movilidades y las no movilidades, así como sus significados, es aquello que se quiere develar en este libro.

CAPÍTULO II:

TRES TERRITORIOS EMBLEMÁTICOS DE LA CIUDAD DE SANTIAGO DE CHILE

La Unidad Vecinal Portales: El proyecto de ciudad moderna

Una de las características del paisaje urbano y residencial de la ciudad de Santiago son los diferentes y variados conjuntos de viviendas que se han construido a lo largo del siglo XX. Dentro de las diferentes soluciones destaca lo ocurrido entre 1950 y 1970, período que marca un hito en lo referente a las transformaciones experimentadas por la ciudad. En 1948 se aprobó la Ley Pereira, que posibilitó la colaboración entre el sector público y el privado para la construcción de viviendas económicas y que originaron una serie de proyectos en Santiago, y en todo Chile, para innovar en la manera de habitar la ciudad.

En la década del cincuenta se introdujo un nuevo paradigma en la forma de hacer ciudad, asociado al compromiso que el Estado adquiere con la vivienda. Este cambio se asocia a las transformaciones sociales, políticas, económicas e institucionales que vivía el país y que marcaron la evolución de los ideales urbanos y arquitectónicos de ese período. Las nuevas ideas acerca de la forma de hacer ciudad vienen de la influencia del

movimiento moderno y de la Carta de Atenas, y se manifestaron en los primeros asentamientos de habitación popular de los años treinta y cuarenta (Hidalgo, 1999).

Entre 1950 y 1960, impulsados por el Estado, se construyeron también una serie de proyectos habitacionales siguiendo la idea de la vivienda colectiva moderna. La ideología del movimiento moderno reflejó en la ciudad un nuevo modelo urbano. El Estado de Bienestar trajo como resultado un nuevo modelo de ciudad, que se vio plasmado en el equipamiento público, en las nuevas formas de habitabilidad y en el acceso a la vivienda (Pool, 2008). El proceso antes descrito se concreta por medio del Ministerio de Obras Públicas (MOP) y la Corporación de Vivienda (Corvi), y a través de instituciones mixtas como Empart y Cormu³.

Las manifestaciones más relevantes de todo este proceso se ven reflejadas en la década del setenta con la construcción de grandes conjuntos habitacionales pensados para el habitante moderno. Algunos de estos proyectos impulsados por el sector público fueron las tan emblemáticas Villa Frei, la Unidad Vecinal Portales y Providencia. Estas construcciones albergaron la idea de un Estado benefactor, paternalista, muy preocupado por los problemas sociales de la época.

³ Cormu: Corporación de mejoramiento Urbano. Empart: Ex Caja de Previsión de Empleados Particulares.

En específico, Villa Portales fue concebido como una obra de gran envergadura y valor. Primero, por tratarse de un proyecto de vivienda innovador; segundo, por sus habitantes; y tercero, por la huella que dejó en la arquitectura de la ciudad. Villa Portales fue un proyecto de vivienda particular y sólo puede entenderse bajo el rol que tomó el Estado en esas décadas, como agente planificador y creador de ciudad. Bajo este contexto se crearon mecanismos encargados de proveer servicios a sus afiliados, entre ellos, el de vivienda.

Los habitantes que llegaron a Villa Portales eran de clase media. Tuvieron acceso a una vivienda de calidad y albergaban un proyecto de movilidad social. Quienes llegaron a habitar La Villa eran un grupo homogéneo, con gran capital cultural, gente formada y preparada: profesores, asistentes sociales, oficinistas, jefes de obras, gasfíter, dibujantes, choferes y vendedores. También había médicos, ingenieros y arquitectos. Una gran variedad de perfiles, pero todos, parte de una clase media con valores y sueños comunes. Villa Portales fue diseñada de una manera única, con calles elevadas, circulaciones verticales, recorridos en altura conectados por medio de rampas, grandes espacios verdes y plazas. Sus departamentos y casas son de gran amplitud, por lo que posee grandes comodidades para la vida diaria.

Villa Portales aún conserva un entorno privilegiado en la ciudad. Inserta en el área continua del triángulo central de Santiago, cuenta con la mayor concentración

de servicios y equipamientos, con acceso a redes de infraestructura vial importantes –transporte urbano y metro. Así mismo, está rodeada por grandes construcciones que le dan un carácter de aislamiento: la Universidad de Santiago de Chile, la Quinta Normal y la Autopista Alberto Hurtado (ex avenida General Velásquez), que de alguna manera contienen al conjunto de la Villa.

Este conjunto habitacional se construyó en un territorio muy extenso de 31 hectáreas, de las cuales el uso del suelo para edificación corresponde solo a 20% del total. Existen en la actualidad 1.860 viviendas, de las cuales 1.500 son departamentos (block como unidades habitacionales) y 360 son casas (plazuelas como unidades habitacionales), que en un comienzo albergaron a 11.000 habitantes. En la actualidad vive casi la mitad, lo que da cuenta de un éxodo importante de población.

Los edificios de la Villa tienen una altura entre cinco y siete pisos. Los blocks 1 y 2 se construyeron con una altura que superó la permitida de ese tiempo, situación que obligó a que se implemente una vía de circulación elevada sobre dos pisos inferiores, es decir, sobre el tercer piso, lo que permitió cumplir con la normativa de acceso a los departamentos de pisos superiores sin tener ascensor. Estos cuentan con una disposición hacia el extremo poniente del conjunto, con una vista hacia la cordillera de Los Andes por el oriente y de la cordillera de La Costa por el poniente. Los

edificios más pequeños, de cinco pisos, están en directa relación con la vegetación y los árboles que rodean a todo el conjunto. Las viviendas se encuentran rodeadas de vegetación y árboles frutales que les dan nombre a las quince plazoletas.

Si bien algunos aspectos aparecen como muy favorables, la Villa presenta en la actualidad un importante deterioro. La inadaptación social del proyecto a las condiciones actuales de sus habitantes, el empobrecimiento y el envejecimiento de su población, la influencia de la dictadura militar son algunos de los elementos que han contribuido a mermar la vida de este conjunto habitacional. Su gran dimensión y los problemas con la administración que se producen a partir de los años setenta provocaron un difícil control de la Villa por parte de sus habitantes (Forray et al., 2011). A ello, se le suman en la actualidad problemas como el del uso del suelo, la problemática de la basura, el desgaste de los espacios públicos y la llegada de nuevos residentes.

El Castillo: la vivienda social en dictadura

El barrio El Castillo ésta ubicado en la comuna de La Pintana. Se trata de un territorio emblemático que refleja un momento en que el papel del Estado chileno disminuye en pos de un mercado que controla los precios del suelo. Todo ello tuvo sin duda repercusiones en la vivienda, su localización y las formas de habitar. Es en 1979 cuando se decreta que el suelo urbano en Chile

no es un bien escaso. Su precio sería fijado por el mercado. Esta política afecta el valor del suelo y fragmenta el espacio social de la ciudad. El valor aumenta en los lugares más centrales y los valores más bajos se desplazan hacia la periferia. Se comienzan así a construir conjuntos de viviendas sociales en las comunas con un menor valor de suelo, lo que provoca una homogeneización de la pobreza en ciertas áreas de la ciudad, sobre todo en la periferia (Hidalgo, 2007).

Lo que ocurrió en la época de la dictadura militar con la comuna de La Pintana es un buen ejemplo de lo anterior. En este período se produce un importante déficit de vivienda, hecho que es subsanado por medio de las llamadas “políticas de erradicación de campamentos”. En el período entre 1979 a 1984 se trasladaron grandes contingentes de población de escasos recursos, ubicadas en áreas de alta plusvalía, hacia barrios periféricos de la ciudad donde se les entregaron viviendas.

La historia de la comuna de La Pintana, contexto territorial de El Castillo, se entiende en el marco de los procesos de reformas estructurales que afectaron la liberalización del uso del suelo en la década del setenta en Chile; periodo en el que también el país vivió reformas políticas administrativas orientadas hacia la descentralización y desconcentración del Estado⁴. En

⁴ El Ministerio de Vivienda y Urbanismo (Minvu) reconoce tres etapas en la localización de poblaciones de bajos recursos. Una primera etapa comprendida entre los años 1830 y 1940, cuando

este contexto, El Castillo fue un proyecto de vivienda social destinado a habitantes de campamentos pobres, con una arquitectura muy precaria y con un mínimo de equipamiento. Fue en la Pintada donde se llevó a cabo una de las acciones más emblemáticas en la historia de la vivienda social del país, implicando el traslado de cerca de 30.225 familias habitantes de campamentos hacia nuevas localizaciones periféricas, cambio que provocó una suerte de polarización de secciones homogéneas, cuyos resultados se aproximan a las definiciones conceptuales de segregación y expoliación urbana (Gurovich, 1989). Del total de campamentos erradicados, el 72% fueron ubicados en las comunas de La Granja (parte de la actual comuna de La Pintana), Pudahuel, Puente Alto y San Bernardo.

La historia de La Pintana se remonta al año 1942, cuando la entonces Caja de la Habitación Popular adquiere los títulos de dominio del fundo La Pintana, que había pertenecido al expresidente Aníbal Pinto. En ese lugar se instalaron los primeros Huertos Obreros y Familiares del país. Ahí, la Caja edificó en un principio una población modelo destinada a la Sociedad Cooperativa

la ocupación era de tipo legal por medio del arriendo de sitios, piezas en conventillos, viviendas deterioradas, etc. La segunda etapa está caracterizada por el predominio de la ocupación ilegal de los territorios, que tiene lugar entre los años 1950 y 1970. Y, finalmente, la tercera etapa, que abarca desde los años ochenta hasta la actualidad, se caracteriza por el acceso legal de los más pobres a la vivienda, a través de la adquisición de una residencia por medio de los programas que ofrece el Estado (Banderas, 2008).

José Maza, con viviendas de tres dormitorios sobre 500 lotes de media hectárea, además de algunos servicios de equipamiento comunitario y reservas de espacio, cuya primera etapa se inauguró en 1946, y las siguientes en 1950 y 1957. Este proyecto ha permaneciendo hasta hoy con pocas variaciones y se mantiene como un símbolo del cooperativismo progresista. Entre 1960 y comienzos de la década siguiente, se produjo un poblamiento importante en las cercanías, como consecuencia de programas de Operación Sitio y tomas de territorios que conformaron el sector urbano delimitado por Lo Martínez, Santa Rosa, Lo Blanco y San Francisco⁵. Bajo esta conformación, la población de La Pintana comenzó a crecer rápidamente, y en tan solo diez años se sextuplica el número de habitantes, pasando de 5.718 habitantes en 1960 a 36.502 en 1970.

En mayo de 1981 se divide La Granja (comuna de nivel socioeconómico relativamente pobre), creándose la nueva comuna de La Pintana, con 3.324,34 hectáreas de superficie, en el borde de contacto de la ciudad y su entorno rural inmediato. Desde 1979, e independiente de las cuestiones de administración local, La Pintana se transforma en sujeto controlado de laboratorio para la tesis de homogenización social de las comunas. Esta había comenzado a recibir conjuntos de familias y poblaciones completas erradicadas, incrementando a un ritmo increíble su contenido demográfico. Entre 1979

⁵ La Operación Sitio contempló lotes de 9 x 18 m², urbanización básica y mediuaguas de 20 m².

y 1989 se construyeron cinco soluciones habitacionales por día (específicamente casetas sanitarias), con urbanización mínima. Como resultado, en diez años se instalaron 80 mil nuevos habitantes en cerca de 30 conjuntos habitacionales. Si bien este proceso de traslado y de radicación de pobladores logra superar en parte las penurias habitacionales y sanitarias de cientos de miles de personas, los niveles de integración espacial con la ciudad disminuyen dramáticamente junto a la cada vez más lejana inclusión. (Gurovich, 1989). Los nuevos pobladores llegaron a lugares que muchas veces no tenían los servicios básicos (agua, transporte, etc.), además de experimentar el quiebre de lazos sociales y familiares producto del traslado. Lo anterior, concentra aún más la pobreza, con su consiguiente homogenización espacial, produciendo una segregación a gran escala.

La gran mayoría de los habitantes de El Castillo son pobladores muy pobres, erradicados de diferentes áreas de la ciudad de Santiago. Nunca tuvieron la posibilidad de elegir dónde trasladarse, más bien fueron expulsados de las áreas que eran valiosas para el mercado, ofreciéndoles la posibilidad de ser propietarios de una vivienda de carácter social. Los asentamientos que ocupaban estos grupos antes de ser trasladados, eran territorios ubicados en municipios con un alto valor de la tierra urbana y, por lo tanto, estas poblaciones ponían en peligro el precio del suelo de estas áreas (Hidalgo, 2005; Banderas, 2008; Gurovich, 1989).

La Comunidad Ecológica: la construcción de un imaginario

Frente a los grandes territorios de vivienda social ubicados en la periferia de la urbe, desprovistos de servicios e infraestructura, aparecieron en Santiago estilos de vida asociados a un imaginario suburbano que privilegiaban el espacio, la libertad, el contacto con la naturaleza y el aislamiento. Situada un poco más adelante en el tiempo que Villa Portales y El Castillo, la Comunidad Ecológica de Peñalolén se enmarca en este contexto de transformación, fragmentación y privatización de los espacios residenciales que había venido ocurriendo en varias de las ciudades latinoamericanas.

El imaginario de la periferia o suburbio para las clases medias y altas como lugar deseado se sitúa en el contexto americano de mediados del siglo XX, cuando las ciudades comienzan a expandirse hacia nuevas áreas periféricas. Los grupos más acomodados vieron en esa expansión la posibilidad de construir un lugar diferente, donde la idea de progreso y movilidad social se hace patente. Se trata de una búsqueda por diferenciarse a partir de un estilo de vida particular con un marcado repliegue sobre el espacio privado (Márquez, 2006).

De esta manera, la periferia será el espacio donde los habitantes pueden completar su deseo de diferenciación y desarrollar su estilo de vida. El deseo de ir a habitar los bordes de la ciudad se asocia también con

los cambios que vienen sufriendo los centros históricos de muchas ciudades. Lo anterior, conformó a la periferia como un lugar con mejor calidad de vida. Esta nueva ciudad, ahora alejada de los males urbanos, se constituye en un lugar donde los habitantes pueden desarrollar un proyecto de vida diferente, más cercano a los ideales de la vida de campo, la tranquilidad y el contacto con la naturaleza.

La conquista de nuevos territorios, baldíos y extensos, que se encuentran en los bordes de la ciudad, despierta una atracción por lo desconocido y se convierten en una aventura. Aparece en el imaginario de los habitantes la idea del *Wilderness* (Tuan, 1990), de la periferia como un espacio yermo que no ha sido tocado por el ser humano. Se valora el acercamiento a la naturaleza y a los elementos que reflejan lo natural. Los habitantes que llegan a estos espacios lo hacen buscando una mayor calidad de vida: más sana, menos contaminada, con más verde, donde se pueden ver las montañas y los hijos pueden jugar tranquilos en espacios extensos. Este imaginario no sólo se asocia a un territorio natural, también significa un territorio por construir.

Lo anterior, penetró fuertemente en el contexto socio-urbano de la ciudad de Santiago y también latinoamericano, caracterizado por viviendas unifamiliares en copropiedad, urbanizaciones cerradas, edificios departamentos, loteos de parcelas de agrado, etc. Este fenómeno es uno de los elementos del nuevo modelo de la estructura y del desarrollo urbano de la ciudad lati-

noamericana (Janoschka, 2002). Es el paso desde un modelo de ciudad abierta hacia un régimen de ciudad cada vez más cerrada, marcado por la afirmación de una ciudad de tipo privada (Svampa, 2001).

La Comunidad Ecológica está emplazada en la periferia oriente de la ciudad de Santiago, en la comuna de Peñalolén, donde habita una diversidad de perfiles socioeconómicos: estratos medios y altos, comunidades ecológicas y sectores marginales (Ulloa y Zunino, 2008), aspecto que no es muy común en la ciudad de Santiago considerando la importante segregación existente entre comunas. Las familias que habitan la Comunidad forman parte del 3% de la población de estratos medios-altos que vive en Peñalolén. Ubicada en la zona precordillerana, en el pie de monte y enmarcada por la presencia de la Quebrada de Macul, posee gran diversidad de flora y fauna, lo que la hace un espacio medioambiental importante y único en la ciudad (Ulloa y Zunino, 2008). Se sitúa en parte del antiguo fundo Lo Hermida perteneciente a la familia Cousiño, tierras agrícolas que eran destinadas para el cultivo del trigo y pasto para el ganado. En la década de 1980 llegaron los colonos que le dieron el nombre a esta comunidad. Era un grupo de clase media alta, desencantado de la vida en la ciudad, que decide buscar un lugar donde vivir. En un comienzo se trató de dos o tres familias, hoy son casi 340, entre colonos, arrendatarios y antiguos campesinos.

La Comunidad, al momento de la investigación, tampoco disponía de una red pública de agua y alcan-

tarillado, sus habitantes se aprovisionaban del agua que baja de la quebrada de Macul de la cual poseen derechos de acuerdo con la superficie de territorio de cada propietario. La captación, canalización y distribución está a cargo de la Asociación de Canalistas de Lo Hermida, agrupación a la que los vecinos se asocian mediante el pago de una cuota anual. Cada casa cuenta con un estanque de almacenamiento y bombas que llevan el agua al interior de los hogares y las aguas servidas van a fosas sépticas individuales en cada propiedad.

El funcionamiento del suministro de electricidad es similar, ya que la mayoría de las parcelas todavía está adherida a un sistema de medidor común que distribuye la energía de forma colectiva. Las calles no cuentan con alumbrado público. Se puede observar, entonces, que los servicios de agua y electricidad deben ser pagados en conjunto por cada una de las parcelas y resultan habituales los conflictos entre vecinos de una misma parcela por quienes no pagan a tiempo y surgen las amenazas de corte del suministro sobre todos; o también por vecinos que recargan la electricidad y se cae la luz en toda la parcela. Lo mismo sucede con el agua: vecinos que sacan mangueras hechizas para regar sus predios sin autorización, gasto innecesario de aguas, etc.

La organización de este territorio es muy diferente al de una población, villa o condominio cerrado, ya que en la Comunidad los habitantes son los propios gestores de su entorno. Una de las características de este lugar es su estilo arquitectónico que privilegia la tierra y los

materiales nobles, pero la llegada de nuevos residentes ha aumentado la densidad del barrio y ha traído nuevos estilos de construcción como el hormigón o el ladrillo. Desde 1999 la Comunidad Ecológica es parte del plan seccional municipal, condición otorgada por el Ministerio de Vivienda y Urbanismo, que tiene el objetivo de preservar barrios con características particulares.

En definitiva, estas tres formas de habitar representan tres territorios muy diversos entre sí, pero que tienen en común ser emblemáticos de la construcción de la ciudad y de las formas de habitar en ella. Si bien se podría plantear que cada territorio representa diferentes habitares –los centrales, los marginales y los periurbanos– se requiere sortear esta distinción y releer su cotidianidad a partir de experiencias que tienen más en común que de diferencias. Enfatizar en las formas de construir los territorios de proximidad (la casa y el barrio) y su relación con la movilidad cotidiana, permite otra mirada de los modos de vida que tienen lugar en la ciudad de Santiago; la diferenciación, la segregación, la fragmentación y, sobre todo, de la relación con el territorio.

SEGUNDA PARTE:
HISTORIAS DE PROXIMIDAD Y
MOVILIDAD EN TRES TERRITORIOS
DE LA CIUDAD DE SANTIAGO DE CHILE

CAPÍTULO III:

UN PROYECTO COLECTIVO MODERNO

La Unidad Vecinal Portales es uno de los proyectos de vivienda social más emblemáticos del país y que aún incide en la arquitectura actual marcando el paisaje de la ciudad. Es un lugar que está en el imaginario de quienes habitan Santiago, es un espacio que sale de lo común y que impresiona por sus dimensiones, formas y relieves. Villa Portales, a pesar del deterioro que experimenta en la actualidad, simboliza una manera distinta de hacer arquitectura, es un territorio que acoge y fomenta la vida de barrio y el uso de la proximidad.

La vivienda colectiva moderna y la llegada a un lugar único

La construcción de Villa Portales fue anterior a la conformación de El Castillo y la Comunidad Ecológica de Peñalolén. Esta Unidad Vecinal es hija ilustre del movimiento moderno, siendo presencia física de un período de la historia y formando parte de la imagen y el patrimonio de la ciudad de Santiago de Chile. El proyecto de la Unidad Vecinal Portales dio cuenta de las nuevas ideas de habitabilidad y de acceso a la vivienda promulgadas por el Estado cuando este desempeñó un rol central como ente de bienestar.

Quienes llegaron a habitar este territorio recuerdan vivamente cómo llegaron. Se trataba de un grupo de habitantes de clase media, afiliados a la Caja de Empleados Particulares a quienes se les dio la oportunidad de optar a una vivienda propia, de calidad, emplazada en el centro de la ciudad y esta podía ser una casa o un departamento de dos pisos.

Ingresé a la Caja de Empleados Particulares por el año 1957 o 1959, a trabajar como ayudante de caja y terminé como jefe de Departamento. Después me trasladaron a Rancagua, como segundo jefe de la sucursal de Rancagua. Ofrecieron cursos de inglés a las instituciones y yo me matriculé en uno. Ahí conocí a mi media naranja; ella trabajaba como secretaria de una empresa constructora. Me enamoré, nos casamos. Estaba el Gobierno de Eduardo Frei Montalva. Postulé por la Caja a este departamento en 1966. Me casé el 27 de enero de 1965 para tener los puntajes, porque en ese tiempo había que tenerlo: por antigüedad, por esposa, por la madre, porque yo tenía de carga familiar a mi madre, más la antigüedad como empleado, entonces me dieron este departamento. Yo quería una casita con patio, pero mi mujer no (Hombre mayor, Villa Portales).

Quienes llegaron a la Villa Portales eran familias que compartían características similares: el mismo nivel social, cultural y económico. Eran empleados calificados lo que ayudó en la formación de una comunidad de iguales en un territorio que recién se estaba formando.



Fuente: Plataforma arquitectura.
www.plataformaarquitectura.cl

Muchos eran originarios de Santiago y provenían de comunas centrales y tradicionales de la ciudad. Llegaron con toda su familia: con hijos pequeños, nietos, hermanos, sobrinos, etc. Los que llegaron de pequeños y tuvieron la oportunidad de crecer en la Villa formaron un lazo importante con sus pares. La llegada e instalación marcó en esos habitantes un anclaje en el territorio próximo.

Yo nací aquí, en esta casa, en este lugar. Mis papás llegaron en abril, mayo, y yo nací en octubre. A mí toda la vida me ha gustado la Villa, soy una enamorada de donde vivo, aquí están mis raíces. Siempre he visto a Villa Portales como parte de mi familia, la mayoría de mis amigos de adolescente, mis amigos de

niñez son de aquí y yo crecí con ellos (Mujer adulta, Villa Portales).

Estos habitantes construyeron su hogar y formaron su familia aquí, estableciendo fuertes redes sociales y vecinales, mientras que los más jóvenes fueron creando lazos de amistad, se casaron con gente de la Villa y arrendaron o compraron una vivienda aquí.

Cuando llegamos a la Villa, luego conocí al que es el papá de mis hijos. Él era de aquí, vivió desde chiquitito. Luego nos casamos y seguimos viviendo aquí, nosotros en el primer piso y mi papá arriba (Mujer adulta, Villa Portales).

Así, cuando la vivienda fue entregada pudieron acceder al estatus de propietarios, a tener un refugio, un lugar de intimidad. El espacio residencial de la casa se fundía con los espacios que la rodeaban, conectándola con lo que estaba más allá, formando una dialéctica entre lo de adentro y lo de afuera.

El ambiente era tranquilo, los chicos se juntaban en el segundo piso que era la terraza, tocaban guitarra, de repente se tomaban una cerveza. Era muy rico aquí, cuando llegabas a las dos o tres de la mañana no había ningún problema. Cuando la Caja de Empleados Particulares construyó, había rondines en las noches, los jardineros tenían unas plazuelas preciosas. Todas las puertas estaban abiertas, si un vecino necesitaba algo, llegaba y entraba (Mujer mayor, Villa Portales).

Los amplios espacios verdes, los jardines y árboles floridos, los grandes edificios y la amplitud de las viviendas, todo muy cuidado. Fueron elementos que ayudaron a la conexión entre el adentro y el afuera, a la unión que se da entre las escalas. La casa y el barrio eran uno solo.

Es especial esta villa, está hecha para que todos nos topemos, nos saludemos. Es que esto fue hecho así, para tener una vida social. Por ejemplo, usted sale y tiene la vereda de inmediato. Las casas que están al medio tienen que salir por acá y así uno se va conociendo a través de los años, es bonito, es un sistema, es una villa bien hecha (Hombre adulto, Villa Portales).

Calles elevadas, Villa Portales



Fuente: Propia

Además de las características físicas y los aspectos afectivos de la Villa, un elemento que se sigue valorando y que la posiciona como un lugar privilegiado en relación con otros conjuntos de vivienda, es la centralidad de la que goza este territorio.

Este es un lugar privilegiado, tiene locomoción para todos lados: tiene el metro y si quieres puedes ir en bicicleta hasta el centro. Yo me voy caminando hasta Estación Central, está como todo cerca (Mujer adulta, Villa Portales).

Está todo central. Antiguamente el ombligo de Santiago era la Plaza de Armas y hubo un tiempo en que lo era la Villa Portales (hombre mayor, Villa Portales).

En la actualidad la Villa presenta un proceso de envejecimiento importante y los espacios de antaño han cambiado. Las áreas verdes están más secas, sin pasto ni vegetación. Muchas de las plazas interiores se han cerrado, las fachadas de algunos departamentos presentan problemas, algunos habitantes se han tomado los espacios públicos de la Villa anexándolos a sus jardines, las escaleras de los edificios están en mal estado, etc. Esto ha perjudicado la imagen, sin mostrar síntomas de desarrollo ni atisbos de reacción, lo que ha provocado el éxodo de muchos antiguos habitantes, quedando solo el recuerdo de un tiempo que fue mejor.

El desgaste físico de la Villa, el éxodo de sus fundadores, la búsqueda de parte de los más jóvenes de nuevos espacios renovados, y la no continuidad del proyecto, ha dejado muchos departamentos y casas en el abandono. Han llegado nuevos habitantes, principalmente jóvenes estudiantes, parejas o extranjeros, atraídos por los bajos costos del arriendo, la centralidad de la Villa y los amplios espacios. Habitantes que

poco o nada tienen que ver con la clase media que llegó a vivir entre los años cincuenta y sesenta.

Los espacios de la Villa han entrado en un estado de obsolescencia y en la actualidad es difícil para los habitantes poder hacerse cargo de su gestión, de los conflictos y de aquello que amenaza su continuidad. De alguna manera el proyecto modernista, pensado para el habitante moderno y libre no pensó en el usuario real, menos en las necesidades que surgirían con el tiempo.

La villa en la actualidad



Fuente: Propia

Habitar el espacio residencial

Los habitantes de Villa Portales no participaron en el diseño y construcción de sus viviendas, pues al momento de su llegada el proyecto estaba totalmente terminado.

Los habitantes de este conjunto habitacional han hecho muy pocos arreglos en sus casas, ya que las construcciones son de buena calidad y los espacios son amplios. El espacio residencial parece ser uno solo con el espacio que lo rodea, lo que da cuenta de una fusión entre el adentro y el afuera, fusión que dota de un sentido más profundo al habitar.

Para nosotros no era solo el departamento, era una Villa preciosa. El departamento en sí, bonito, grande, amplio, tres dormitorios, un baño aparte y un baño chico y bonito, y lo más bonito era la terracita. La Caja de Empleados Particulares tenía muy bonito los jardines, que eran comunes, así como las terrazas eran comunes con el vecino (Mujer adulta, Villa Portales).

En los relatos recogidos, se elogia la calidad que tenían las viviendas al momento de la llegada. Las primeras ampliaciones y arreglos aparecen cuando pasan los años y la familia va creciendo.

Estaba igual, excepto la pintura. No hemos cambiado ni el parquet porque nos gusta. Salvo la cocina que la agrandé cuando los hijos se fueron; era muy pequeña y siempre me han gustado las cocinas grandes. Esa ha

sido la única modificación que hemos hecho al departamento (Mujer adulta, Villa Portales).

Los residentes más jóvenes, aquellos que llegaron con sus padres, que se han independizado, pero a la vez han decidido quedarse en la Villa, algunos han invertido en reparaciones que se asocian al envejecimiento de las viviendas. Los recuerdos de sus primeros años en la Villa quedan en la memoria y toman forma en las reparaciones y cambios que se hacen en vivienda.

La casa nos costó conseguirla. Tenía un cubrepiso bien delgadito que estaba para la embarrada y nosotros le pusimos parquet, que es lo que tenía la casa de mi mamá. Hay dos tipos de casas: unas que tenían fléxit y otras que tenían parquet. Nosotros quisimos volver a ponerle parquet que era lo que recordábamos de chicos (Mujer adulta, Villa Portales).

Al hablar, los entrevistados parecieran solo recordar una época más plácida. Los más viejos han formado y visto crecer a su familia, han construido su vida en ese espacio.

Esta casa la quiero por la sencilla razón que fue mi primer hogar de casado. Aquí formé mi hogar con mi mujer, con mis hijos, los críe. Esta casa significa recuerdos, momentos gratos (Hombre adulto, Villa Portales).

Una mujer que vivió desde pequeña en la Villa relata lo que significa su casa, cómo cada espacio tiene un

inmenso valor, y resalta su buena conexión con los espacios del exterior.

Para mí es el ideal, es una casa muy cómoda y muy bien distribuida. Creo que es el sueño de toda dueña de casa, tiene un patio y un jardín, allá hay un lavadero y tengo para tender la ropa; entonces puedo estar cocinando y lavando al mismo tiempo. Después están los dormitorios amplios, cuatro dormitorios, de los cuales hay tres grandes con su closet, uno da a la calle, dos dan a la terracita. En la terraza uno ve plantas, ve verde, algo que da ánimo para levantarse, o sea que está todo bien distribuido. Es amplio y bonito, no dan ganas de salir. Y lo principal es que está muy central, tres cuadras más allá está el metro, el Transantiago, entonces para mí es un sueño (Mujer adulta, Villa Portales).

La casa nunca aparece como un ente aislado o separado, no puede concebirse sin la Villa. La casa no funciona como un espacio que se cierra en su interior y una de las razones por las que se valora es por la Villa misma.

Anclarse y quedarse

La proximidad residencial entre edificios, casas y plazuelas, y el hecho de que muchos habitantes crecieran, se formaran y establecieran sus amistades en la Villa Portales, permite plantear que en ella se han desarrollado prácticas de sociabilidad y movilidad importantes. Se establece un anclaje o vínculo de tipo

afectivo en el que las relaciones y las prácticas barriales constituyen un recurso importante para la cotidianidad. Para muchos de sus habitantes los espacios del barrio son lugares importantes del imaginario, pues hay circulación, intercambio de servicios, de información, de conversaciones. La casa del vecino pasa a ser muchas veces un lugar familiar, de discusión y de encuentro, al que se puede acudir en caso de necesidad,

Los comercios de proximidad son muy frecuentados para comprar pequeñas cosas y a ellos se acude también para sociabilizar. Incluso se lleva “fiado”⁶. La socialización, la familiaridad y la confianza son elementos que aún se practican entre quienes habitan Villa Portales.

Por aquí encuentro todas las cosas que me faltan. Conozco a la señora del negocio de la esquina, conversamos; a veces paso y veo algo novedoso que le ha llegado –con o sin plata– me lo llevo igual (Mujer adulta, Villa Portales).

Sus grandes espacios y las diferentes escalas, hacen que para entrar o salir de la Villa haya que recorrerla, caminarla, transitarla.

Tengo mis amigos, las mismas vecinas, tú vas caminando por la Villa a las dos o tres de la mañana y siempre te vas a encontrar con alguien y te pones a conversar. En el caso mío siempre me encuentro con

⁶ Comprar sin pagar para hacerlo cuando se pueda. Generalmente esta práctica ocurre en los pequeños comercios de barrio.

alguien y me pongo a conversar: los de acá, los de allá (Mujer adulta, Villa Portales).

El barrio es percibido como un lugar tranquilo, seguro, donde todos se conocen. Siempre hay alguien observando desde los balcones lo que pasa, desde las casas, en las calles siempre hay alguien alerta.

Yo lo encuentro seguro. Cuando uno viene caminando por General Velásquez y se ve la Villa uno piensa '¡ya no pasó nada!', porque el sector de Alameda es peligroso. Pero uno se relaja cuando ve la Villa y siente que aquí no le va a pasar nada. Te puede pasar igual, pero es la sensación (Mujer adulta, Villa Portales).

Esta imagen positiva, de seguridad y tranquilidad que manifiestan los habitantes se contrapone con la imagen externa que se tiene: la Villa para algunos es calificada como un barrio de izquierda, conflictivo, inseguro, con problemas de droga y delincuencia.

Fue mal nombrada mucho rato. No solo la Villa, sino que también la comuna. Es que tener a la Villa Francia cerca no es positivo. Tengo una prima que dice: 'yo me voy de aquí porque no quiero que digan en mi trabajo que vivo en Villa Portales'. Muy conocida por los cacerolazos, quizás, de todas maneras, el estilo de una villa comunista. Hubo un tiempo que le dieron con el tema de las drogas, entonces el estigma de Estación Central como comuna marcada, como las comunas que están al límite de lo malo (Mujer adulta, Villa Portales).

A pesar de lo anterior, existen muchos elementos que vienen a reforzar el anclaje y los vínculos de un grupo de habitantes con el lugar. Lo práctico y lo simbólico son dimensiones que se mezclan en el significado del habitar. Existe un grupo de “anclados” (que correspondería a los fundadores, a los primeros en llegar a la Villa) y a sus descendientes (los hijos que crecieron y decidieron quedarse y formar familia en ese lugar) que aman ese territorio, valorando su localización en el espacio de la ciudad.

A pesar de todas las dificultades y su deterioro, es una villa que te atrae. Es bonita, todavía sigue viviendo la gente que es de aquí y eso lo hace un espacio tranquilo; lo otro, es que es un lugar céntrico. Un departamento grande, espacioso, donde tienes el metro, el supermercado, la comisaría, la biblioteca, la Alameda, y es barato, además, es barato por su ubicación (Hombre adulto, Villa Portales).

Se da, de alguna forma, un tipo de habitar utópico, es decir, muchos de sus habitantes tienen una necesidad de reproducir el espacio familiar y social que tuvieron en el pasado. El espacio de la Villa es largamente invertido tanto en la esfera familiar como asociativa.

Plazuela el Peumo, recuperada por el programa Quiero Mi Barrio



Fuente: www.plataformaarquitectura.cl

Se genera una especie de encapsulamiento en los espacios de la Villa, en los intersticios que la unen con la ciudad, lo que se traduce, como expresan sus habitantes, en una “villa-pueblo” o en un “oasis en medio de la ciudad”, que la protege de la vorágine que la rodea.

Siempre tenemos actividades. Eso es lo que tiene la Villa, por ejemplo, las dueñas de casa y la gente que no tiene posibilidades de salir, va a partes muy cercanas, por eso digo que la Villa es un pueblo. Te vas a encontrar con gente que no sale de la Villa Portales porque tiene todo cerca (Mujer adulta, Villa Portales).

Efectivamente, este territorio se ubica muy central dentro del mapa de Santiago y está rodeada por grandes establecimientos y construcciones, lo que dificulta

un poco el acceso desde y hacia la Villa, e incentiva el uso de los espacios de la proximidad, generando esta suerte de encapsulamiento entre sus límites. A pesar de que estas barreras físicas crean un microambiente, la Villa sigue siendo un territorio conectado.

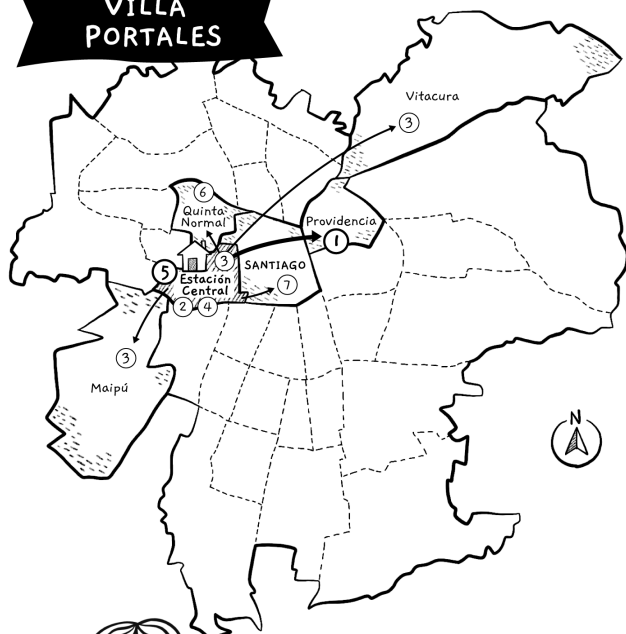
La localización en la escala urbana ayuda a que los habitantes de la Villa no vivan su encapsulamiento como repliegue y puedan moverse más allá de este espacio, situación que da cuenta de una apertura, sobre todo de los habitantes más jóvenes.

En este sentido, valorar la proximidad no significa que la movilidad urbana desaparezca. Existe un grupo de habitantes que manejan y tienen un control de los espacios de la ciudad gracias a la accesibilidad y a la centralidad con la que cuentan desde la Villa. Muchos habitantes son capaces de interrelacionar las escalas sin problemas, exhibiendo un anclaje y una movilidad que se puede manejar sin mayores inconvenientes.

Mis niñas no están acostumbradas a andar en metro, entonces yo las voy a dejar en auto al colegio y vuelvo dejo el auto estacionado en la Villa; me manejo en metro o en micro. Lo que hago siempre está relacionado con la Villa, tengo amigas de años y siempre tienes actividades, alguna amiga que me está llamando. El sábado pasado, por ejemplo, una amiga me invitó a una tocata de un grupo y así es mi vida. Los días domingos trato de estar en la casa y relajarme, y toda la actividad social que hago me ayuda a distraerme (Mujer adulta, Villa Portales).

· Estación Central ·

VILLA PORTALES



Mujer
31 años
Dueña de casa
Casada
2 hijos



Desplazamientos Cotidianos

- ① Trabajo anterior
- ② Compras: supermercado
- ③ Diversión, mall, compras
- ④ Trámites y cuentas
- ⑤ Visitas familia
- ⑥ Salidas: parque
- ⑦ Casa tía

○ Frecuente ○ Ocasional  Residencia

Fuente: Vero Rodríguez, ilustradora

Se trata de un anclaje deseado que se intercala con una movilidad cotidiana en la ciudad, ya sea por trabajo, diversión o viajes. Los relatos recogidos sobrepasan la clásica oposición movilidad cotidiana y anclaje barrial, aquí la tensión parece estar más equilibrada entre estos “anclados pero móviles”, pues a pesar de privilegiar la escala de la proximidad son capaces de moverse y desplazarse hacia otras escalas.

El transporte público y los modos suaves

Si bien en Villa Portales existe un número importante de habitantes que tiene al menos un automóvil⁷, el transporte público es muy utilizado⁸. Como ya se ha mencionado, su ubicación privilegiada hace que la movilidad cotidiana no implique lejanía.

En cuanto a la movilidad laboral, según el Censo de 1992, la mayoría de sus habitantes trabajaba en la comuna de Cerro Navia y en el conjunto de comunas del sector centro oriente de la ciudad, como Santiago, Providencia y Las Condes, comunas bastante cercanas a Villa Portales. Eso no genera conflictos en términos

⁷ Un 30% de la población cuenta con uno o más vehículos privados para movilizarse cotidianamente. (Universidad Alberto Hurtado, 2007).

⁸ Un 80, 3% de los habitantes de Villa Portales utiliza el transporte público para movilizarse, mientras que el 19% se moviliza en transporte privado, ya sea auto, moto o bicicleta (Universidad Alberto Hurtado, 2007).

de movilidad y desplazamientos, pues las distancias son salvadas con la importante conectividad que da la cercanía a un conjunto de equipamientos de transporte público y privado: estaciones de metro, autopistas, buses, así como numerosos centros educativos y de salud en la misma comuna o en comunas vecinas.

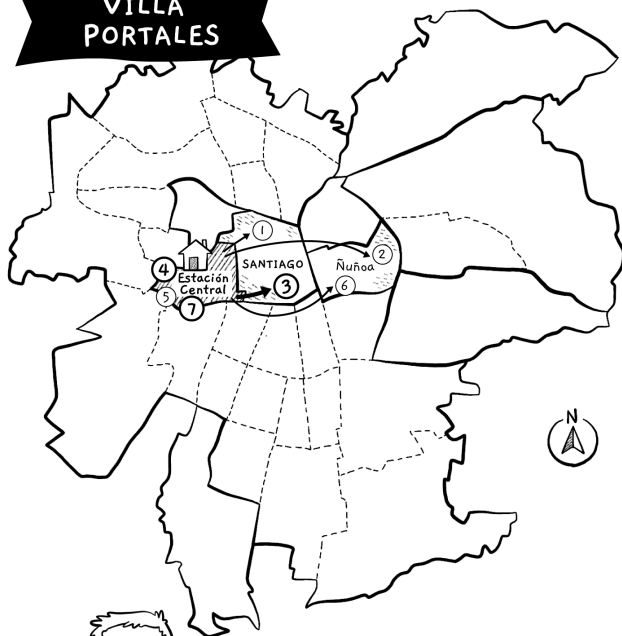
En los relatos no aparecieron habitantes que manifestaran problemas con el transporte público o que lo percibieran como negativo, por el contrario, se resalta la buena conectividad y el transporte, a pesar de los cambios que trajo la puesta en marcha del Transantiago. Así mismo, el transporte público en Villa Portales es complementado con otras formas de desplazamiento que pueden ser fácilmente puestas en marcha.

Siempre caminando, tenemos la suerte de, por ejemplo, comprar artículos escolares en Meiggs. Y cuando vas a la playa tomas el bus y te vas caminado desde tu casa porque queda al lado. Mi hijo está en el Salvador San Fuentes, que queda en Matucana con Catedral, lo vamos a buscar y dejar todos los días en bicicleta (Hombre adulto, Villa Portales).

La buena accesibilidad, los servicios la proximidad y el importante equipamiento público y de servicios son elementos que incentivan también movibilidades cotidianas más suaves como la caminata y la bicicleta.

· Estación Central ·

VILLA PORTALES



Hombre joven
35 años
Trabajador
independiente
Casado
1 hijo



Desplazamientos Cotidianos

- ① Compras artículos escolares: Meiggs
- ② Salidas: Plaza Nuñoa
- ③ Colegio hijo
- ④ Compras
- ⑤ Visitas familiares
- ⑥ Trámites
- ⑦ Trabajo

○ Frecuente ○ Ocasional Residencia

Fuente: Vero Rodríguez, ilustradora

Nuevas apropiaciones del espacio

Existe en este territorio otro perfil de habitantes que dista un poco de las características de los anclados y más comprometidos con la Villa. Se trata de un grupo de descendientes que manifiesta lo que se ha llamado un “habitar atópico”: se trata de un rechazo a su barrio, sobre todo por el proceso de deterioro en que se encuentra actualmente. En este caso, el territorio de proximidad funciona como un soporte de tipo más práctico que simbólico.

Fernando tiene 25 años, es técnico en informática. Trabaja en el centro de la ciudad, muy cerca de la Villa. A pesar de que manifiesta aprecio por su barrio, en su relato se implica poco y dice que realiza muy pocas actividades en la proximidad. Dice no frecuentar el mall de Estación Central ni hacer trámites ni compras en la misma comuna ni en las vecinas. Este joven prefiere desplazarse al mall que está en el barrio alto y hacer trámites en las comunas de Santiago y Providencia, o ir a Plaza Ñuñoa o a Plaza Italia.

El ejemplo anterior da cuenta de un número de habitantes que, si bien habitan en la Villa, por cuestiones afectivas, económicas o de centralidad, esperan en un futuro cercano poder moverse. Estos habitantes valoran su centralidad y accesibilidad pues les permite escapar de una localización que no es deseada. Ellos justifican su baja movilidad y anclaje en la proximidad en relación con una percepción negativa del barrio.

La movilidad o la inmovilidad, afirma Azouz Beggag (1995), está en parte condicionada por la percepción que se tiene del barrio que se habita, por los lazos relacionales con el vecindario y por las aspiraciones de mudarse o no. De hecho, las representaciones y las actitudes de los habitantes en relación con las salidas o con la movilidad, en general, están ligadas a la apreciación que se tenga del vecindario.

Entrevistadora [E]: ¿Van al mall de Estación Central?

M: No, al Parque Arauco. Me da susto, no me acostumbro, no me siento tranquila, a pesar de que podríamos ir hasta caminando.

E: ¿Y qué planes tiene a futuro como familia, le gustaría quedarse acá?

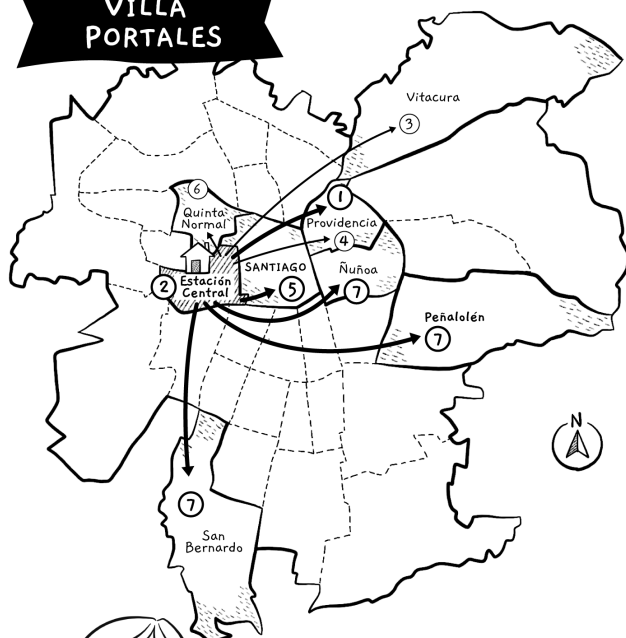
M: Los planes son irnos de acá, ojalá a una casa. Me gusta Ñuñoa, porque es más familiar, es más barrio.

E: ¿Por qué no quedarse en Villa Portales?

M: Si todo lo que dicen le van a hacer a este lugar lo hicieran, pero uno ve que no lo hacen y llevan cerca de cuatro años diciendo que van a arreglar esto; lo otro, ahora recién están arreglando las veredas. Si también hubiera áreas verdes, que sacaran a la gente que está instalada allá al frente. La Luci [se refiere a la mujer que trabaja en su casa] vive acá en el primer piso, y todos nos sentimos un poco inseguros de salir de la noche, nos da miedo. Y eso es otro punto que hace que uno no se quiera quedar por acá (Mujer adulta, Villa Portales).

· Estación Central ·

VILLA PORTALES



Mujer
40 años
Trabajadora de
un banco
Separada
1 hijo



Desplazamientos Cotidianos

- ① Trabajo
- ② Compras: supermercado
- ③ Compras: mall
- ④ Visita al doctor
- ⑤ Colegio de hijo
- ⑥ Salidas
- ⑦ Visitas parientes y amigos

○ Frecuente ○ Ocasional Residencia

Fuente: Vero Rodríguez, ilustradora

Este relato es revelador de un caso que, aunque minoritario, expone las transformaciones que viene experimentando la Villa hace varias décadas. El degaste del entorno, el envejecimiento y la pobreza de algunos habitantes, la llegada de nuevos residentes de menor estatus económico ha provocado el éxodo de algunos habitantes en busca una mejor calidad de vida. Quienes no consiguen mudarse rechazan el barrio, se encierran en sus casas y echan mano a la accesibilidad con la que cuentan para desplazarse hacia otros espacios más deseados y diferenciados. La proximidad es distancia, valorándose por sobre todo la capacidad de desplazarse.

Este cambio de estatus junto a un deseo de ascenso social se condice con las prácticas de ir a comprar al barrio alto y dan cuenta de una proximidad desde donde es posible una movilidad cotidiana que permite la diferenciación social entre quienes hacen sus compras en la comuna y entre quienes salen y tienen más opciones de elegir.

Yo tengo amigos que dicen que lo que se vende por acá no es de calidad y que ellos prefieren ir a Las Condes. A mí en realidad me da lo mismo, ellos dicen que la ropa es más exclusiva y que aquí es masiva (Mujer adulta, Villa Portales).

Una mujer que está muy arraigada en su barrio, donde tiene redes sociales y familiares fuertes, explica que veces es algo difícil seguir viviendo en la Villa cuando el estatus económico de la familia ha mejorado.

Mi esposo trabaja en LG, es gerente de cuentas. Entonces, decir 'vivo en Estación Central', eso no les calza a algunos clientes con el vehículo que él tiene, con el cargo, ni con la comuna que trabaja, Las Condes (Mujer adulta, Villa Portales).

Existe entonces el deseo de dejar Villa Portales⁹. Para algunos, permanecer se relaciona con un soporte de tipo instrumental que les permite manejar con mayor libertad sus movilidades y escapar de una localización no deseada. El anclaje o vínculo es práctico y se traduce en una movilidad cotidiana centrífuga. El barrio es un trampolín y la movilidad cotidiana, una forma de diferenciación y escape.

Los nuevos actores

Hay varios factores que parecen explicar el desgaste y la pérdida de la homogeneidad económica, cultural y social que la Villa tuvo en sus primeros años, como el éxodo de quienes alcanzaron una mejor situación económica, el surgimiento en el territorio de una pobreza sobre todo en los adultos mayores, y la llegada de nuevos habitantes, en especial de familias jóvenes con hijos, extranjeros y estudiantes universitarios. Una

⁹ El grupo que manifiesta el deseo de cambiarse de barrio representan el 26% de la población. y dentro de ellos, un 80,9% declara que le gustaría cambiarse fuera de la comuna (Universidad Alberto Hurtado, 2007).

habitante relata sobre la diversidad de identidades y de modos de vida que hoy conviven en Villa Portales.

Te encuentras con los fundadores que viven en una pobreza impresionante, luego hay gente que vive con una pensión. Hemos encontrado personas con enfermedades mortales en una casa terrible y sin nadie que se haga cargo. También hay inmigrante, que muchas veces son rechazados porque subarriendan las piezas y entonces vive mucha gente (Mujer, Villa Portales).

Hay un grupo de personas mayores con serias dificultades monetarias y físicas. En este caso, el soporte que es la Villa –se ha construido con el tiempo y es signo de arraigo e identidad– también revela una situación de exclusión y de repliegue hacia el interior de la vivienda. Junto a esto, existen nuevos habitantes que parecen estar menos comprometidos y menos dispuestos a implicarse. Por ejemplo, los inmigrantes, principalmente peruanos o ecuatorianos, han hecho de los departamentos de la Villa su refugio, pues son espacios centrales, de bajo costo y bastante amplios.

Hay muchos peruanos aquí. Es que son departamentos grandes y viven de a hartos... Un departamento tiene tres dormitorios, living y cocina, baño, algunos tienen dos baños y una pieza, donde cabe una cama de dos plazas con dos veladores, son súper grandes, incluso en la pieza chica te caben camarotes, lo que permite que lleguen primero a un lugar, luego tienen su trabajo y después se van independizando (Mujer adulta, Villa Portales).

La mayoría de los extranjeros habitan en los blocks 1 y 2¹⁰, que se ubican en los márgenes de la Villa y marcan el límite con el exterior, es decir, permite un tránsito más libre hacia fuera. Los inmigrantes se concentran en estos departamentos y eligen esta localización porque les permite no tener que cruzar por la Villa para salir, pueden transitar sin tener que ser vistos por los habitantes del barrio, situación que da cuenta de una invisibilidad deseada. Muchas de ellos transitan principalmente por General Velásquez, ruta que utilizan para poder llegar al trabajo. También se mueven por el interior de los blocks para evitar ser vistos. Un hecho relevante es que para las compras solo utilizan algunos negocios del barrio, principalmente aquellos más cercanos a su vivienda. Se mueven entre una proximidad que se transforma en distancia con el barrio y una movilidad cotidiana que se caracteriza por accesibilidad y proximidad hacia otros espacios de la urbe.

Ello implica dejar de practicar el barrio e implicarse poco en la proximidad de la escala barrial por el temor de ser marginados, lo que saca a la luz la distancia que se establece entre ellos y los habitantes originarios. Paradójicamente, el proyecto de la Unidad Vecinal Portales, concebido para el encuentro y la socialización, en el caso de estos grupos pareciese prestarse como un

¹⁰ Esta afirmación se basa en las observaciones y conversaciones sostenidas con los residentes de la Villa Portales y con el Equipo de Quiero Mi Barrio.

lugar lleno de intersticios y espacios que incentivan la invisibilidad.

También existen los estudiantes universitarios que se ubican en el otro extremo de la Villa, en los blocks 14-17, colindantes con la Universidad de Santiago. Estos jóvenes generalmente no se implican en los problemas del barrio o lo hacen muy poco, invirtiendo su tiempo en los espacios que están más cercanos la cancha de fútbol de la universidad. Ahí se ubican pequeños comercios y los jóvenes se reúnen a beber y a discutir. Se trata de un grupo móvil, pues seguramente dejarán la Villa al término de sus estudios. El anclaje de estos estudiantes con este territorio corresponde a una etapa asociada a la vida universitaria. Las movilidades cotidianas de estos grupos son distintas. Incurren en una gran dispersión en la ciudad y ocupan la accesibilidad y la centralidad de la Villa como recurso. La proximidad y la escala barrial se asocian más bien a la vivienda que ocupan, a los estudios en la universidad vecina y a la socialización con los otros universitarios que también habitan este territorio.

Hay mucha gente, hay mucho chiquillo universitario, entonces eso también hace que haya mucha gente en tránsito y que no haya raíces (Mujer adulta, Villa Portales).

La Villa es una ciudad dormitorio en estos momentos, dado que los pensionistas son universitarios que van y vienen (Hombre adulto, Villa Portales).

Un residente que nació en la Villa relata la percepción que tiene de estos nuevos residentes y cómo se produce un doble efecto: ellos no se implican, pero tampoco los que habitan en la Villa hacen un esfuerzo para integrarlos.

En el cuadrante más cercano a la universidad están casi todos los estudiantes y los peruanos están en el cuadrante del otro lado. Hay varios departamentos donde viven cinco o seis personas porque son baratos y grandes. La gente no participa, porque el estudiante sabe que no va a seguir viviendo acá, no le interesa, y el peruano no participa porque nosotros mismos los marginamos (hombre adulto, Villa Portales).

Se afectan las relaciones que se tejen al interior de la Villa fruto de un territorio fragmentado, compuesto por distintas identidades, movilidades y anclajes que dan cuenta de un territorio en transformación.

Entre ocaso y resistencia

Las primeras transformaciones en la Villa comienzan en los años setenta cuando deja de ser administrada por la Caja de Empleados Particulares y pasa a manos de los propios vecinos. El sector público dejó de hacerse cargo de este proyecto y fue asumido por sus propios habitantes, por los vecinos, quienes no contaban con los conocimientos ni con los recursos económicos y técnicos para hacerse cargo y administrar un espacio tan grande.

Luego del golpe de Estado –entre los años setenta y ochenta– la Villa fue asociada como refugio de militantes de izquierda, caracterizada por enfrentamientos y persecuciones, que mermaron las condiciones de vida al interior del conjunto habitacional.

Decían que estaba lleno de extremistas, pero nunca creí eso porque la base era profesional y técnica, no de gente tan resentida. Estábamos estigmatizados en la época de los ochenta (Hombre adulto, Villa Portales).

En los noventa se produjeron dos fenómenos que afectaron la calidad de vida e imagen de la Villa. Se experimentó una fuerte merma social, económica y cultural en el conjunto habitacional, que devino en que 10% de sus habitantes pasaron a la condición de pobreza (Pool, 2008). Por otro lado, en 1993, Villa Portales dejó de ser parte de la comuna de Santiago y pasó a pertenecer a la de Estación Central, situación que implicaba pasar a integrar una comuna pobre y de bajos ingresos. Esta modificación no fue muy bien recibida por los vecinos pues repercutía en la imagen externa de la Villa y también en la incapacidad que tendría el nuevo municipio para hacerse cargo de sus necesidades.

Junto a este acelerado proceso de cambios, surgió un problema concerniente al uso del suelo. Los vecinos que en la actualidad habitan desconocen si el territorio está bajo régimen de copropiedad, así como las implicancias que esto puede tener. Así, surge el conflicto por el uso de las áreas comunes, que se verá reflejado en las

apropiaciones de las áreas de jardines por parte de los propietarios de las casas y de los departamentos de los primeros pisos. Además, los espacios comunes como las plazas se cierran y las circulaciones se enrejan.

Cuando nosotros llegamos a la Villa todas las áreas verdes eran abiertas y pertenecían a la comunidad, y esto era un lujo. Esto era algo que no existía en otro lugar, yo creo que, en ningún otro lugar del mundo, había un espacio como este, que, con el tiempo por a, b, c motivos se deterioró y los vecinos de las casas empezaron obviamente a cerrar su metro cuadrado tomándose, desde mi punto de vista, los territorios que eran de todos los vecinos (Mujer adulta, Villa Portales).

La apropiación de estos espacios semipúblicos y su transformación en espacios privados (intermedios) refleja la poca claridad que tienen (o tuvieron) los habitantes respecto de la naturaleza jurídica de las áreas verdes y comunes, desconociendo a quien le cabía la responsabilidad de manutención.

Frente a la incapacidad de los habitantes de apropiarse de la Villa en su totalidad, estas pequeñas estrategias de apropiación hablan de un habitante que siente la necesidad de construir espacios intermedios, lo que da cuenta de una diversidad de microbarrios que son formados por el block, las casas y las plazuelas más cercanas, y no por una unidad total como había sido pensado en sus inicios. Entonces, la microescala de proximidad pareciese tener un alto valor frente a

un espacio total que aparece deteriorado, inaccesible y disperso.

Si bien entre los vecinos existe una conciencia de que estas apropiaciones no son legales, muchos lo justifican al decir que si no fuera por estas acciones los espacios estarían aún más deteriorados.

En las reuniones, en general, se reclama que las viviendas se han hecho de espacios de todos. Yo vivo en una casa que tiene una toma, es una realidad, pero no la voy a devolver hasta que todos las devuelvan. Estoy dentro del montón de los primeros pisos y de las casas que lo han hecho; ahora, dentro de todos, las casas somos las con menos espacios tomados, aunque esto no disminuye el hecho de que así sea (Mujer adulta, Villa Portales).

Estas apropiaciones son prácticas, estrategias o formas de resistencia frente al ocaso de la Villa. Sus vecinos explican que han cercado los espacios y tomado los espacios públicos para hacerse cargo de algo que estaba en el olvido.

Se hace mucho la crítica que la plaza se cierra de noche. Se le paga a una persona con las cuotas de los vecinos de la plaza, para que cierre a las 21:30 en invierno y a las 23:30 en verano. Los niños y la juventud disfrutaban de la plaza que era la única con juegos, con árboles, bancas y sin malezas (mujer adulta, Villa Portales).

La apropiación de los espacios intermedios, el cierre y enrejamiento, la nostalgia, la protección de la identidad, el temor frente al otro, se transforman en mecanismos de resistencia para resguardar un territorio que parece estar siendo fagocitado por la modernidad y la velocidad de los cambios.

CAPÍTULO IV:

ENTRE ARRAIGO Y CONFINAMIENTO

O bien arraigarse, encontrar o dar forma a las raíces de uno, arrancar al espacio el lugar que será el nuestro, construir, plantar, apropiarse milímetro a milímetro de la propia casa: pertenecer por entero a nuestro pueblo [...]

O bien no llevar más que lo puesto, no guardar nada, vivir en un hotel y cambiar a menudo de hotel y de ciudad y de país: hablar, leer indiferentemente cuatro o cinco lenguas; no sentirse en casa en ninguna parte, pero sentirse bien en casi todos los sitios.

Georges Perec, 1999

Los campamentos: una alternativa para habitar

A menudo los barrios marginales de América Latina han sido estudiados bajo la idea de marginalidad, pobreza y exclusión. Se piensan estos territorios y sus habitantes como fijados en el tiempo y en el espacio, y se olvidan las lógicas y movimientos que se tejen en su interior, así como los lazos que se generan con otros territorios de la metrópolis.

La explosión demográfica que se produjo en la ciudad de Santiago en la década de 1940, fruto de las migraciones campo-ciudad, relevó la problemática de la vivienda. Muchos de estos nuevos habitantes de la ciudad se ubicaron en campamentos porque fue la única solución habitacional que encontraron y que evidentemente no

contaba con servicios básicos ni condiciones de salubridad.

Los habitantes de estos campamentos comenzaron a organizarse y manifestarse para exigir a los gobiernos soluciones dignas para vivir. Una de ellas fue la población La Victoria, que se formó a partir de habitantes provenientes de una toma de terrenos de la zona del Zanjón de La Aguada. Sin embargo, el problema de los “sin casa” era mayor: en 1971 se registraban 321 campamentos en el Gran Santiago, que reunía a cerca de 55 mil familias.

Campamento a orillas del río Mapocho



Fuente: Equipo del programa Quiero mi barrio,
La Pintana.

Con la llegada de la dictadura militar, el problema de los campamentos no solo fue social y de acceso a la vivienda, también fue un problema político. Fue durante la dictadura militar que se produjeron importantes transformaciones en la ciudad de Santiago en pos de los intereses del mercado. Entre 1982 y 1985 se realizaron 200 erradicaciones de campamentos hacia zonas periféricas de la ciudad. Si bien esta política de erradicación se sostuvo en una estrategia mercantilista de liberar áreas con alto valor del suelo donde se emplazaban los asentamientos irregulares, permitía también acceso a la vivienda propia.

Los habitantes de la población El Castillo provenían de campamentos muy precarios e informales dispersos en diferentes partes de la ciudad de Santiago, a los que habían llegado impulsados por el hacinamiento y la falta de espacio.

La llegada a la periferia

El Castillo se transformó para la mayoría de sus habitantes en el espacio que los albergaba y desde donde podían ver reflejados sus anhelos y proyectos. En general, la obtención de la propiedad estabiliza a las familias en los barrios populares luego de un período largo de allegamiento o de vida en campamentos. Acceder al estatus de propietario y a un lugar de anclaje y estabilidad permite a estos grupos compensar, en cierta medida, la precariedad y el débil rol que se tiene

en otros aspectos, como por ejemplo en lo profesional (Sencebe, 2001).

Así mismo, la movilidad residencial hacia los márgenes, asociada al acceso a la vivienda, es vista como algo que le otorgará refugio, sustento y un futuro a la familia. Por lo mismo, la casa es en primer lugar la propiedad, en el sentido de tener, de poseer algo. A partir de esta perspectiva, lo propio tomará sentido desde la idea de propiedad privada y la legitimidad social que la acompaña, y desde el acopio de bienes y posesiones (Lindón, 2005).

Estábamos contentos, felices, porque fue un cambio radical, ya definitivo. No me preocupé más. Ellos no se iban a mover más, a partir de entonces era solo yo el que se iba a mover. Cuando llegamos aquí, me fui a trabajar a Chacabuco y los fines de semana me venía (Hombre mayor, El Castillo).

Igual teníamos que pagar dividendos, pero no era tanto y era algo definitivo (Mujer adulta, El Castillo).

La instalación en la vivienda no sólo se entiende para estas familias como la adquisición de un patrimonio inmobiliario, sino como un acto social que conlleva la constitución de la familia y su estabilización en torno a un proyecto (Bonvalet y Brun, 2002). La vivienda se transforma para los habitantes, en el lugar por excelencia donde encuentran su bienestar.

De hecho, y a pesar de encontrarse viviendo en un territorio desconocido, mal dotado en infraestructura y con gente diferente a la del campamento de origen, con valores y costumbres diversas, la obtención de la vivienda aparece como una utopía espacial (Lindón, 2005), que se concretiza a partir del proceso de erradicación que les permitió tener un espacio en el mundo a través de la posesión de la nueva vivienda.

Por tener algo mío, donde jugaran mis niños y tuvieran un baño más que nada. Porque cuando uno vive de allegada, los problemas son los baños. Por eso más que nada luché tres años nueve meses en un comité, salió la oportunidad y nos vinimos para acá. Al principio fue difícil, igual que vivir en un campamento, pero lo único era que teníamos baño; la cocina y lo demás lo hicimos de madera. Llegué acá a tener lo mío (Mujer adulta, El Castillo).

La casa propia se transforma en el elemento altamente valorado sobre todo entre los grupos más vulnerables que traen una historia biográfica de carencias.

Nos ofrecieron trasladarnos a un espacio bonito, a unas casas muy lindas, y nos trajeron justamente para acá, al Castillo (Hombre adulto, El Castillo).

En escenarios de exclusión social como este, la casa toma más valor, pues otorga al individuo la condición social de poseedor de algo muy deseado.

Es mi espacio, es mi casa, no sé, hace once años que trabajo y hace once años que no la disfruto mucho,

pero paso la mayor parte del tiempo acá, porque no hay nada como tu casa (Mujer adulta, El Castillo).

La casa se constituyó para estos habitantes en el primer anclaje, en el punto de referencia y lugar donde comenzaban su historia como persona, y a la vez que conformaba el espacio a partir del cual se relacionaban con la ciudad.

Cuturello, Godard y Pendaries (1982), señalan que es bastante difícil distinguir entre el arraigo a la propiedad y el arraigo a la casa. El primer término puede estar más relacionado con el sueño de ser propietario y tener un bien inmobiliario, mientras que el segundo se relaciona con el significado que tiene la casa para los habitantes y su relación con otros aspectos, como el tipo de barrio y el acceso a la ciudad. Sin embargo, estos dos elementos están muy conectados y muchas veces se entremezclan en sus significados, siendo muy difícil establecer una diferencia entre un tipo de arraigo y otro.

Si bien la casa se transformó en el elemento que les permitió a los habitantes acceder al sueño de la vivienda propia, y proyectar su vida aquí, este costo fue muy alto para las familias erradicadas, sobre todo en los primeros años.

Un elemento relevante es el hecho de que ellos no tuvieron opción de elegir la localización de su vivienda, por lo que muchas familias vieron afectadas sus redes

sociales, su trabajo, su calidad de vida y la centralidad con la que contaban cuando vivían en el campamento. Estos habitantes fueron trasladados desde el centro de la ciudad a varios kilómetros afuera, prácticamente a los márgenes, a un territorio poco urbanizado, casi rural en los años ochenta, y con una infraestructura precaria. Esto acentuó la sensación de desarraigo, que fue muy fuerte en los primeros años de vida de la nueva población.

Para ciertas familias fue malo, porque los hijos se perdieron en la delincuencia, muchos dejaron de estudiar. También cambió la situación económica de varias familias, que quedaron sin trabajo porque trabajaban cerca de donde vivían antes y el hecho de cambiarse les dificultaba llegar, porque no había locomoción (Mujer adulta, El Castillo).

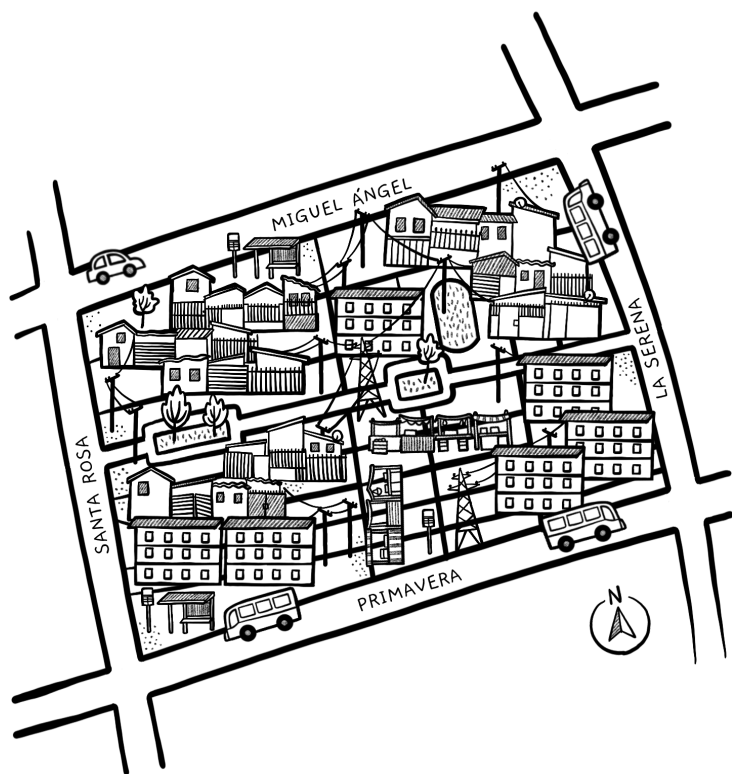
En una investigación realizada por Rodríguez e Icaza (1993), diez años después de la erradicación a La Pintana, se observó que frente al valor que tuvo la vivienda en su momento se superpusieron otras variables como la localización. Los autores explican que esta variable no está en relación con una distancia física, sino que, con el acceso a los servicios, a las fuentes laborales y a las redes sociales. El estudio hizo notar lo que el traslado significó para estos habitantes: un aislamiento con el resto de la ciudad y sus servicios.

Al principio la mayoría rechazó las casas porque quedaban muy lejos. Para mí era bueno, era una casa. Pero fue un cambio radical porque nosotros trabajábamos

en Quilicura y nos quedaba al lado del campamento. Cambiarse para acá implicaba dos horas de viaje. Incluso, yo me vine sola cuando llegó el camión de la mudanza porque mi marido no quería, yo tomé la decisión y dije: que sea lo que Dios quiera, porque al final era una casa y no podíamos rechazarla (Mujer adulta, El Castillo).

Skewes (2001), explica que estas políticas de relocalización y erradicación de asentamientos irregulares desmantelaron muchos de los mecanismos autoprotectores que se tenían en el campamento. Por lo mismo, la llegada a un nuevo lugar implicó reconstruir y rehacer la visión de mundo que tenían los pobladores, con un costo bastante alto.

Al mayor le costó adaptarse, se tuvo que cambiar de colegio, de barrio, todo, sus amigos del barrio quedaron en distintos sectores. Nosotros fuimos los últimos acá de Renca, con el vecino de al lado (Mujer adulta, El Castillo).



· La Pintana ·

EL CASTILLO

Fuente: Vero Rodríguez, ilustradora

Luego de la erradicación a la que fueron sometidos los habitantes de La Pintana, parece que el sentido de comunidad se fracturó, teniendo que ser reconstruido por ellos mismos, lo que en un contexto de extrema

pobreza parece ser más difícil. Los habitantes de El Castillo aún se identifican internamente en función de su campamento de procedencia de hace más de veinte años: “Los de Cerrillos”, “Los de Huechuraba”. Sin embargo, no puede plantearse que las relaciones comunitarias se hayan perdido al ser erradicados, ya que han logrado ser reactualizadas con el paso del tiempo.

Hay gente de diferentes partes; esta vuelta entera es de Lo Espejo, en la otra vuelta de Santa Laura, de La Victoria, de diferentes partes (Hombre joven, El Castillo).

Yo soy de Pedro Aguirre Cerda. Hay gente de San Miguel, de varios sectores de Santa Laura, del paradero 30 de Gran Avenida, de varios lados (Mujer adulta, El Castillo).

En el contexto del espacio residencial, la nostalgia de la comunidad puede ser un factor que permite a los habitantes sobrellevar esta contradicción. En la actualidad se torna más difícil recuperar esa historia común, los vecinos son más apáticos y muy pocos participan, encerrándose cada uno en su espacio.

Antes se participaba, bueno, algunos lo hacen todavía en el pasaje, nosotros lo hacíamos, pero ya no (Mujer adulta, El Castillo).

Son varios los elementos que juegan en contra de un arraigo profundo con el espacio que se habita. Para muchos está presente el sentimiento de querer salir del

lugar, de irse, lo que sin duda tiene relación con los factores negativos que rodean al espacio barrial en la actualidad y que ponen en tensión el habitar: marginalidad, estigma, delincuencia, consumo de droga, baja escolaridad.

A futuro el plan es buscar un lugar más seguro en cuanto al entorno para mi hija. Tiene que ser cercano y seguro. Hoy día lugares seguros no quedan en Santiago, que dentro de todo que el entorno sea más bonito, más agradable a la vista (Hombre adulto, El Castillo).

La autoconstrucción

La casa es un lugar con fuertes referentes simbólicos. Al decir de Augé (1994), se trata de un lugar antropológico pues constituye el espacio que condensa principios de relaciones, prohibiciones, que dan coherencia interna y externa a los grupos. La casa es un lugar de protección y refugio.

De esta forma, no parece pertinente hablar de vivienda, pues ese término no alcanza a recoger la carga emocional y simbólica de este espacio. Más bien es “la casa” nuestro rincón en el mundo (Bachelard, 1975).

En El Castillo, así como en muchas de las poblaciones de viviendas populares, las casas han sido construidas por las manos de los propios habitantes. Resulta interesante explorar cómo los habitantes han

ido apropiándose y construyendo un espacio que en un comienzo no era más que un sitio reducido, no contaba con los servicios básicos y no tenía más de 18 m² construidos: baño, cocina, estar y un dormitorio. Todo en un espacio urbanizado de 120 m² (Rodríguez e Icaza, 1993).

Es entonces la familia la que ha logrado, a través del tiempo y del espacio, la conformación de la casa, jugando un papel determinante sus habitantes en la organización del espacio construido. Este trabajo ha sido fruto de una cooperación de todos los miembros de la familia, de los amigos y de los vecinos que han podido organizarse.

En la construcción nos fueron ayudando unos vecinos que eran maestros y sabían de construcción. Fueron haciendo pololitos unos a otros. Tuvimos que recurrir a varios maestros. La reja y lo que es el suelo lo hizo mi marido. Cuando llegamos tuvimos que enrejarnos, incluso el primer día cuando llegamos acá había unos maestros que estaban cuidando las casas, y a ellos mismos les pagamos para que nos pusieran el suelo. Meses después hicimos ampliaciones, los muros de separación, la reja de afuera y así de a poco. Costó, pero se hizo (Mujer adulta, El Castillo).

Esta autoconstrucción se ha producido sin tener los conocimientos, ni el asesoramiento necesario, las familias en su mayoría no conocen de técnicas ni materiales. Las casas se han ido edificando poco a poco a lo largo de los años y según las necesidades e ingresos. La

construcción no partió de un plano o boceto, más bien deriva de las experiencias y vivencias de los habitantes quienes comenzaron a construir directamente sobre el espacio que tenían.

Obligados por la situación, muchos aprendieron y adquirieron una experiencia que no tenían. Hubo conocimiento acumulado por parte de quienes participaron del proceso constructivo y que se fue transmitiendo a otros miembros de la familia y amigos.

La caseta que entregaron era de 16 m² construidos, era básica, y un territorio de 120 m² totales, una vivienda de autoconstrucción donde a la familia se le entregaba un plano tipo de cómo tenía que ser la casa. Partimos con los 16 m² mi mamá, mi papá, yo de 4 o 5 años y mi hermano recién nacido. Chica, pero hartito terreno, pero chiquitísima como lugar de habitación. Después de eso mis papas añadieron una caseta sanitaria de 6 x 3, una mediagua, en la cual empezaron a holgar un poco más los espacios y de ahí empezamos la autoconstrucción; con mi papá a pegar ladrillos, a hacer cadenas, techos (Hombre adulto, El Castillo).

A pesar de las dificultades monetarias, de espacio y de material que pudo tener en su origen la construcción de la vivienda, los habitantes valoran este proceso de forma positiva, pues se trata del fruto de un esfuerzo conjunto de la familia.

Son estas estrategias las que han permitido la construcción paulatina de la casa al transformarla no solo

en una propiedad, sino también en un lugar habitable, lleno de recuerdos de esfuerzo y superación. A la vez, el proceso de arreglar y adornar el interior de la vivienda con esmero da cuenta del valor que tiene este espacio para sus habitantes.

Poco a poco las casas han ido evolucionando y a la pequeña construcción entregada hace más de veinte años, se le han adosado nuevas piezas, fundamentalmente para uso de dormitorios, además de arreglos menores como rejas, divisiones interiores y terminaciones.

En cuanto a las mejoras, según Rosas y Guerrero (1996), comienzan por responder a las necesidades fundamentales y –una vez realizadas– estas inducen en los habitantes la percepción de nuevas necesidades que luego dan lugar a un proceso de aspiraciones crecientes. Y cada nueva mejora después será privilegiada.

Para ser construida y equipada la vivienda se requiere dinero, y los recursos con los que cuenten los habitantes serán fundamentales en lo que se vaya haciendo. Las ampliaciones, permitirán más actividades al interior del hogar, como invitar a los vecinos y amigos, trabajar, etc. Las actividades que no era posible realizar cuando se vivía en un campamento, poco a poco se van trasladando a la nueva residencia.

Todas las fachadas de El Castillo son diferentes: algunas están a medio construir, otras cuentan con ampliaciones en madera o cemento, tienen techos, terrazas,

rejas de madera o fierro, lo que viene a dar cuenta de una construcción a fragmentos y de las etapas por las que ha pasado, modificaciones que esperan seguir avanzando en la medida que van mejorando las condiciones de la familia. Explica Sánchez: “En la construcción de fragmentos pueden ocurrir infinidad de sucesos que cambien el rumbo de la construcción, como el pago de cesantías, ganar una lotería o que crezca la familia” (1996, 2).



Fuente: Propia

La vivienda construida y creada por los habitantes es la objetivación de una forma de poder, de la capacidad de los habitantes de lograr algo más allá de las limitaciones socioeconómicas. Sentirse dueño de algo y decir “mi casa” se convierte en una meta y en un proyecto de vida para estas familias provenientes de campamentos.

Mi ranchito le digo yo. Una pieza, una parte que es dormitorio y living comedor. (Mujer adulta, El Castillo).

La casa se va transformando en el legado que se quiere dejar a los otros miembros de la familia. La casa para todos los grupos sociales es un patrimonio material y simbólico, pues el valor de este lugar no solo reside en su precio monetario sino también en las historias personales, en la carga emotiva que se puso en su construcción, en la memoria que guarda.

La vivienda, al constituirse en una propiedad, permite una identificación del individuo y un acercamiento a la casa como un todo. El cuidado y el mantenimiento de sus espacios son de suma importancia. Se hace necesario adecuarla a las necesidades de la familia, construir nuevos espacios, protegerla de los extraños, lo que sin duda acarrea una serie de costos dentro del presupuesto familiar.

El proceso constructivo para los habitantes de El Castillo se transforma en uno de los referentes más importantes mediante el cual cada individuo y sus familias se proyectan en el espacio del barrio y de la ciudad, entre el adentro y el afuera, al mismo tiempo que elaboran su historia como ciudadanos.

La casa “no está pensada exclusivamente en función del aislamiento de los que la habitan, también re-

produce ciertos aspectos de las relaciones humanas. La casa es una expresión metafórica de algún aspecto de la estructura social” (García, 1976)

A mi vecina de al lado no le pago, pero siempre le encargo mi casa, y ella me la cuida. Antes cuando mis hijos eran chicos y si yo no estaba, si ella vía que discutían o peleaban, venía hasta acá y les decía: “¡Ya niños dejen de pelear!”. Era la segunda mamá, existió esa comunicación con ella, de la noche a la mañana. Por el hecho de vivir al lado, uno fue adquiriendo eso de familia más que vecinos (Mujer adulta, El Castillo).

En los relatos recogidos se distinguen una serie de variables significativas en torno a lo que representa la casa para sus habitantes. Prevalece lo emotivo. La casa les permitió pasar de una historia personal de carencias y precariedad a tener un estatus de propietarios y ciudadanos.

El acceso a la casa refleja la concreción de un sueño y de un esfuerzo de varios años: hay una alta estima y valoración por este lugar. A pesar de que pueda faltar el trabajo, la estabilidad económica o que se viva en un barrio inseguro, sus habitantes saben que al menos tienen un lugar donde refugiarse.

Afuera hicimos un techito, el patio lo techamos porque era mucho problema. Se empezó a echar a perder el barrio porque empezaron a crecer los cabros y a ponerse rebeldes, así que había que cubrir más la casa (Hombre adulto, El Castillo).

A pesar de las dificultades cotidianas, es en esta periferia donde el sujeto puede sostener su sueño de progreso porque accedió a un fragmento minúsculo de territorio, un lugar que le otorga la condición de poseedor de algo muy valorado (Lindón, 2005).

La casa se patrimonializa, es decir, se la concibe como un bien que se posee y que se asocia al valor que cobra en el mercado. La casa como patrimonio permite el anclaje de los habitantes en el territorio más allá de los inconvenientes o conflictos que pudieran tener con el entorno que rodea el espacio residencial.

Para los habitantes de este lugar, la patrimonialización de la casa puede ser entendida como mecanismo socio-simbólico, en el cual algunos sujetos depositan la ilusión o la posibilidad de obtener visibilidad social, integración social, resarcimiento y compensación por pérdidas y exclusiones antiguas (Lindón, 2005).

Me he integrado totalmente, voy a reuniones y expongo las necesidades de aquí de la población; soy un vocero de todos e integro a la gente. Me siento orgulloso de ser de La Pintana, lo llevo en la sangre. Cuando nos trajeron para acá era gente de mucho valor, tenían pega, hacían sacrificios para tener sus cosas, para formar un hogar (Hombre mayor, El Castillo).

La casa es aquello que permite a los habitantes proyectarse hacia el futuro. La casa es, sobre todo para los más pobres, el único bien de valor material que se

posee, una herencia familiar que se quiere dejar a los sucesores. Desde la casa se pueden hacer planes de transformaciones, de venta o arriendo. La casa permite pensar en el futuro.

Reparación, arriendo o reparación para arrendar y tener un ingreso, es decir inversión en bienes raíces. Hoy día va a ser mi casa, es una solución a mi problema actual, pero en otro momento puede ser una entrada adicional (Hombre joven, El Castillo).

Uno de los aspectos que se genera con la construcción paulatina de la vivienda es el afianzamiento de las proyecciones de futuro de las familias. Específicamente, “la vivienda se convierte en una objetivación de la vida cotidiana como idealización y cuando es realidad, da sentido y significado a la vida de muchas de estas personas” (Vergara y Murillo 1996, 1-2).

Una determinada situación cotidiana puede ser un referente para relatar la vida misma de la persona, como las etapas de construcción y adquisición de la vivienda. Las historias cotidianas se entremezclan con lo que ha sido y ha significado la construcción de la vivienda. Como se mencionó, muchos de los cambios realizados están en relación con acontecimientos de las vidas personales, por lo que pueden estar asociados etapas importantes que llevan a alterar los espacios de la casa.

Primero los hijos, después llegaron los nietos y todos siempre estaban al lado mío. Después se me casó otro

hijo, una hija y la otra, y todos vivían conmigo (Hombre mayor, El Castillo).

El proceso de objetivación de la vivienda muchas veces comienza a realizarse antes de obtenerla, lo cual constituye su primer fragmento. De esta manera, hay una idealización global de la casa que tiene que ver con un deseo, y es idealización porque no se están definiendo las características que esa casa debería tener. Por otra parte, existe una idealización más detallada en la que los habitantes especifican, en su proyección, las características que quisieran tener en su vivienda. El proceso constructivo de los habitantes pasa por muchas etapas de sentido. Son las idealizaciones, materializadas o no, a lo largo de la vida cotidiana del individuo y su familia, las que van construyendo la vivienda (Vergara y Murillo, 1996). Estas idealizaciones se realizan, primero cuando se obtiene la vivienda (o antes de tenerla), y luego a partir de las posibilidades de mejorarla y adaptarla a las necesidades de la familia.

Nosotros vinimos a ver las casas antes de venirnos para acá. En el campamento yo tenía mi piso de madera, buen piso de madera. Entonces vimos que en vez de pagar al contado la casa, la pagaríamos en dividendos y así con esa plata pondríamos el piso para la nueva casa (Mujer adulta, El Castillo).



Fuentes: Propia

Una de las estrategias empleadas ha sido optar por localizar el trabajo en la casa y la proximidad. Numerosas familias han instalado un negocio en el frontis de su casa, que termina siendo el principal sustento del hogar. Se va desarrollando entonces, lo que se podría llamar “una unidad indisociable entre el trabajo y la vivienda”.

Yo saqué una mediagua de 6 x 6 y la instalé adosada al otro sitio. La idea siempre fue poner un negocio y empecé a vender huevos y carne molida. Estábamos recién llegados, después gestioné un crédito con la Fundación Esperanza y me fue bien y armé un kiosquito de 3 x 3 [...]. Me levanto a las 7:15 y me estoy acostando a las 12 de la noche. El fin de semana, es más, porque el día viernes hay que estar hasta las tres o cuatro de la mañana. Cerramos la reja y estamos con mi esposo y el caballero que nos hace el pan amasado para la tarde. Es agotador, es matador, porque uno tiene que estar esclavizada, y ya son cerca de 17 años (Mujer adulta, El Castillo).

En un mismo espacio se trabaja, se reside, se cumplen las tareas propias del hogar y se pasa el tiempo libre. El espacio de la casa pasa a constituirse, para muchos de estos grupos, en el núcleo básico de la cotidianidad, lo que implica una movilidad urbana escasa y un fuerte anclaje en el territorio micro local.

La fuerte pertenencia dada por la diáda casa-trabajo descansa en que la casa es el símbolo del logro y del progreso familiar y, por lo tanto, se quiere mantener ante la imposibilidad de reproducirla en otro lugar.

Cuando los habitantes de El Castillo acceden a la vivienda propia por medio del proceso de erradicación, la vivienda pasa a convertirse en una objetivación de la vida cotidiana. La vivienda luego de haber sido por largo tiempo una idealización para estas familias, pasa a ser una realidad, lo que implica una ruptura, pues de todas maneras la realización del ideal no se cumple de forma exacta ni sin dificultades.

En otros términos, la casa y su construcción propia es un elemento que replantea constantemente la relación del individuo con el mundo, con el barrio, con la periferia y con la ciudad.

En El Castillo se dan igualmente procesos de encierro y miedo, que se reflejan en las fachadas de las casas. La gran mayoría de las personas entrevistadas tenía en sus casas alguna medida de seguridad. Había rejas, perros, sistemas de alarmas, etc. Estas casas han adquirido parte de los dispositivos de seguridad que antes solían ser distintivos de las clases medias y altas de la ciudad.

Hay una especie de repliegue de los habitantes en la familia y en la casa, pues el espacio exterior se torna ajeno y peligroso. Pareciera ser que es también la familia el principal centro de la construcción identitaria frente a un barrio que se torna hostil. La precariedad material en la que se encuentran estos hogares no destruttura a las familias, más bien parece generar un movimiento de repliegue al interior de las casas, un sentimiento de desafiliación o la necesidad de un escape.

Cuando llegamos era bonito, ahora no existe la unión, cada uno anda por su lado y hasta los vecinos son pesados. Mi hija está creciendo, no quiero que le pase nada, a mí me da miedo. Si llegamos a salir, es aquí cerca nomás, a comprar y media vuelta. Uno antes salía a defender, ahora pasa algo y nadie te defiende. No están ni ahí (Mujer joven, El Castillo).

Con el repliegue sobre la familia, la casa parece cambiar su valor y funcionar como un refugio que aísla a los habitantes de un exterior peligroso, dando cuenta en algunos habitantes, de aquello que se ha llamado una sedentaridad sin anclaje, que puede volverse peligrosa y amenazar los vínculos tejidos con el espacio barrial.

El anclaje barrial

A pesar de lo anterior, el barrio todavía ofrece una inscripción socioterritorial importante basada en las relaciones creadas a partir de la solidaridad y organización barrial. Se trata de un espacio que permite crear el lazo con los servicios, las instituciones y la ciudad (Merklen, 2009).

El barrio, así como la casa, aparece como un lugar antropológico, como un universo de significados en el que cada uno se reconoce y reconoce a los otros, pudiendo distinguir los referentes espaciales, relacionales e históricos que se comparten con los otros habitantes del lugar. A partir de una aproximación a este territorio, el barrio se presenta como una fuente de recursos

económicos y sociales importantes, que se manifiesta en los anclajes y las movilidades de los habitantes. El barrio sigue siendo un soporte para las prácticas de movilidad de los más pobres, como espacio de trabajo, de redes sociales, de solidaridad, de identificación o de estigma. El barrio se plantea como un universo significativo, como espacio ocupado, apropiado y sentido por sus habitantes.

Para Germain (2004), estas realidades de barrio se construyen a partir de diferentes dimensiones. Por un lado, están las funcionales, como son las construcciones, los equipamientos y las actividades; y también está la dimensión social, de las redes de sociabilidad y solidaridad que entran en juego. Esto se da conjuntamente –a partir de lo simbólico– en las significaciones identitarias y en las imágenes, y en la dimensión política del barrio, es decir, de la vida asociativa. Todos estos elementos construyen la relación que los habitantes desarrollan con este espacio que llaman barrio y que sin duda tiene un correlato en las prácticas cotidianas de los habitantes.

En un contexto donde los grupos más vulnerables de nuestra ciudad viven en los márgenes y no cuentan siempre con los recursos necesarios para desplazarse espacial y temporalmente en la urbe, aparecen una serie de prácticas y estrategias que desarrollan en las diferentes escalas desde el barrio hacia la ciudad, como ocurre en El Castillo.

El trabajo informal

Los habitantes de El Castillo se encuentran a más de 18 kilómetros del centro de la ciudad y cuentan con un transporte público que no logra satisfacer todas sus necesidades. Frente a este problema, los habitantes de esta población han debido echar mano a una serie de estrategias que les han permitido participar de un mercado del trabajo informal, pues el formal se encuentra lejos y al estar orientado a trabajadores con mayor calificación, suele ser de difícil acceso.

El sector informal¹¹ ha llegado a representar 73% del mercado laboral urbano de América Latina. Muchos de los habitantes de El Castillo trabajan por cuenta propia al interior de la comuna en pequeños comercios en sus casas, en la feria¹², en gasfitería y mecánica; también limpian vidrios de autos en las calles, realizan comercio ambulante de diverso tipo, se dedican al comercio ambulante, y en algunos casos trafican droga, todo como forma de subsistencia.

¹¹ Empleo informal se refiere al trabajo por cuenta propia no profesional, administrativo o técnico, al trabajo familiar no remunerado, al empleo no calificado en microempresas (de número igual o menor número que cinco trabajadores) y al servicio doméstico (definición elaborada por CEPAL, 2002)

¹² Un estudio de la Pontificia Universidad Católica sobre ferias libres indica que estas generan cerca de 200 mil empleos a través de 60 mil puestos establecidos y 50 mil coleros (locatarios informales). [Fuente: www.elmostrador.cl (periódico online). Consulta, octubre 2010].

Mujer trabajadora, El Castillo



Fuente: Propia

Si bien los habitantes de El Castillo han logrado formalizar su vivienda, las barreras para integrar el mercado laboral siguen estando presentes. Como se puede constatar en el estudio referido en el párrafo anterior, una buena parte de la población de El Castillo se emplea en la misma comuna o en comunas vecinas realizando trabajos realmente precarios.

Los casos de Tomás, Pedro e Isabel del barrio El Castillo fueron claves para comprender la importancia que tiene la proximidad al permitir enfrentar las necesidades de su familia y emplearse con mayor libertad.

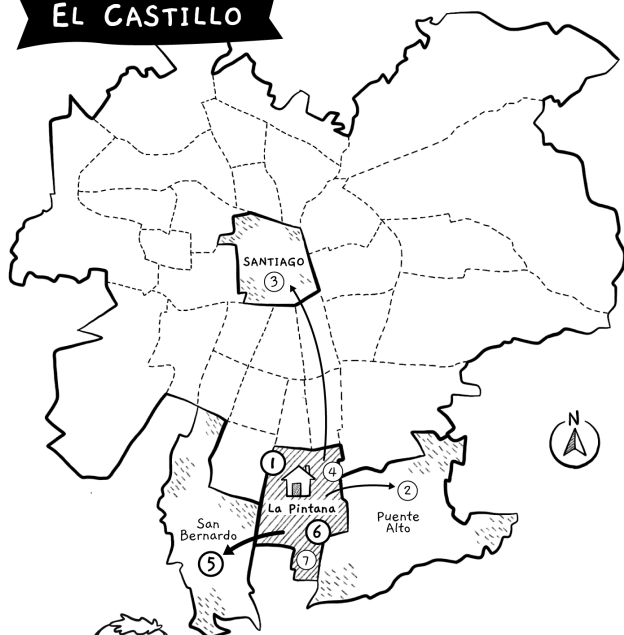
Las estrategias de búsqueda de empleo centradas en la localidad son muy privilegiadas por estos grupos¹³.

Tomás tiene 59 años y es portero de un centro terapéutico en El Castillo. Trabaja allí hace varios años y es consciente de las facilidades que ese empleo le da, sobre todo porque puede desplazarse desde y hacia su trabajo a pie o en bicicleta. Además, no gastar en transporte público. Hace turnos donde trabaja y puede gestionar mejor su tiempo para realizar a otros “trabajitos”. Tomás tiene un triciclo con el que transporta mercancía para un negocio de dulces que junto a su mujer tienen en su casa. El día de la entrevista, se había desplazado en su triciclo hasta la comuna vecina de Puente Alto para comprar mercadería. Tomás, también algunos días de la semana vende plantas en la feria de su barrio y en otra feria de la población vecina, plantas que adquiere en viveros en San Bernardo; y esos trayectos que hace en micro o en su triciclo, el que prefiere porque así ahorra el valor del pasaje en transporte público.

¹³ El tamaño de la ciudad de Santiago permite realizar trayectos a pie o en bicicleta para acceder a las comunas vecinas, lo que es más difícil en otras metrópolis de América Latina por su extensión, por ejemplo, Ciudad de México (Paquette, 2010).

· La Pintana ·

EL CASTILLO



Hombre
59 años
Portero
Casado
5 hijos



Desplazamientos Cotidianos

- ① Trabajo: centro terapéutico
- ② Trámites
- ③ AFP por jubilación
- ④ Pago de cuentas
- ⑤ Salida a los viveros
- ⑥ Compra y venta de plantas: feria
- ⑦ Salida: plaza

○ Frecuente ○ Ocasional  Residencia

Fuente: Vero Rodríguez, ilustradora

El caso de Pedro es similar; también trabaja en el mercado informal como vendedor ambulante de productos farmacéuticos. Eso sí, el transporte público le resulta vital para llegar al lugar donde se abastece y además aprovecha esos trayectos para ofrecer su comercio a los pasajeros. Lo dejan subir al bus sin pagar. Esta movilidad cotidiana más extensa no se contrapone a una movilidad intensa a escala de la proximidad. De hecho, para Pedro su población también es fuente de trabajo, ya que se desplaza a pie por la comuna vendiendo sus productos.

Isabel tiene 39 años y no tiene un trabajo estable. También se dedica al comercio ambulante: vende productos cosméticos en la población y a veces lo hace en sector oriente de la ciudad. Su marido también tiene un trabajo precario. Ella además también hace empanadas y *calzones rotos* en su casa para vender en la población. Isabel sale muy poco de su barrio ya que su fuente de trabajo está ahí. Esta situación que le facilita su rol de madre y puede ir a buscar a su hijo a la escuela en bicicleta o a pie.

Estos habitantes localizan su empleo en la proximidad. La flexibilidad que brinda desempeñarse en la localidad, con la reducción de los costos monetarios y de tiempo asociados a los desplazamientos, les permite generar prácticas y estrategias que hacen más vivible su situación de precariedad. Es frecuente en los barrios pobres que en el espacio local se produzca un importante micromercado de trabajo.

Los relatos recogidos en El Castillo muestran que una movilidad cotidiana baja no solo se relaciona con la

falta de ingresos o con un repliegue barrial, sino también corresponde a una estrategia que permite maximizar la capacidad de sus habitantes para movilizar recursos. El territorio de la proximidad y lo local se transforma en un espacio muy practicado, donde sus habitantes son también muy móviles y se sienten seguros.

Mi papá estuvo trabajando en el 28 de Santa Rosa y no le gustó. Prefirió venirse, le salió un proyecto en la municipalidad y se puso a trabajar como microempresario en la casa. Le sale mucho mejor. Mi mamá se mantiene en la comuna, trabaja vendiendo comida rápida (Joven, El Castillo).

Recolector de cartones, El Castillo



Fuente: Propia

Las exigencias de la movilidad pesan también sobre las mujeres más pobres, que deben ser capaces de articular el empleo y las labores domésticas, lo que viene a ser también compensado por la flexibilidad que otorga el empleo local e informal. Estudios realizados por el Banco Mundial en 2004 muestran que las mujeres tienden a integrarse a los mercados laborales en trabajos que presentan mayor precariedad e informalidad, que se traduce en un alto grado de inseguridad laboral y de tiempos parciales de dedicación, lo que les permite combinar el cuidado de los hijos con el trabajo (Winchester, 2008). Las mujeres efectúan más desplazamientos que los hombres, pues el hecho de ser muchas veces jefas de hogar y madres les significa hacer muchas más paradas a lo largo de sus trayectos.

Lucía vive hace 18 años en La Pintana, tiene siete hijos: cuatro adultos ya casados y tres más pequeños, y varios nietos. Un año atrás, trabajaba relativamente cerca de su casa, tomaba una micro y llegaba a la hora. Pero debido a los problemas de locomoción que comenzaron a existir en la comuna luego de la reestructuración del transporte, ella decidió dejar ese trabajo para economizar “en tiempo y cansancio”, según señaló. Al momento de la entrevista Lucía está en su casa, rodeada de sus nietos pequeños, calentándose con un fogón. Actualmente vende ropa usada sin contar con un puesto informal (conocido como cólera) en la feria de la población y con ello aporta a los gastos del hogar. Trabaja de martes a domingo de

9:00 horas a 15:00 horas y llega a su casa a hacer el almuerzo para ella y sus hijos. Luego suele ir a la Estación Central a comprar más ropa para vender al día siguiente. Lucía hace muchas actividades: además de las labores del hogar, el trabajo y la familia, participa activamente en las actividades del barrio.

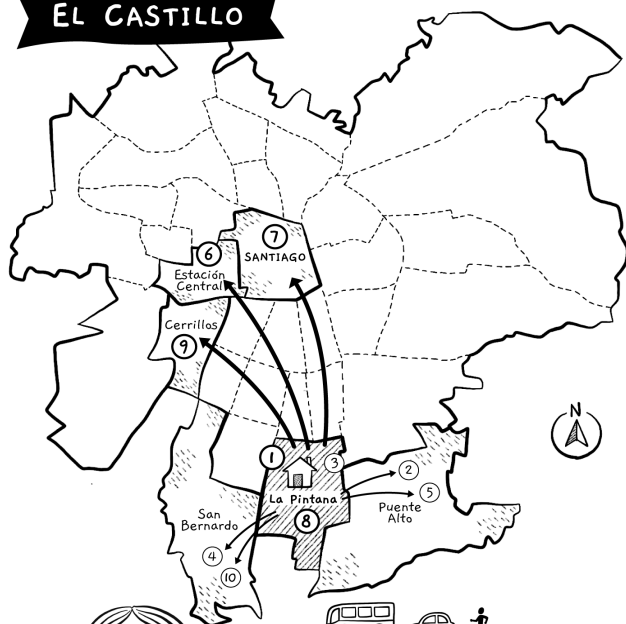
Marta al igual que Lucía va a su casa después de su trabajo. Ofrece té y empezamos a conversar. Ella tiene también un trabajo cercano. Se desempeña hace diez años como inspectora en un colegio de La Pintana. Antes trabajaba en el vespertino y salía a las 22:30 horas. Hace un año que cambió y sale a las 17:00 horas, horario que le permite estar más tiempo en la casa con sus hijos adolescentes. Marta trabaja a 20 minutos en micro desde su casa, tiempo significativo para ella en comparación con su marido que tarda mucho en llegar a su trabajo por lo que debe salir muy temprano en la mañana.

Ana también es comerciante como la de muchas mujeres de la población. Ella se instaló con su negocio en el frontis de su casa. Llegó a la población con su marido, sus tres hijos pequeños, y desde entonces acuñaba la idea de tener un negocio. Lo primero que logró fue hacer funcionar uno en el patio de su casa. Ana poco a poco empezó a progresar en sus ventas y al momento de la entrevista cuenta con un negocio grande en la entrada de su casa con abarrotes, bebidas, recarga de celular, tarjetas de internet, etc. Comenta que es una actividad bastante sacrificada por

el horario extenso de atención. Eso le significa estar siempre en su casa incluso los fines de semana en la noche, que es cuando su marido la acompaña. Pero valora el ingreso que le genera y la ventaja de poder cuidar a sus hijos, prepararles el almuerzo y llevarlos al colegio, sobre todo al más pequeño de nueve años. Ana está muy implicada en la villa, es dirigente social y comenta que siempre encuentra tiempo para ayudar a los demás. Si hay algo urgente, no duda y cierra el negocio para acudir.

· La Pintana ·

EL CASTILLO



Mujer
40 años
Microempresaria
Casada
4 hijos



Desplazamientos Cotidianos

- ① Trabajo: comercio en su casa
- ② Compras: supermercado
- ③ Salud: consultorio
- ④ Oculista
- ⑤ Trámites y salidas
- ⑥ Abastecimiento del negocio
- ⑦ Visita hijo
- ⑧ Visita hija
- ⑨ Visita amiga
- ⑩ Visita padres cementerio

○ Frecuente ○ Ocasional 🏠 Residencia

Fuente: Vero Rodríguez, ilustradora

Entre los relatos recogidos había muchas mujeres que, debido a las responsabilidades en el hogar, temen trabajar fuera de su barrio o comuna, por el tiempo de desplazamiento y los costos son muy altos. Muchas de ellas se ven en la obligación de hacerlo y se sienten inseguras al alejarse de su residencia. Es el caso de la Teresa, quien relató con angustia lo que implicaba tener que trabajar lejos de su casa.

Mi nieta es la única niñita, entonces le digo a los chiquillos que no salgan a la calle, que cuiden a la niña. No trabajo tranquila, estoy preocupada de lo que estará pasando en la casa. Me siento mal por no estar.

Vivir en El Castillo, aparece también como un factor que acentúa esta dependencia con la proximidad, pues existe una discriminación cuando se busca empleo más allá de los límites de la comuna o del barrio.

Me he sentido muchas veces discriminada. Estuve trabajando en una casa como empleada doméstica y no sabían dónde vivía; cuando lo supieron me echaron. Llevaba un año trabajando con ellos y de un día para otro me dijeron: “Hasta aquí no más trabaja”. “Está bien”, dije yo, “sé que me están echando porque soy de La Pintana” (Mujer adulta, El Castillo).

Yo en mi currículum no pongo comuna de La Pintana, pero he mandado y me llaman y me dicen: “¡Ah, eres de La Pintana!”, y después no me llaman más. Pongo la dirección de mi casa, pero no pongo la comuna, pero colocaba mi liceo Villa La Pintana y me decían: “¡Ah estudió en La Pintana!” (Joven, El Castillo).

Vecindad, redes familiares y servicios

Los lazos familiares, vecinales y de amistad creados a lo largo de los años han tenido un efecto importante sobre la movilidad cotidiana de sus habitantes. La mayoría lleva más de veinte años viviendo en la población. Muchos de los entrevistados tienen al menos un familiar, padre, hijo o hermano que vive en la misma comuna.

Esta situación, muestra un contexto familiar importante basado en la localidad. Incluso muchos jóvenes se han independizado de sus padres y han postulado a los subsidios que da la municipalidad para obtener una casa en la misma comuna. Si bien el entorno puede parecerles hostil, inseguro y con altos grados de delincuencia, los lazos que se tienen son muy valorados, más aún a la hora de establecer las rutinas diarias de estos habitantes.

A mis papás los inscribí acá. Obtuvieron una casa dos más allá de la mía, entonces cuando viejitos, a los dos –porque mi papá murió de 92 años– nos frecuentábamos todos los días. Cuando yo vi que empezaron con sus enfermedades me los traje a vivir conmigo, se compró una casa de madera y se adosó y ellos vivían con su pieza, todo unido, no casa aparte. Se hizo un comedor grande y almorzábamos todos juntos, la pieza era solamente para que ellos durmieran con separación, ahí mismo dentro de la casa, pero con su puerta de división (Mujer adulta, El Castillo).

Igualmente existe una buena parte de parientes o miembros de la familia que no viven en El Castillo y que suscitan otro tipo de desplazamientos más allá del barrio, muchas veces costosos en tiempo y dinero.

Paula tiene familia en Peñalolén y la visita al menos una vez por semana. Isabel, por su parte tiene, tiene un hijo que vive en Lo Valledor, al igual como ocurre con otros pobladores. En este contexto, la movilidad cotidiana asociada a las visitas familiares juega un papel importante, ya sea a escala barrial, comunal o de la ciudad, por lo que la introducción de cambios en el sistema de transporte y en la accesibilidad afecta estos desplazamientos, acentuando el repliegue en los espacios de la proximidad.

No voy donde mi hermana hace rato y mi hermano tampoco, pero mañana voy a ir aunque con miedo porque no sé qué micro tengo que tomar. Para mí salir es atroz, por lo que está pasando con la locomoción más que nada (Mujer adulta, El Castillo).

El Castillo ha cambiado desde que llegaron los primeros habitantes. Atrás quedó la época en la que no había luz, ambulancias, consultorios ni escuelas para los hijos. En la actualidad cuenta con bastantes servicios que permiten a sus habitantes realizar diversos trámites y actividades, sin tener que desplazarse por largas distancias.

Hay hartas cosas ahora, cuando nosotros llegamos no teníamos ambulancia ni consultorio, pero ahora

tenemos la posta de urgencia Santiago de Nueva Extremadura, que tiene hasta cirujanos y rayos. Es un adelanto enorme para la comuna, atiende las 24 horas del día y estamos a un paso. Tenemos Caja Vecina donde uno va a pagar sus cuentas donde la Juanita. Tenemos Servipag afuera, el supermercado, cosas que no teníamos antes. Ahora vamos a tener tres vías exclusivas lo que es un adelanto porque cuando llegamos había una sola calle: se han hecho hartos adelantos, se ha hecho bastantes (mujer adulta, El Castillo).

Muchos de los habitantes de El Castillo que antes debían dirigirse al centro a hacer determinados trámites, hoy los hacen en Puente Alto, comuna vecina de La Pintana, por la cercanía (hay colectivos) y la facilidad de acceso que les brinda el metro.

Puente Alto se ha desarrollado como un nuevo centro para las comunas del sur oriente de la ciudad, ya que cuenta con una buena infraestructura (línea de metro), variados servicios (malls, supermercados, hospitales), una oferta inmobiliaria importante y una creciente oferta de empleos.

El mall de Puente Alto o el de La Florida se han constituido en un núcleo que atrae a las familias que tienen mejor situación económica dentro de la población. Se trata de familias jóvenes, algunas con auto, que se dirigen hasta el centro comercial por diversión o para realizar algunas compras.

Tengo que ir a pagarme a Puente Alto, antes iba a Santiago o a la Gran Avenida, pero ahora tengo la locomoción ahí, y como se busca siempre la parte económica y con un pasaje voy y vuelvo; en una hora estoy de vuelta (Hombre adulto, El Castillo).

A pesar del surgimiento de estos nuevos servicios, las ferias del sector siguen siendo uno de los lugares más importantes de abastecimiento para aquellos que no pueden acceder a otros lugares más alejados, como el mall y los supermercados. La feria es por tanto un lugar cercano, barato y que permite no tener que desplazarse hasta el supermercado que está afuera de El Castillo o hasta Puente Alto. Se trata de un lugar de trabajo, de encuentro y socialización.¹⁴

Voy a la feria. Como no estoy trabajando, me arranco y voy a la feria. Vendo ropa y cachureos, como se dice. No me gusta comprar en el supermercado, porque es muy caro, compro en la feria la mercadería. Al supermercado de repente voy si quiero cosas que acá no se encuentran, pero poco (Mujer adulta, El Castillo).

¹⁴ La feria es un lugar muy importante, sobre todo para el consumo de las familias de bajos ingresos. Un estudio de la Pontificia Universidad Católica sobre las ferias libres indica que de las 394 ferias que se emplazan en la capital, estas generan el 70 % de la oferta de frutas y verduras que consume la población. Fuente: www.elmostrador.cl (periódico online) [consultado, octubre 2010].

Feria, El Castillo



Fuente: Propia

Otro de los factores que acrecienta la importancia de la localidad y facilita un tipo de movilidad cotidiana centrada en la proximidad son los establecimientos educacionales. El caso de La Pintana es bien particular entre las comunas pobres. Esta comuna cuenta con varios establecimientos educacionales subvencionados y municipales de excelente calidad, lo que permite que la cobertura escolar abarque un 100%, reduciendo así una movilidad cotidiana más lejana causada por el factor estudios.

Surge en el relato de los habitantes la importancia de la educación para el futuro de sus hijos, destacándose el hecho de tener acceso a ella dentro de la misma comuna. En esto La Pintana se diferencia de otras comunas pobres de la ciudad, donde los habitantes que quieren educación deben salir a buscarla a otros lugares.

Junta de vecinos, El Castillo



Fuente: Propia

Las organizaciones, la participación y las actividades son también características esenciales de la vida en un barrio popular. Son elementos que dan cohesión, identidad al territorio, y acentúan el arraigo que se tiene con el barrio que se habita.

La vecindad se constituye en un verdadero pilar para la sociabilidad, pero también es la base desde donde los habitantes logran construir movilidades basadas en la proximidad. Para los grupos más pobres, el barrio continúa siendo funcional a pesar de los procesos crecientes de individualización y de crecimiento de las

movilidades espaciales. La proximidad se transforma, para los grupos más pobres, en el lugar donde se desarrollan prácticas como el trabajo, las compras y la sociabilidad.

En El Castillo existen varias organizaciones que se fueron formando en los años noventa y que permitieron enfrentar varias de las problemáticas que había en la población. Existen actualmente las juntas de vecinos, el Consejo Vecinal de Desarrollo, los clubes deportivos, los grupos de mujeres, talleres de formación, centro de madres y centros para el adulto mayor. También está el Comité de Allegados, que busca que aquellos habitantes sin casa de La Pintana puedan optar a una casa propia en la misma comuna.

La cercanía con los servicios, con la feria, con los parientes y amigos, con la escuela y las actividades barriales, incentivan el uso de medios de transporte no motorizados, como la caminata y la bicicleta, que permiten mayor libertad, autonomía y, sobre todo, abaratar costos, ya sea para ir a estudiar, comprar o socializar.

Micro y bicicleta, El Castillo



Fuente: Propia

Transporte, exclusión y control de la movilidad cotidiana

Tal como se explicaba con anterioridad, si bien la proximidad se presenta para los grupos más pobres como un soporte y un recurso altamente valorado, igualmente deben desplazarse fuera de su barrio y de su comuna para realizar determinadas actividades. La escasez de trabajo, de servicios educativos o sanitarios, de oferta comercial o de lugares de ocio y recreación, los obliga y estos desplazamientos que deben realizarse en transporte público y que suele resultarles costoso en tiempo y dinero.

Justo cuando se vivía el momento más crítico del transporte con la implementación del Transantiago en 2007, fue posible observar cómo la puesta en marcha de este servicio afectó los modos de vida de estos habitantes, al ver disminuidos notoriamente la oferta de transporte que conectaba su lugar de residencia con los espacios de la ciudad donde realizaban sus actividades cotidianas.

Debido a los problemas existentes en la cobertura horaria y espacial, la nueva oferta de transporte limitó en gran medida el acceso que tenían los habitantes al mercado de trabajo, a las oportunidades de estudio y a las redes sociales que se ubicaban más allá del entorno próximo, Ello vino a reforzar el anclaje y la dependencia que existía con el territorio de proximidad.

Como ya se había señalado El Castillo se encuentra en una zona muy periférica y alejada del centro, por lo que es casi imposible realizar desplazamientos a las zonas centrales de la ciudad a pie o en bicicleta. Dada esta localización, el transporte motorizado se vuelve crucial para las movilidades de larga distancia.

La escasa oferta de servicio del sistema puesto en marcha el año 2007, obstaculizó la posibilidad de trabajar más lejos. Muchos de los habitantes de El Castillo se vieron obligados a dejar o rechazar los trabajos distantes.

Les dije que no iba a trabajar más porque había mucho problema con la locomoción. Si me tocaba turno de noche en el SAPU, salía a las 12 de allá y llegaba como a las 2:00 de la mañana. Daba cualquier miedo

andar a esa hora, entonces decidí que no. Me tuve que sacrificar (Mujer adulta, El Castillo).

Los cambios en el sistema de transporte público también trajeron consigo una disminución importante de las salidas con fines sociales, situación que vino a mermar los lazos y las redes de integración familiar y social que tenían los habitantes con los otros territorios de la ciudad. Se produjo una fragmentación de la vida cotidiana en función de una movilidad forzada y de mala calidad, y se dio un repliegue forzado en la proximidad, que acrecentó la dependencia con este territorio.

La experiencia de la movilidad cotidiana

El problema de transporte y la lejanía con el resto de la ciudad deriva en que muchos de los habitantes experimenten más intensamente la sensación de marginalidad con el resto de la ciudad. El síntoma de la insularidad (Le Breton, 2004) parece incrementarse. A pesar de que muchos habitantes recorren largas distancias y atraviesan varias comunas para llegar a sus destinos de trabajo, ellos nunca llegan a percibir el territorio como algo completo, sino más bien como algo fragmentado y ajeno.

Aparte tú vives aislada. Nosotros vivimos al fondo de eso, así que no tenemos posibilidades de salir. Nosotras vivimos aisladas (Mujer adulta, El Castillo).

Marta refiriéndose a su experiencia y percepción de la ciudad cuando tuvo que desplazarse a hacer un curso en el centro de la ciudad, comenta: “Venían las micros llenas, la incomodidad, el trayecto largo y el metro igual; no me gustó para nada. Es como si tú te fueras del campo y te vinieras a la ciudad. ¡Me sentí como una pueblerina!

Muchas de las personas percibían el nuevo sistema como un transporte que había complicado las condiciones de vida.

Yo no sé si los que modificaron el transporte lo tomaron porque nosotros somos más pobres. No sé si ellos lo miraron por eso. Yo creo que nos tiraron el sector malo. Mucha gente para muy poca locomoción. Sí, porque para allá para arriba toda la gente tiene auto y las micros andan vacías (Hombre adulto, El Castillo).

Todo ello generó la sensación de que el nuevo sistema de transporte se convirtió en un elemento de mayor inequidad en la sociedad e hizo de la experiencia de la movilidad cotidiana en transporte público una situación poco deseada por quienes tenían que vivirla diariamente.

Pasaron como tres meses antes que me subiera a una micro a probar el sistema nuevo. Escuchaba que la gente se quejaba y más le hacía el quite a subirme al Transantiago, alejaba el tiempo de tener que ocuparlo hasta que un día tuve que aperrar nomás, comprar mi tarjetita y subirme (Mujer adulta, El Castillo).

Estas modificaciones también afectaron a los más ancianos, pues las paradas de buses se distanciaron: ahora tenían que caminar más para tomar el bus o para llegar a sus casas, y muchas veces venían cansados o cargados con las compras.

La mayor distancia entre paradas perjudicó la movilidad de estas personas, obligándolas a confinarse en su entorno más próximo. Tener una parada cercana a la vivienda es un elemento muy apreciado por las personas mayores. La parada de bus dice Begag (1995), representa un elemento simbólico y práctico de la integración espacial, es lugar de todos, donde la gente se encuentra.

Parada de bus, El Castillo



Fuente: Propia

Los más jóvenes también manifestaron sentirse excluidos con estas modificaciones en el transporte. Muchos de ellos experimentaron dificultades para moverse por la ciudad, para realizar actividades laborales o simplemente hacer salidas sociales, pues ahora no conocían los nuevos recorridos, tenían que hacer muchos transbordos y no siempre había buses a destino, lo que se transformaba en un freno para sus paseos e integración con el resto de la ciudad.

Ayer fui a la universidad y salí temprano, y afuera había una tocata hip-hop en la plaza. Me quedé como hasta las 12 de la noche esperando micro. Igual pasaron tres que no me pararon y tuve que venirme caminando. Preferiría que las micros pararan más (Joven, El Castillo).

De hecho, las modificaciones en las frecuencias de los buses y las largas esperas en las paradas fueron elementos que afectaron a todos los grupos de El Castillo: niños, jóvenes, adultos, ancianos y mujeres, experimentaron como un pesar y una gran frustración tener que desplazarse.

Tengo que salir antes, como le digo. Cuando entro de noche, tengo que salir temprano. Ahora mismo cuando me fui a trabajar, salí a las 8:30 y a las 9:15 todavía no tomaba la micro. Pasaron dos pero no pararon, bajaron la velocidad y cuando llegaron aquí, ¡pum!, soplado. Habíamos 12 o 13 personas, entonces, me fui hasta Gabriela caminando y llegué atrasado, pero no me dicen nada, porque saben que la locomoción no es como era antes (Hombre adulto, El Castillo).

Pese a esto, uno de los elementos que se evalúan positivamente en este cambio es la tarifa del transporte colectivo. Con la puesta en marcha del nuevo sistema, fue posible pagar un solo boleto de bus y hacer dos o tres transbordos, todo en un rango de una hora y media, lo que significa un abaratamiento de costos importante.

Habitante, El Castillo



Fuente: Propia

El confinamiento

No todos los habitantes participan de un mismo anclaje con el territorio. Si bien la proximidad como soporte y recurso permiten un tipo de arraigo, esto puede

generar también una especie de cautividad y rechazo por el lugar que se habita. Como lo explica Fol (2009), las fronteras entre cautividad y arraigo son difíciles de trazar. El rol del barrio para los grupos más pobres puede oscilar entre ser un recurso, refugio y anclaje a ser una restricción, condena y confinamiento territorial.

Frente al uso del espacio de la proximidad como un recurso —sobre todo en lo que se refiere al trabajo— resalta un caso extremo. Se trata de un hombre que rehúsa desplazarse y trabajar más allá de la escala de la localidad, pues esto se le presenta como una exigencia con altos costos que no está dispuesto a asumir. En este caso, el hombre evalúa cuidadosamente los costos monetarios y físicos que le significan viajar. La proximidad se transforma entonces en un confinamiento obligado al territorio local.

Waldo tiene el oficio de obrero de la construcción, está casado, tiene 45 años y dos hijos. Uno de ellos tiene síndrome de Down. Su mujer Maggi aporta al ingreso del hogar vendiendo queques en la población. Waldo está cesante y su último trabajo lo realizó en una obra en Peñalolén. Hoy le han contado de un trabajo que no tomará: “Al dato que tengo no voy a ir tampoco porque queda mucho más lejos, en Las Condes arriba, casi al llegar a la cordillera. No puedo, no hay micros, ni una, porque no hay para arriba, después tendría que salir a las 4 de la mañana y a las 4 de la mañana no pasan micros”.

El arraigo y el deseo de partir

En algunos relatos recogidos existían también sentimientos encontrados: si bien los habitantes daban cuenta de una interacción alta con el barrio, a partir de las múltiples movilidades y relaciones que ellos tenían en esta escala, albergaban al mismo tiempo el deseo de mudarse de casa o de barrio. Lo anterior se refuerza, explica Lussault (2003), cuando la elección residencial no es la deseada y el confinamiento al barrio produce un sentimiento de exclusión y sufrimiento social.

De esta ambivalencia entre arraigo y rechazo se desprende la siguiente paradoja: la fuerte apropiación del espacio del barrio no se contradice con el deseo de partir. La movilidad –y la manera espontánea por la cual es aprehendida– posee una dimensión existencial central. La experiencia de la movilidad contiene una suerte de libertad fundamental: el derecho de irse o de moverse por moverse.

Ahora estaba pensando que quería comprarme una casa, irme para otra parte. Es que estoy aburrido de aquí: lo hago más por las nietas. Uno ve cómo está la juventud ahora. Quiero tener un futuro mejor para ellas (Hombre adulto, El Castillo).

El caso de Ana, esbozado al comienzo de este capítulo, es bastante ejemplificador de las historias de El Castillo. Es una mujer casada, madre de tres hijos, que llegó hace 17 años a la población. Actualmente tiene un conflicto: se reconoce e invierte en su barrio, pero

debido a los problemas de inseguridad que experimenta el sector, desea mudarse. Ella posee un local comercial en el frontis de su casa, que le ha permitido tener una mejor situación económica que el resto de los vecinos. Ana se mueve entre su negocio y las proximidades de esta zona. Está muy involucrada con su barrio, pues participó en la autoconstrucción y mejoramiento de las áreas comunes y casas del sector, las que en un principio no contaban con los servicios básicos. Por esta razón, ella se ha convertido en una dirigente poblacional muy activa y se siente orgullosa de ver cómo ha ido creciendo su casa y su negocio. A pesar de que le gusta su barrio y se siente muy comprometida con los problemas que ocurren en su sector, reconoce lo difícil que es vivir aquí. La difícil situación social de El Castillo pareciera tener a Ana en una tensión y en el futuro le gustaría cambiarse a otro lugar y vender su casa.

Ana siente que si algún día llegara a concretarse este deseo sería bastante doloroso por todo lo que ha significado la construcción de este pedazo de territorio y el lazo afectivo creado en él. “Mi casa me costó al igual que cada cosa sobre la que estoy parada aquí me costó esfuerzo. Por mí me quedaría, pero como está la cosa, arriesgo a que mis hijos les pase algo. A veces los fines de semana a las seis o siete de la tarde hay tiroteos y eso internamente a uno le dice que hay que salir de aquí”.

El caso de Carmen e Ismael es un poco diferente pues la movilidad cotidiana se transforma en un elemento que permite superar la situación que les tocó

vivir. Esta familia decidió hace muy poco comprarse un automóvil, para lo cual pidieron un préstamo bancario. La decisión no fue fácil, ya que Ismael es el único que trabaja de la familia y su salario es bastante precario. A pesar de esto, el deseo de mejorar su calidad de vida fue más fuerte, por lo que tomaron la decisión de endeudarse. La compra del auto les ha permitido sentirse más tranquilos, seguros, independientes y libres.

Si bien ambos son reconocidos en la población como personas muy activas y que han luchado para sacar adelante el barrio (Carmen es una destacada dirigente vecinal y presidenta del club deportivo), desean poder cambiarse de casa en un futuro cercano, debido a los problemas de delincuencia y violencia.

A Ismael y su esposa no les gusta vivir aquí a pesar de que tienen amigos y han crecido con ellos. El ambiente de constantes asaltos y agresiones que hay en el barrio les incomoda. Ismael dice también que faltan espacios donde compartir con otros, distraerse, salir con los hijos. Le gustaría cambiarse cerca de algún centro comercial para salir más con su familia y disfrutar de otros atractivos. Por lo mismo, la compra del auto ha sido una estrategia de protección frente a la inseguridad del barrio, y se ha convertido en una forma de escape, de libertad y de accesibilidad hacia otras áreas de la ciudad, mientras espera que el deseo de cambiarse se concrete.

Esta familia vive un habitar atópico: se valora la casa, pero se rechaza el entorno que la rodea, y la movilidad por medio del automóvil se transforma en la manera de sobrellevar esta tensión. “Vivir cerca del mall, de la avenida de La Florida, cerca del Peñón. La idea es llegar del trabajo, bañarme, pescar mi ropa y salir con los niños y dar una vuelta al mall, comerse un helado. Aquí no lo puedo hacer. Tomamos la decisión de comprarnos un vehículo no porque quisiéramos tirar pinta; no, lo compré por necesidad”.

Muchas de las personas entrevistadas manifiestan el deseo de moverse, de cambiarse y dejar el barrio, a pesar de que afectivamente el anclaje es muchas veces más fuerte.

Las prácticas cotidianas y los relatos recogidos dan cuenta del sentimiento de vivir en un espacio de archipiélago, disperso y estigmatizado, donde hay un esfuerzo cotidiano para dar coherencia a su habitar. La tensión de Ana y el escape de Carmen e Ismael son ejemplo de las múltiples dimensiones discursivas y prácticas encontradas en El Castillo. Lo anterior, expone la lucha que tienen los habitantes por la posesión del espacio urbano, que se percibe como inseguro y amenazante, y donde la proximidad y la movilidad cotidiana se constituyen en una manera de sobrellevar esta tensión.

La movilidad no es ajena a los grupos más pobres y es, hoy en día, una de las utopías contemporáneas más

importantes. Aunque en sí está llena de contradicciones: es un sueño individual, significa poder estar lejos, e implica un número importante de inversiones para poder realizarla.

Es posible observar cómo la relación que establecen los habitantes con el territorio que practican no puede ser comprendida sin observar las estrategias, capacidades y competencias puestas en marcha. En otras palabras, la manera particular y familiar de apropiarse de la casa, el barrio y la ciudad, dotándola sentido.

CAPÍTULO V.

EL IDEAL COMUNITARIO

A pesar de que existen algunas investigaciones que han caracterizado a las nuevas formas de habitar la ciudad de Santiago (condominios, urbanizaciones cerradas, comunidades), estas se han centrado generalmente en dimensiones como exclusión y segregación socioespacial, dejando en segundo plano la caracterización de las prácticas de quienes habitan estos territorios. Específicamente, poco se sabe sobre las prácticas y estrategias de movilidad cotidiana que estos habitantes ponen en marcha para conciliar su estilo de vida y localización residencial.

En un contexto en que la ciudad parece perder los espacios de socialización de antaño, los habitantes se repliegan en microterritorios, observándose un creciente encapsulamiento en el territorio privado, a partir de la recreación de nuevas formas de habitar en los bordes de la ciudad (Márquez, 2006).

La formación de una comunidad

La clase media es un grupo que se vió bastante afectado por los acelerados cambios económicos y políticos que vivió el país en los años ochenta y noventa. Muchos habitantes vieron menoscabados sus modos de

vida y sintieron la necesidad de reconstruir un habitar urbano más amable, con una mejor calidad de vida. El fenómeno de salida de la ciudad es una respuesta a nuevas demandas materiales y simbólicas de un segmento específico dentro de los sectores medios (Arizaga, 2005).

En el caso de la Comunidad Ecológica de Peñalolén los primeros habitantes que llegan a vivir aquí son atraídos por esa necesidad de buscar nuevas formas de habitar la ciudad, cuya estrategia de colonizar e ir a vivir a los márgenes de la ciudad permitiría recrear ese deseo de comunidad.

Muchos de los primeros habitantes llegaron con el anhelo de recrear un estilo de vida más acorde con sus aspiraciones, en el que primaba la idea de un contacto con la naturaleza la calma y la vida comunitaria. Se comienza entonces a construir un relato nostálgico de la comunidad perdida que pretende realizarse en Peñalolén. El argumento de la calidad de vida es uno de los motores que movió esta elección.

Buscando vivir cerca de la naturaleza, alejándose un poquito de la vida tan agitada que hay, urbanamente hablando (Mujer adulta, Comunidad Ecológica).

Un compañero de oficina que vivía acá en Peñalolén me dijo viniera a ver. Se fue de vacaciones y me dejó su casa para que viera el lugar, y me encantó. Me fascinó porque estaba al lado de Santiago y era campo, estaba la cordillera (Hombre adulto, Comunidad Ecológica).

Los primeros habitantes que llegan en la década de los ochenta a la Comunidad son jóvenes, matrimonios sin hijos o con hijos pequeños. Se trata de habitantes pertenecientes a una clase media emergente, un poco decepcionados por el contexto social y urbano de aquellos años. Se trata de una clase media que no tiene el ingreso para comprarse una casa totalmente construida en un barrio de clase media consolidado, por lo que la oferta de los predios rurales que están en venta en Peñalolén es una forma de acceder a la propiedad a bajo costo.

Una razón fue porque nos gustaba el lugar y otra razón era porque queríamos darles a las niñas una vida más distinta a la de Santiago, y porque era la única posibilidad de tener algo propio. Teníamos unos amigos que vivían acá y veníamos a verlos, empezamos a ver la posibilidad de comprar algo acá con plata que teníamos ahorrada. No teníamos ni las tres cuartas partes, pero empezamos a buscar gente que comprara con nosotros y ahí apareció el Lucho, que vive acá, y los Caicani que viven atrás, y entre los tres compramos la hectárea (Mujer adulta, Comunidad Ecológica).

El perfil de los primeros habitantes, los colonizadores, los pioneros, también tenía algo de antisistema y un poco de revolucionario, y muchos cargaban una historia residencial bastante diversa. Algunos habían vivido en el extranjero, otros venían de comunas cercanas a Peñalolén, un poco rurales como La Reina o más consolidadas como Providencia.

Vivimos primero en Providencia y después en La Reina, pero la verdad es que la primera vez fue un poco

de allegados. Te confieso que una de las razones por las que llegamos acá, aparte que a los dos nos gusta la naturaleza, es que mi esposo es rebelde, un poquito contrario al sistema, a la sociedad, sin ser hippie (Mujer adulta, Comunidad Ecológica).

Si bien se genera un estilo de vida particular en el que los valores posmaterialistas son importantes, se observa que surge una autoconciencia estética que marcará la identidad de la Comunidad Ecológica.



· Peñalolén ·

COMUNIDAD ECOLÓGICA

Fuente: Vero Rodríguez, ilustradora

Anuncio de venta y arriendo de casas en la Comunidad Ecológica



COMPRA VENTA DE CASAS Y PARCELAS
ARRIENDOS

OFICINA DE TIERRAS - COMUNIDAD ECOLÓGICA (1980-2007) comunidadecologica.blogspot.com
ARQUITECTURA, DISEÑO Y CONSTRUCCIÓN E-MAIL: ALEJANDROGARROS@YAHOO.ES

FONO: (56-2) 278 2398

Fuente: <http://comunidadecologica.blogspot.com/>

Hay mucha gente mayor que nosotros que empezó a hacer casas por acá, o sea, hay una gran demanda de gente que no quiere vivir en la ciudad. Hay un 90% de componente artístico, hay setenta actores, muchos fotógrafos, bailarinas, diseñadores, cineastas. Estos tipos buscan un lugar para crear, buscan una casa como esta (Hombre adulto, Comunidad Ecológica).

Hay de todo: hay hippientos, gente con mucha plata y gente más o menos. Es bien heterogéneo. Gente que vive de artesanías, medio hippies, que andan a pata, viven con lo justo, otros con tremendos autos,

con harta plata, hay de todo. Hay harta gente joven, estudiantes, parejas jóvenes (Mujer adulta, Comunidad Ecológica).

La historia de esta Comunidad se ha construido a base del esfuerzo de quienes llegaron haciendo camino en este lugar que era solo tierra y montaña. Los primeros años no fueron fáciles: había muy pocas familias, vivían un poco aislados, sin luz eléctrica, ni agua potable. Venir a vivir a la comunidad significó sacrificios y estrategias. Sacrificar algo en pos de una mejor calidad de vida parecía central para estos habitantes.

No había luz, no había agua, no había caminos ni vecinos. Estuvimos viviendo como tres años con un panel con baterías, y cuando se acababa la luz de la casa, enchufábamos el auto, era de emergencia (Hombre adulto, Comunidad Ecológica).

Fuimos los que tuvimos que hacer huellita para poder llegar a la casa de nosotros. Esas se fueron ampliando en la medida que iba llegando más gente. En ese tiempo el sueño era que llegara más gente porque estábamos muy solos. Había otras tres o cuatro familias viviendo aislados porque era un espacio grande pensado para cuatro familias; hoy habrá unas 350. En ese tiempo no había colegios y vivíamos también sin luz eléctrica, era una forma distinta de vivir (Mujer adulta, Comunidad Ecológica).

Otro de los sacrificios fue la distancia que había desde la Comunidad al resto de la ciudad, sobre todo en los años ochenta, cuando en Peñalolén no había

servicios de proximidad. Asentarse en este territorio, guiados por la idea de una mejor calidad de vida, implicó comenzar por estar dispuestos a hacer algunos sacrificios de movilidad.

Cuando las niñas estaban todavía chicas teníamos solo un auto; entonces mi marido se iba en bicicleta al trabajo en el centro, y se iba con las dos niñas arriba que iban al jardín que estaba en la entrada; las dejaba ahí y él seguía para abajo en bicicleta (Mujer adulta, Comunidad Ecológica).

Si bien la decisión residencial de vivir en este lugar requirió de sacrificios y organización por parte de muchas familias, es posible advertir cómo se fue formando un espíritu de comunidad que caracteriza a este territorio hasta el día de hoy. El mito de que la comunidad purifica, del que habla Sennet (1975), pareciera haberse reproducido a partir del esfuerzo, las iniciativas, la creación y la solidaridad que hubo en los primeros años de formación de la Comunidad.

La cosa tribal de la gente: se juntaba para los solsticios, equinoccios, después los bautizos, los cumpleaños, los tijerales y era algo masivo. Después llegó la luz eléctrica y se produjo un individualismo impresionante, y ahora con internet... De hecho, el otro día se cortó la luz y estábamos acá un grupo de gente; había niños, había como tres generaciones. Se cortó la luz, prendí el farol y se juntaron todos alrededor del farol, eso te da la pauta de lo que la luz marcó, porque en esa época algunos veían televisión con batería. Yo tenía energía solar: tenía 110 y muchos usaban placas fotovoltaicas (Hombre adulto, Comunidad Ecológica).

Como lo expresan los relatos de los pioneros, si bien en la actualidad el sentimiento de comunidad parece disolverse y quedar en el recuerdo, para muchos la identidad sigue viva y se reactualiza en los recuerdos y las historias compartidas.

La identidad sigue viva, los ideólogos del barrio nos mantenemos permanentemente dándole y dándole. Yo me he traído un tren antiguo que hace de sede social. Le he metido un montón de poesía. Aquí toda la gente que viene a vivir es transgresora, es antisistema (Hombre adulto, Comunidad Ecológica).

Vista de la cordillera desde la Comunidad Ecológica
de Peñalolén



Fuente: <http://fotosdesdemiventana.blogspot.com/>

La autoconstrucción

La casa es para todos los grupos sociales el lugar central desde donde la cotidianidad transcurre. En el caso de la Comunidad Ecológica de Peñalolén esta tiene connotaciones muy distintas de las otras urbanizaciones de clase media de la ciudad. Igual que en El Castillo, en la Comunidad Ecológica las casas han sido construidas por sus propios habitantes.

La casa se levanta como un espacio de referencia central desde donde las exploraciones exteriores se realizan se transforma en un espacio que habla de la historia de sus habitantes, sus motivaciones, sus formas de pensar; es la construcción de un lugar de refugio, protección e identidad.

Algunos de los primeros habitantes que llegaron a la Comunidad, solo tenían el dinero para la compra del territorio, la construcción se hizo posteriormente y siguiendo diferentes etapas que se relacionan con la situación económica, el ciclo familiar y las necesidades de la familia. Todo este proceso tuvo mucho de aventura y de creación, de concretar un sueño y generar un conocimiento constructivo que no se tenía. Al principio fue bastante duro para las familias, porque tuvieron que instalarse en una vivienda provisoria que con el paso de los años iría evolucionando y transformándose en un verdadero lugar para vivir.

Después crecimos un poco más y nos fuimos a vivir ahí pero bien precariamente. Era una casita de madera de trece metros cuadrados no tenía aislación ninguna, no tenía ni siquiera planchas de plumavit entre medio. Era madera, por un lado, madera por el otro y al centro nada, así que el frío era grande (Mujer adulta, Comunidad Ecológica).

La casa se transformó en un lugar de reposo, de referencia, participando del habitar al mismo nivel que los otros lugares. La casa aparece como un operador importante de la libertad y la autonomía personal.

Todo era un sueño. A mí siempre me ha gustado que el horizonte sea amplio, y aquí yo miro hacia abajo y es amplio, miro hacia el lado y está el cerro al lado; o sea, aparte del territorio tengo un espacio visual que hace sentirse muy privilegiado. Para mí es mi cobijo, mi lugar de descanso. Han crecido todas mis hijas acá. Todas las reuniones familiares las hemos tenido acá. Siempre que hay un evento, un cumpleaños o un bautizo, es acá, viene toda mi familia, la familia de mi señora. Es una casa abierta y ha sido muy agradable. Yo no tengo apego a las cosas, pero igual va a marcar una etapa muy importante en nuestras vidas (Hombre adulto, Comunidad Ecológica).

La casa evoluciona al mismo ritmo que la familia crece. Se anexan partes, piezas, ampliaciones y arreglos que marcan las etapas del ciclo familiar. Simboliza el desarrollo de la familia y da cuenta de los recursos que cada grupo pone en marcha.

Cuando llegamos acá había dos piezas, en una estaban todas las niñas y nosotros en la otra. Obviamente fueron creciendo y necesitaban su espacio, esa fue una necesidad. Entonces ahí la pieza nuestra se la dejamos a una. Teníamos un balcón, el balcón lo cerramos y se lo dejamos a otra y donde dormían las cuatro la dividimos en dos. Nosotros bajamos a donde guardábamos el auto. Cerramos esa parte porque era con palafito. De hecho, si tú subes arriba, las piezas están mal diseñadas, porque para pasar a la pieza del fondo hay que pasar por la pieza de adelante (Hombre adulto, Comunidad Ecológica).

Incluso algunos de los habitantes trajeron partes de sus otras residencias, de sus viajes, fragmentos, que instalaron en la nueva casa en la Comunidad.

Esos ventanales son de la otra casa y esta casa es de adobe. Trajimos ventanales, puertas, ventanas, artefactos del baño, las tinas del baño. Fue como traernos un pedacito de esa casa para integrarla acá. Tal vez la diferencia es el diseño, pero dentro de esta hay muchas cosas de la anterior, tanto en muebles como en vigas, puertas y hasta plantas. Fue traerse lo que perteneció adonde yo nací para acá (Mujer adulta, Comunidad Ecológica).

Solo una parte de los habitantes actuales, los pioneros, los fundadores, fueron quienes construyeron las viviendas con sus propias manos. Los residentes más nuevos, principalmente arrendatarios, no han construido su casa como los pioneros, lo que no significa que no

se hayan involucrado también en pequeños aspectos de construcción y reparación.

Como los territorios son grandes, las formas variadas y los materiales flexibles y sencillos, es muy fácil hacer cambios, anexiones, o pequeñas cosas al hogar, que no alteran para nada el paisaje residencial.

Esta es una casa grande, con dos niveles, de adobe, un poco alargada por lo que es fría. Yo diría como que permite que se den distintos espacios, y la casa en sí es un territorio también. Cuando uno vive en Providencia, la casa es la casa. Aquí hay veces, por ejemplo, en el verano, que los niños están en el patio, en cualquier parte [...] (Hombre adulto, Comunidad Ecológica)

Cada uno de los habitantes ha ido diseñando su casa que son de materiales, formas y colores muy variados, lo que sin duda refleja el espíritu de quien las habita. En este proceso constructivo, la creatividad es un elemento muy importante para comprender el significado que la casa tiene para sus miembros. Para algunos podrá tener una función lúdica, para otros será el recuerdo de los seres queridos lo que marcará el espacio de la casa, o también la casa se hará para diferenciarse de las otras.

Nos marcó mucho esto de vivir en redondo y después la otra casa que tuvimos... y la casa que hicimos son puros octógonos. Todo es como la circularidad de los espacios, la placidez, no sé cómo decirlo. Además, todas las casas han sido de quinchas, es como plácido, es

muy parecido a las casas del norte, tiene esa cosa de la quinchá, el color café y es como uterina mi casa, tiene hartos metros cuadrados, pero son todos espacios que cada uno por sí solo es contenedor. No es que sea de esas casas minimalistas, el living es redondo, entras por unos recovecos, la pieza es redonda, el baño también, es una casa orgánica, es bien entretenida. Subes las escaleras y hay piezas, una cosa media lúdica, de cambiar de espacio, de circulación, fue totalmente pensada (Mujer adulta, Comunidad Ecológica).

La movilidad cotidiana y el automóvil

La capacidad de movilidad cotidiana de los habitantes, el aislamiento de la ciudad central y la vida al interior de la comunidad, también son factores que intervienen en la relación entre individuo y territorio, y que dan cuenta de su identidad espacial.

A diferencia del caso de El Castillo, donde la movilidad autónoma se configura en torno al barrio y se basa en medios de transporte como la caminata y la bicicleta, en la Comunidad Ecológica es la movilidad automóvil la que prima.

Se observa en la actualidad, sobre todo en las clases medias y altas, que el nuevo modelo de vida urbana descansa sobre una movilidad cotidiana esencialmente en automóvil, lo que implica una mayor individualización de los desplazamientos, una mayor autonomía y un uso a la carta de los recursos del espacio metropolitano.

Para la mayoría de los hogares de clase media que se alejan de la ciudad y deciden ir a instalarse a la periferia, el automóvil juega un rol esencial en la movilidad cotidiana, haciendo posible la distancia¹⁵.

Cuando los pioneros se instalaron en la Comunidad Ecológica, muchos contaban solo con un automóvil en el hogar. Se trataba de una clase media emergente, con un ingreso no muy alto, por lo que la instalación en Peñalolén significó elaborar estrategias para poder realizar las actividades cotidianas de las familias, cuestión que no estuvo exenta de esfuerzo.

Yo tenía una citrola en esa época, y me movía al centro ida y vuelta porque no había tráfico. Venía a almorzar y volvía cosa que hoy es imposible a pesar de estar el metro. La mayoría teníamos renolas, citrolas, el transporte económico de esa época (Hombre adulto, Comunidad Ecológica).

Generalmente era la mujer quien se quedaba con el único automóvil del hogar y era el esposo quien debía trasladarse a pie, en bicicleta o transporte colectivo hacia su lugar de trabajo, que estaba fuera de la

¹⁵ La gran mayoría de los habitantes entrevistados utilizan muy poco el transporte público. Algunos lo usaron solo en los primeros años, cuando llegaron a vivir a la Comunidad y no contaban con los recursos para comprar un auto. En la actualidad, la gran mayoría son dependientes del transporte privado para desplazarse cotidianamente. Muchos de los entrevistados justifican el poco uso dado del transporte público aludiendo principalmente a la mala frecuencia y a la inseguridad de los buses que circulan en Peñalolén.

Comunidad. De esta manera, el automóvil se transformaba en el instrumento que les permitía a las dueñas de casas y madres realizar las actividades cotidianas del hogar, como las compras y el cuidado de los hijos, actividades que requerían de mucho esfuerzo y organización.

De hecho, mi marido se iba en bicicleta y yo me quedaba con la citroneta. Era súper importante, porque me quedaba con los niños y tenía que ir a comprar, encaminar a la nana al supermercado que no quedaba cerca; los colegios tampoco quedan cerca, una forma de vivir distinta. Yo la verdad la aceptaba, pero no es que me gustara vivir así. De hecho, una vez un incendio rodeó nuestra casa que era de madera y yo arranqué en la citroneta, porque estamos en medio de puro campo y no sé qué hubiera hecho si no la hubiera tenido. De hecho, cuando empezó el incendio, metí la cartera, metí los niños con la nana (Mujer adulta, Comunidad Ecológica)

A los que han vivido en la Comunidad les tocó más de alguna vez tener que movilizarse a pie, salir a tomar micro, o tener que usar la bicicleta cuando no contaban con el automóvil. Sin embargo, en la actualidad son pocos los habitantes que practican una movilidad alternativa a este medio.

Muchas veces tener que depender del automóvil es compensado por el hecho de vivir en este lugar, y se transforma en parte de la aventura.

En realidad, cuando nosotros llegamos acá no había nada. El supermercado Monserrat llegó después y todo lo comprábamos ahí. Llegaron luego hartas opciones para comprar, pero el desplazamiento es más largo. Toma unos minutos de camino de tierra; hay días en que salgo siete veces entre que voy a comprar, a buscar a una hija, después me llama la otra, que tengo hora al médico, etc. Pero llego acá y se me olvida. Mi marido anda en pleno Santiago con los tacos y llega loco. Yo ando por aquí y no tengo problema (Mujer adulta, Comunidad Ecológica).

A medida que evoluciona la familia, los hijos crecen y mejoran los ingresos familiares, se va haciendo más indispensable tener varios medios de transporte en el hogar. No hay percepciones negativas respecto del automóvil privado, pues es vital en esta concatenación de actividades. Si bien había habitantes que deseaban no tener que depender de él, justificaban sus prácticas indicando que el transporte público es de mala calidad.

La experiencia del automóvil es sentida por los habitantes de la Comunidad como el medio que les permite gozar de mayor libertad, tener control del tiempo y del espacio, y poder cumplir con las múltiples obligaciones a las que están expuestos. El automóvil contribuye a que se sientan seguros y tengan un mayor manejo de su movilidad cotidiana.

Ahora que los niños están más independientes y hacen más cosas solos, lejos de casa, se requiere más el auto. Entonces uno está obligado a tener un auto, porque no hay transporte, no hay micros. Las micros

en general, con el sistema nuevo, están muy limitadas y no llegan a todos los lugares. Las micros no se pueden usar, no pasan nunca, van muy llenas, no paran, son los mismos problemas que había antes (Hombre adulto, Comunidad Ecológica).

La organización de los trayectos

El espacio toma significación a través de las relaciones sociales. Las prácticas y sociabilidades en la proximidad parecen ser un soporte importante para las movilidades cotidianas de quienes viven en la Comunidad Ecológica.

A pesar de que entre los habitantes de este territorio hay un incremento de la movilidad automóvil, y las relaciones entre vecinos se han vuelto más distantes, hay un grupo importante de familias jóvenes que han llegado a la Comunidad buscando redes de vecindad y de apoyo, que siguen funcionando como ocurría con los primeros colonos. Ya no se trata de organizarse para traer el agua, abrir los caminos o simplemente hacer una excursión al cerro. Esta vez, se trata de redes entre vecinos que permiten mejorar los desplazamientos, coordinar las salidas y compartir tareas. Estas redes se ponen en marcha para organizar las actividades de los hijos y la gestión de otras movilidades cotidianas.

Ester está casada, tiene dos hijos y llegó hace cuatro años a la Comunidad. Para ella es esencial poder contar

con las redes de apoyo pues su auto tiene restricción, lo que le impide salir algunos días en la semana.

Tengo amigas, por ejemplo, el otro día tenía que ir al doctor y era lunes, y tenía restricción. Y voy con una amiga porque esa amiga tenía una hora y me llevó. Después yo la pasé a buscar. Como que trato, tengo una buena red de apoyo aquí. Hacemos acarreo con los niños. Tengo una buena red de apoyo, tengo a los niños en dos colegios distintos, entonces con los dos hago turnos. También voy con amigas al supermercado de repente. Los jueves voy a buscar mi hijo, y con mi hija me arreglo a través de un trueque; yo vendo alimento de perros y alguien la va a buscar y a dejar, y yo se lo pago con una bolsa de alimento (Mujer adulta, Comunidad Ecológica).

Yo siempre llevo gente hacia abajo y traigo gente hacia acá. Muchos se llaman por teléfono, porque hay un asunto de lejanía y necesidad de tener automóvil lo que hace que muchos nos unamos. Hacer dedo en la comunidad es una cosa común, yo he hecho dedo y todos pueden hacerlo (Hombre adulto, Comunidad Ecológica).

La importancia de las redes de apoyo se articula también con una planificación y organización importante de las actividades y desplazamientos cotidianos. Muchos habitantes que dejan su casa temprano en la mañana viven una suerte de peregrinación que resulta fundamental para cumplir con las tareas y obligaciones cotidianas.

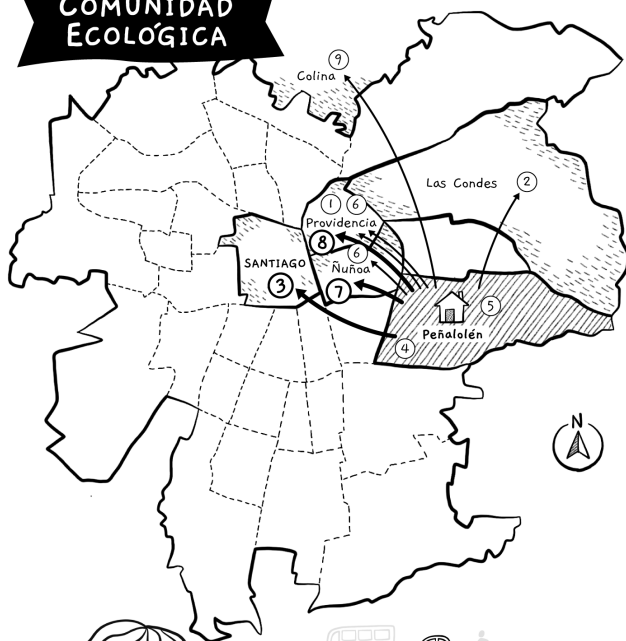
Ernesto, casado, con tres hijos universitarios, trabaja independiente como médico homeópata y tiene un solo auto en su casa. Para él, la coordinación de las salidas es importante siendo el automóvil fundamental para los traslados cotidianos y su organización.

Normalmente salimos de aquí tipo 7:30 a dejar a los niños en la universidad. Yo vuelvo y tomo desayuno, y salimos a hacer las compras, los trámites de pagar las cuentas y esas cosas, y ahí coordino para retirar a los niños que están repartidos en distintos lugares. Los recojo y los traigo a la casa, y mientras tanto recibo pacientes en mi consulta en Providencia. Si no tuviera el auto, no tendría el alcance. Es esencial para mí y esencial para los de la casa para moverse por lo que estamos obligados a comprar otro. La idea es que los niños tengan su auto para resolver los problemas.

Esta organización constante y la dependencia del automóvil que está presente en muchos de los habitantes también recaen en los más jóvenes, quienes muchas veces dependen de sus padres para la realización de sus trayectos cotidianos.

· Peñalolén ·

COMUNIDAD ECOLÓGICA



Mujer
43 años
Psicóloga
Separada
2 hijos



Desplazamientos Cotidianos

- ① Casa papás
- ② Casa ex-marido
- ③ Clases en la universidad
- ④ Colegio hijos
- ⑤ Compras: Jumbo
- ⑥ Doctor
- ⑦ Trabajo consulta
- ⑧ Visita colega
- ⑨ Visita prima

○ Frecuente ○ Ocasional Residencia

Fuente: Vero Rodríguez, ilustradora

Una estudiante universitaria que ha vivido siempre en la Comunidad plantea la tensión que le significa vivir en un lugar agradable, pero donde los traslados son difíciles e implican mucha organización.

Lo que pasa es que cuando salgo de mi casa, tengo que organizar todo lo que voy a hacer en el día abajo, porque no puedes subir y bajar porque te demoras mucho. Me gusta la tranquilidad y el aire que se respira arriba pero no que quede tan lejos. Hay que ser flexible cuando uno vive en estos lugares, porque si existe la posibilidad que mis papás o algún vecino te baje a la micro hay que aprovechar, entonces ahí se acorta mucho el tiempo. Casi siempre te lleva gente. Antes cuando iba al colegio, iba al mismo que un vecino, entonces mi papá se turnaba con él para movilizar a los niños. Igual me gustaría que hubiera colectivo o algo. La mayoría de las personas tiene auto, porque es molesto caminar como media hora para la micro y luego subir media hora, porque es de subida, pero uno se acostumbra con el tiempo.

Antiguamente me cargaba tener que bajar porque estaba en una dicotomía entre lo que era este lugar y Santiago. Tenía dos personalidades: una aquí y otra allá. Cuando voy a Santiago a trabajar, aprovecho: ¡voy a bares, voy al cine, hago todo! La verdad es que yo paso por períodos de enamoramiento absoluto de este lugar y después en momentos de crisis me voy de viaje (Hombre adulto, Comunidad Ecológica).

La movilidad cotidiana versus la proximidad como recurso y valor

Las movilidades cotidianas de estos habitantes no son muy extensas en la ciudad y, contrariamente a lo que se piensa, no todos los periurbanos son hipermóviles. Si bien muchos habitantes deben desplazarse para trabajar o hacer determinados trámites, lo hacen en las comunas espacial y socialmente próximas.

Varios habitantes tienen un alto uso del entorno local, como el barrio y la comuna, puesto que se valen de las redes vecinales y de cooperación, así como de tecnologías como internet para poder generar sus desplazamientos. En el caso de la Comunidad Ecológica, algunos habitantes privilegian la escala de la proximidad para la gestión de su movilidad cotidiana.

Nos movemos de Plaza Italia para arriba: Providencia, Las Condes, Peñalolén. No voy casi nunca al centro, pero a veces hay que hacer trámites allá, entonces dejo el auto en la consulta en Providencia y tomo el metro. O si tengo que ir con alguien de la casa, bajo hasta el lugar que haya taxi, pero micro no usamos y el sector que nos movemos es acá arriba. No tengo ninguna razón para moverme de Plaza Italia para abajo (Hombre adulto, Comunidad Ecológica Peñalolén).

El uso de las tecnologías de la información, principalmente de internet, se ha transformado para algunos de estos habitantes en una herramienta que les permite

disminuir las movi­lidades más alejadas y atenuar sus consi­guientes dificultades, además de que se transfor­ma en una manera de sentirse libres.

Internet me facilita ser libre desde mi casa. Yo pinto, soy bloguera y para mí internet es bien importante, sobre todo por los blogs, que es un placer (Mujer adulta, Comunidad Ecológica).

La comuna de Peñalolén es una comuna bien equipada en términos de servicios. Cuenta con supermercados muy próximos, el edificio municipal a muy poca distancia, con las ferias y con una variada oferta de colegios. Todo ello facilita los desplazamientos de corta distancia.

Lo más cerca que tenemos es el Monserrat, al frente tenemos el Club de Leones, que presta servicios de medicina dental, después al lado está Bomberos, más allá está Carabineros y el consultorio; diez minutos más al sur está el Jumbo, hay un Líder, bancos, un pequeño mall con todas esas cosas que uno requiere de urgencia. De hecho, uno se afiata acá arriba y esto creo que ocurre con 90% de la gente, porque lo tiene todo (Mujer adulta, Comunidad Ecológica).

Moverse en las comunas espacialmente próximas, privilegiando la escala barrial y comunal, si bien se transforma en un soporte que permite seguir el ritmo de vida en la Comunidad, puede al mismo tiempo producir una especie de repliegue en el espacio de proximidad, sea en el domicilio o en el barrio, tal como ocurre, aunque con otros matices, en el caso de El Castillo.

Más extremo es el caso de una habitante que no aceptó dar una entrevista, argumentando que ella había elegido vivir en la Comunidad para no ser molestada, justificando con esto la abulia y la distancia con el otro.

La Comunidad, y el sistema que forma, se transforman, para muchos de sus habitantes, en un lugar que refuerza un determinado anclaje, lo que se manifiesta en el desgano que muchos sienten cuando tienen que salir a la ciudad.

El trabajo en la proximidad

El barrio es un recurso-soporte en la gestión de las movilidades cotidianas de las mujeres, y también es un soporte para el trabajo: un número no menor de sus habitantes trabajan en el mismo lugar que residen. Esta situación llama poderosamente la atención, pues generalmente se piensa que son los grupos más precarios quienes deben echar mano a los recursos de la localidad, sobre todo en el tema del empleo.

Las clases altas tradicionalmente han podido integrarse al mercado del trabajo que la ciudad ofrece. En el caso de la Comunidad Ecológica, el componente socio-profesional de sus habitantes es muy diverso, siendo profesionales liberales una parte importante de sus habitantes, característica que hace que muchos no

tengan la necesidad de integrarse al mercado de trabajo más formal ni salir de la Comunidad para trabajar.

Debe haber unas veinte personas que funcionamos acá en el barrio, gente que como máximo va a la municipalidad (Hombre adulto, Comunidad Ecológica).

Muchos habitantes han echado mano a su imaginación y han emprendido nuevos proyectos que les permiten armonizar su vida en la Comunidad con su trabajo.

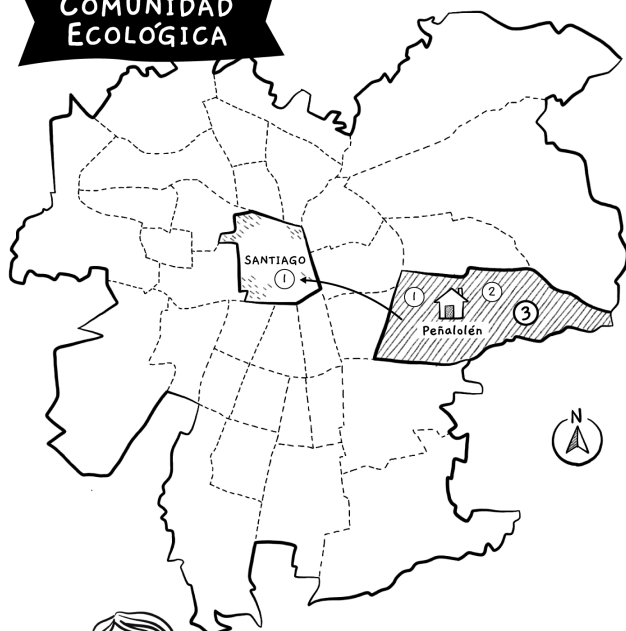
Las cortinas que hago las vendo dentro de la Comunidad, yo no salgo, es aquí no más donde me muevo (Mujer adulta, Comunidad Ecológica).

Pero ahora me voy a meter en una cosa que ya tengo funcionando: verduras y frutas a domicilio. Ahí me desplazaré, pero lo haré por acá también, dentro de la propia Comunidad o en Casagrande (Hombre adulto, Comunidad Ecológica).

La flexibilidad dada por el empleo a proximidad es un recurso muy importante, pues permite, por un lado, estar en el mercado laboral sin tener que alterar los ritmos de la vida, propios de este territorio. Esta flexibilidad supone estar más disponible para otras tareas y obligaciones, y a su vez conservar el estilo de vida deseado. Junto con lo anterior, los servicios a proximidad con los que cuenta el barrio y la comuna hacen posible que sea un soporte real para la cotidianidad.

· Peñalolén ·

COMUNIDAD ECOLÓGICA



Hombre
59 años
Microempresario
Casado
1 hijo



Desplazamientos Cotidianos

- ① Trámites
- ② Compras: feria, supermercado
- ③ Intensa actividad de sociabilización

○ Frecuente ○ Ocasional  Residencia

Fuente: Vero Rodríguez, ilustradora

El síndrome del espino. ¿De comunidad a barrio cerrado?

La Comunidad Ecológica es para sus habitantes, sobre todo para los primeros colonos, no solo un referente espacial, sino también un referente imaginario e identitario.

Aparece en la mayoría de los relatos una evocación nostálgica por la comunidad, por el contacto con la naturaleza, por rescatar un tipo de pueblo donde las relaciones son más humanas. Lo anterior va reactualizando el espacio residencial y barrial donde se insertan las prácticas cotidianas de los habitantes. Y, sobre todo, en un período donde la modernidad se hace más acelerada, la memoria de los primeros colonos ayuda a mantener viva la historia de este lugar.

Yo tengo un blog que se llama Comunidad Ecológica que es donde está la historia. También tengo otro que se llama Ex Hacienda Lo Hermida, y otro donde hacemos la historia de los personajes que pasan por aquí. Entonces en estos dos blogs tenemos todo lo que está pasando. Nosotros somos los anarco-creativos que usamos la imaginación para que el barrio se mantenga (Hombre adulto, Comunidad Ecológica).

Se trata de una identificación espacial y simbólica. La memoria y los recuerdos que tienen los habitantes en el espacio de la Comunidad ha ido afiatándolos, anclándolos a este pedazo de territorio, constituyéndolo

en un soporte, en un lugar estratégico donde transcurre su cotidianidad.

Se dice que los habitantes de la Comunidad Ecológica sufren de una enfermedad llamada “síndrome del espino”, mal que los arraiga fuertemente con el territorio que habitan. Para una parte importante de los habitantes sería muy difícil poder dejar la comunidad para vivir en otro lugar. La movilidad residencial se ve como algo difícil de realizar o al menos si se realizara debiese ser en algún lugar que cuente con las mismas características encontradas en este lugar. Parece ser que la impronta de la Comunidad queda en el imaginario de quienes pasan por aquí.

La comunidad se resquebraja

Con la llegada de nuevos habitantes, el compromiso y la identidad que se sentía con el barrio han cambiado. En la actualidad, muchas de las relaciones son más bien corteses, amables. Si bien hay una proximidad física, el compromiso y la implicación con el barrio es cada vez menor y dista mucho de lo que sucedía al principio. De esta manera, la noción de comunidad se ha transformado. La idea simmeliana de los modos de sociabilidad en la comunidad o pequeña aldea parece estar desapareciendo.

Cuando nosotros llegamos fuimos más autónomos, ahora vas estableciendo lazos. Algunos echan mano

a eso, es saber que existe alguien. Hay gente que se ve mucho. Para el Año Nuevo se juntaron todos en lo que era el antiguo centro comunal y nosotros no teníamos nada que hacer y terminamos todos en mi casa. Pero sin ninguna obligación, nadie tenía nada que hacer (Mujer adulta, Comunidad Ecológica).

A pesar de lo anterior, elegir vivir en la Comunidad Ecológica hoy en día, corresponde a un ideal de vida comunitaria, donde además entran en juego factores como lo verde, la localización del colegio de los hijos o vivir en un barrio de artistas.

Cambian entonces las razones por las que los habitantes eligen habitar aquí. Cuenta uno de los colonos más antiguos de la Comunidad, a propósito del término ecológico, palabra que ha marcado a la Comunidad y que ha sido factor de atracción para muchas familias que eligen vivir aquí:

A esto le pusieron la Comunidad Ecológica y la mataron, porque en el fondo, el espíritu es de conservación; sobre todo se ha conservado la identidad del lugar. Igual, de ahí a denominarse con el mote de ecológico, es súper limitante. Yo intenté, cuando fui vicepresidente, de cambiar el nombre, pero fue imposible. De hecho, yo tengo un blog que se llama Comunidad Ecológica porque se la conoce como Comunidad, pero siempre en los reportajes yo digo que el nombre es Comunidad de Peñalolén. Yo creo que tendrá que haber sido algún director de juntas de vecinos naif, que tenemos muchos, o algún periodista que un día vino a hacer un reportaje, porque le decían Ciudad

Ecológica, Villa Ecológica. En la puerta, nosotros pusimos un letrero que decía: Zona de Protección Ecológica y Cultural, en el sentido de que hay vacas... pero de ahí a llamarse ¡Comunidad Ecológica!, es terrible (Hombre, fundador, Comunidad Ecológica).

Si bien esto es visto como una aberración para un residente antiguo, no lo es para uno nuevo, para quien la cuestión ecológica y el nombre dado a este territorio parece ser un factor que refuerza su elección residencial.

Por el estilo de vida, por la forma en cómo se construyen las casas, el territorio que tienen, el espacio disponible, por la mirada ecológica que hay o la preocupación por el tema (Hombre adulto, nuevo residente, Comunidad Ecológica).

En las últimas décadas, el discurso del estilo de vida y de lo ecológico ha jugado un papel importante en la llegada de las nuevas familias, junto con los colegios llamados alternativos que se han instalado cerca. En la actualidad se pueden contar varios colegios que rodean a la Comunidad y que dan cuenta de los nuevos actores, sus intereses y sus perfiles.

Si los perfiles son un colegio *canuto-progre*, dos Montessori, tres Waldorf y el Altamira que es como de *izquierda-progre*. Esos serían más o menos los colegios (Hombre adulto, Comunidad Ecológica).

Una residente relata cómo percibe esta relación entre colegio, comunidad y estilo de vida:

Teníamos a los hijos en un colegio Waldorf y saber de un colegio así al lado de la Comunidad nos hizo vivible el cambio. Si no estuviera aquí no sé cómo estaría. Me he acostumbrado en estos seis años en una parcela que se acomodó mucho a nuestro modo de vida (Mujer adulta, Comunidad Ecológica).

Estos nuevos residentes, con menor posibilidad que los pioneros de autoconstruir sus propias viviendas, no por dinero, más bien por tiempo, motivación o por pertenecer a un grupo más individualista, han llegado a arrendar las casas que construyeron los primeros habitantes y no dudan de que, en un futuro, si fuese necesario, dejarían la Comunidad y buscarían un lugar similar para vivir. El soporte que constituye el territorio de proximidad para estos habitantes nuevos es más provisorio y móvil: la movilidad residencial no se descarta.

Mi hija está en kínder y mi hijo en segundo básico, es decir, tengo para rato. Después, en la enseñanza media no sé si seguirán en el Rudolf y si eso va a implicar que cambiemos de comuna. Las posibilidades de movimiento están muy supeditadas a los hijos (Mujer adulta, residente nueva, Comunidad Ecológica).

Carmen lleva más de quince años viviendo en la Comunidad. Relata la desilusión que le significó darse cuenta de que la comunidad que ella había conocido antaño había cambiado, que ella misma se siente alejada y que hoy ese territorio no es más que un barrio entre muchos otros de la ciudad.

Es como un barrio, pero no tiene mucho de comunidad, se ha ido perdiendo ese concepto. Cada vez hay más gente, calles pavimentadas; es un barrio distinto, pero no creo que sea comunidad. Antes yo juraba que estábamos nosotros y la cordillera, pero la otra vez subí y vi estábamos rodeados. Es como los animales cuando están el zoológico de Buenos Aires y que creen que están en África mientras las micros pasan. Me sentí engañada, pensé que estábamos en medio de la nada, es una desilusión. Había una diferencia cuando llegamos en 1994 entre nosotros y los fundadores que habían llegado en 1982, ahora me siento así con mucho más autoridad, mucho más vieja y competente frente mucha gente nueva que viene llegando. Claramente me siento con más derecho y propiedad para hablar, yo estuve en un tiempo donde todavía las casas no tenían rejas y podías ir por dentro, que uno conocía todos los autos, te saludabas con todo el mundo. En el '94 se hacía la fiesta de la cosecha ahí participábamos; pero ahora –salvo algunas reuniones– no se participa porque no lo ves tan comunidad, es tan diverso, es tanta gente que ya no es un grupo, es un popurrí de gente. Tiene algo de desilusión.

Para Carmen este lugar se caracteriza más por su aspecto físico que por alguna característica social, impresión que da cuenta de la ruptura y la contradicción que se ha establecido en la actualidad.

No puedes confundir la Comunidad con Casagrande [condominio vecino] o con Las Chubis [casas vecinas de vivienda social]. Esto tiene su impronta, pero no está dada a partir de las relaciones entre vecinos, está dada a partir de la caracterización del espacio

y básicamente eso y el nombre. Es un barrio en el sentido de que es un lugar muy especial que tiene sus características, no en el sentido de que haya un colectivo que se relacione de una manera amable, y digo amable no en el sentido de las maneras, sino que en el de vida moderna. Los vecinos viven dentro de su metro cuadrado y los que salen son pocos. El único sentido de comunidad que existe es el legal: estás amarrado a tus vecinos y después te das cuenta de que no es agradable, que es una piedra en el zapato, un obstáculo en tu vida.

Otra habitante plantea que la Comunidad ya no es una definición de tipo social, más bien es una definición legal. Parecen, entonces, chocar ambas definiciones y de ahí la imposibilidad de aunar los sentidos y significados que se le otorgan.

Es un barrio como el resto de los de Santiago. Aquí estamos en comunidad en términos legales y eso ha sido un problema porque hay que hacer todo en común: pagar la luz en común, las contribuciones en común. Felizmente en esta parcela no ha habido tantos problemas, pero en otras sí. En el otro sentido, en el sentido de barrio, se trata de una cosa muy dispersa y heterogénea, bien compleja. Los sitios son muy grandes entonces tampoco conllevan a que hagas mucha vida de vecinos. No es lo mismo cuando vives en otro lugar que por el mismo espacio físico conoces a todo el mundo o haces cosas en común. Aquí no, se llama Comunidad Ecológica, pero –primero– no es comunidad y –segundo– tampoco es muy ecológica. Hay un conjunto de gente muy heterogénea, hay de todo, hay gente de todo tipo (Mujer adulta, Comunidad Ecológica).

Las relaciones de vecindad declinan hasta convertirse en relaciones verdaderamente conflictivas. Una entrevistada es más radical y muestra cómo el sentido de comunidad se está resquebrajando, llega incluso a decir que vivir en comunidad es un atraso en la actualidad, pues se arrebatan las libertades de las personas y los obliga a interactuar con otros. Ello quizá marca el paso de la comunidad al condominio cerrado.

Tú no puedes hacer nada porque todo de una forma u otra molesta a los vecinos, aunque sea para poder reafirmar tu espacio, siempre estás tratando de no tocar a los vecinos para no disgustarlos. Aquí te puede salir muy caro enemistarte con un vecino porque te puede cortar el agua. Y si él necesita agua y no la tiene, te la puede robar, y eso porque principalmente hay parcelas donde el agua es insuficiente, es pan de cada día que los vecinos se van por detrás y buscan las mangueras y hacen desvíos de agua. Aquí está lleno de gente súper deshonesto y tú te enemistas con el vecino con el cual estás amarrado a pagar las contribuciones (Mujer adulta, Comunidad Ecológica).

La gestación de los conflictos y el resguardo de la identidad

Este cambio de sentido se hizo más radical con la llegada de los nuevos residentes y el poblamiento vertiginoso que ha experimentado la Comunidad Ecológica en las últimas décadas. Los cambios actuales traen nuevas prácticas de supervivencia que afectan a todos los

habitantes y que se asocian con la vida moderna, como son los asuntos de seguridad, de bienestar, del encierro y del temor al otro.

El hecho de que la Comunidad haya sido construida sobre la base de una diversidad de personas hace que este popurrí de identidades vaya provocando roces, donde se superponen las miradas y los intereses.

Cuando ha habido robos se han hecho reuniones de seguridad de la calle y había gente que decía: “Eso tiene que estar abierto y si alguien tiene una necesidad, que saque las cosas de mi casa y que se las lleve, buena onda” y tenías a otra gente diciendo “hagamos como un Auschwitz”. Entonces hay intereses tan diversos, con botar la basura pasa igual, veías la gente que la tiraba por cualquier parte (Mujer adulta, Comunidad Ecológica).

Muchos vecinos han comenzado a sentir la inseguridad propia de la ciudad, como lo acontecido con la llamada Toma de Peñalolén y el plan regulador¹⁶, si-

¹⁶ El origen de este conflicto (2003) radica en la oposición de los vecinos al traslado –determinado por el Gobierno por intermedio del Ministerio de Vivienda y Urbanismo– de alrededor de 1.800 familias de escasos recursos, provenientes de una toma de territorio hacia dos parcelas que están dentro de la Comunidad y que en total suman 10,45 hectáreas. Como en todo proceso de negociación cada uno de los actores involucrados tuvo que ceder algo. La Comunidad se vio obligada a renunciar a su idea de mantener el Plan Seccional respecto de la cantidad de habitantes por hectárea, pero se aseguró que nunca más se intente construir viviendas sociales dentro de sus territorios” (Mardones 2009, 142). Otro de los temas que ha

tuaciones que han sido reveladoras de un miedo de un grupo respecto de otro con el que no se conocía, que dan cuenta de una tolerancia disfrazada, en la que el mito de la comunidad parece derrumbarse. Las seguridades de antaño parecen amenazadas y la búsqueda de un lugar seguro y contenedor se hace cada vez más imprescindible. Aparece así lo que algunos autores han llamado el efecto Nimby: *not in my back yard* (Mardones, 2009).

Está la cosa de la vivienda social y están todos a los que se les están parando los pelos: ¡cómo tanta vivienda! La verdad que están todos muertos de susto porque llegue la vivienda social al entorno, hay una cosa de prejuicios también importante, o sea porque aquí somos todos muy buena onda, muy simpáticos y muy democráticos, siempre y cuando estas personas que tienen menos plata y tienen unas casas chiquititas, estén lejitos. Hasta ahí no más llegó la buena onda (Mujer adulta, Comunidad Ecológica).

generado gran conflicto y movilización por parte de los vecinos es la actual modificación del plan regulador de Peñalolén, cuestión que amenaza a la Comunidad Ecológica al dejar obsoleto el actual Seccional que los norma. Muchos de los vecinos se oponen a esta medida, pues temen que se vendan u ocupen tierras para densificar y construir, sea vivienda social u otro tipo de proyectos inmobiliarios. Este conflicto toma los caracteres del interés social y económico, movilizandando las nociones como la de barrio patrimonial, ecología, pie de monte, etc., como banderas de lucha. Ver más información sobre el plan regulador y las reacciones de los vecinos en: www.comunidadecologicapenalolen.bligoo.com

Paradójicamente, junto con estos conflictos surge un arraigo al barrio y una implicación en sus problemas. Solidaridades de barrio que se cristalizan en torno a amenazas externas que reactivan la identidad y las redes sociales de antaño. Solidaridad de comunidad que se activa cuando hay una situación que toca el interés colectivo, que apelan a una identidad como una forma de lucha y resguardo ante las amenazas que provienen del exterior. El sujeto urbano moderno se encuentra en un contexto de inestabilidad mayor que en décadas pasadas, inserto en una situación de desequilibrio que lo aqueja, en una sensación de inseguridad latente.

Por la calle Antupirén va a haber un cambio de territorio y van a hacer más casas sociales. No sé qué tan sostenible sea ni tampoco sé del futuro de los barrios. Todavía no ocurre que a uno le roben, pero no sé cómo será la seguridad cuando vengas en el auto en la noche (Mujer adulta, Comunidad Ecológica).

Junto a estos “riesgos de la modernidad” que vienen desde afuera y que reactivan las solidaridades al interior de la Comunidad, surge también el tema de una gestión espacial interna, cuestión que pasa a ser vital para mediar las relaciones entre los vecinos, y que ya lo había sido en la época de los colonos de este territorio. Temas como la luz, el agua, la gestión de la basura, pasaron a ser para muchos habitantes una lucha constante con la que había que saber vivir.

En mi camino el agua es para todas las casas de la misma calle, entonces siempre ha sido un problema

porque hay que estar repartiéndose la cuenta, lo que hay que pagar y todo. Igual pasa con la luz, no hay medidores para cada casa, sino que para todo el camino. Esos son los problemas y conflictos, y se ha querido terminar con esa forma (Estudiante universitaria, Comunidad Ecológica).

Lo anterior expone cómo han ido cambiando los intereses y los valores de quienes habitan la comunidad. Se hace cada vez más difícil aunar intereses en una comunidad progresivamente heterogénea, lo que manifiesta una tensión y plantea la paradoja de la continuidad de este proyecto comunitario.

La Comunidad cuenta hoy día con un cierre y un acceso controlado. La mayoría de las casas se han enrejado y existe menos participación de los vecinos en las actividades del barrio.

Se da una cosa un poco ermitaña, de llegar y ojalá no volver a salir, es algo como de aislamiento contrario a la sociabilidad. Se produce una desconexión pero deseada. No he en casas cerca de ningún camino sino siempre en casas para dentro, sin ruido, ni luces de los autos pasando por delante de mi ventana. Pienso que como van las cosas uno se va a quedar con una casa con jardín grande y no como es ahora... aunque depende de nosotros. Pero uno se pone abúlico, cansado, va tirando la esponja. A veces dan ganas de participar en las directivas con roles más activos para defender lo que uno quiere, pero luego te das cuenta de que uno va contra la corriente. Entonces uno

dice que no merecemos estatus de comunidad (mujer adulta, Comunidad Ecológica).

Frente a esta desilusión, reaparece en forma contradictoria en el relato de esta misma habitante, el sentimiento de nostalgia de una comunidad, como una manera de enfrentar los cambios que trae la modernidad, de aferrarse a algo que está desapareciendo. Se trata de reconfigurar un lugar que pueda ser contenedor ante un mundo en constante cambio. Una especie de resistencia, un resguardo de una identidad que parece amenazada.

Dentro de todo es buscar una alternativa un poco distinta a lo que nos toca vivir diariamente, suena a cliché, pero de verdad estar en la naturaleza es una forma de vida, quizás una forma de resistencia a esta modernidad fagocitadora. Yo creo que es el único bastión, no sé si de libertad, pero de no sometimiento, de tratar de decir: ¡Déjenme un espacio! De vivir como uno quiere y no tener las típicas discusiones de cuando te dicen: “Si usted quiere agua potable, tiene que poner veredas, luces”. Es como un pequeño bastión de resistencia.

TERCERA PARTE:
ENTRE ANCLAJE, MOVILIDAD,
REPLIEGUE Y CONFINAMIENTO

CAPITULO VI.

ARQUETIPOS DE LA PROXIMIDAD Y LA MOVILIDAD

Considerando las dimensiones planteadas al comienzo de este libro y a modo de síntesis, se han identificado tres tipos de arquetipos de la proximidad y la movilidad: a) local, b) metropolitano y c) replegado-confinado.

Estos arquetipos corresponden a un ideal más que a un tipo existente en la realidad, no obstante, esta clasificación permite distinguir comportamientos comunes, sin pretender hacer una reducción del conjunto de los fenómenos observables en términos de movilidad cotidiana y anclaje en los distintos territorios.

Arquetipos encontrados en los tres territorios de estudio

ARQUETIPOS DE LA PROXIMIDAD COMO SOPORTE	VARIANTES (NÚMERO DE CASOS POR TERRITORIO)
Arquetipo local	Local confinado (9)
	Local móvil (3+7+5)
	Local hacia replegado (1+1+7)
Arquetipo metropolitano	Metropolitano hacia lo no-barrial (3)
	Metropolitano diferenciado (2)
	Metropolitano dependiente de lo barrial (4)
	Metropolitano autónomo (1)
Arquetipo replegado-confinado	Replegado confinado (1)
	Replegado hacia lo metropolitano (1)

Fuente: Elaboración propia

ARQUETIPO LOCAL

Uno de los principios fundamentales que va a caracterizar al arquetipo local es su configuración espacial dominada por la proximidad y un uso intensivo del barrio, ya sea como lugar de trabajo, de consumo doméstico o de tiempo libre. La práctica de la escala metropolitana será menos intensiva o en algunas oca-

siones escasa. Sobre todo, se trata de desplazamientos relativos al trabajo o desplazamientos de consumo por cuestiones específicas. Estos se caracterizan por un ir y venir en el sentido de que no se permanece, y la implicación con estos lugares frecuentados es menor. Para muchos, el territorio que está fuera de los límites próximos aparece como un espacio no conocido y poco manejable.

Los locales o aquellos adscritos al arquetipo local presentan, como su nombre lo dice, rasgos marcados de anclaje barrial. Se trata de habitantes que tienen un fuerte vínculo con el territorio de proximidad, sobre todo por el número de años que llevan habitando en él. En algunos casos se trata de los llamados colonos, los más antiguos, los primeros en llegar al territorio, quienes tienen el deseo de permanecer, de seguir viviendo en ese lugar.

Se trata de habitantes con escaso capital económico y que se ven en la necesidad de crear una red de relaciones centrada en el barrio y en el domicilio. Tienen una movilidad cotidiana basada en la caminata y los medios de transporte público, que en algunos casos puede ser combinada con el uso del automóvil privado de manera no regular. Algunos de ellos muy implicados en los problemas barriales, desarrollan prácticas y lazos fuertes con la proximidad, la casa-barrio, y comparten una historia e identidad territorial.

Su horizonte residencial es permanecer en la casa y en el barrio y fortalecer el arraigo. Se puede afirmar

que el barrio da cuenta de una fuerte relación de tipo afectivo, que se traduce en un anclaje importante de estos habitantes en la proximidad. Todos los locales tienen en común el hecho de ser dependientes de la escala de la proximidad y de una movilidad cotidiana conformada desde y alrededor de este espacio. El arquetipo local se caracteriza entonces por construir un soporte que articula la movilidad cotidiana en referencia a un lugar delimitado, constituido por la casa y el barrio, así como por una configuración del tiempo que se construye a partir de la idea de permanencia, bajo la forma de la duración y la regularidad. No obstante, y considerando los rasgos que caracterizan al arquetipo local, es necesario hilar un poco más fino, distinguiendo al menos tres variantes que aparecieron en los territorios.

Local confinado

Características como los vínculos afectivos en la proximidad, el deseo de permanecer en el barrio, los lazos vecinales en la proximidad y el uso intensivo de la caminata, si bien surgen como elementos distintivos, lo hacen con ciertos matices en el subarquetipo local confinado. Un ejemplo bastante revelador fue representado en El Castillo. Esta variante, corresponde a habitantes que, si bien se identifican con su territorio de proximidad, están confinados a él. Son habitantes de escasos recursos económicos, con empleos informales locales, que dependen del transporte público para los desplazamientos más lejanos y que si bien manifiestan

el deseo de cambiar de casa y de barrio en un futuro, están conscientes de que esto no es posible debido a los costos que significa. Si bien el territorio de proximidad es un soporte, este puede coartar prácticas de movilidad cotidiana más extensas.

Aunque se podría plantear que la mayoría de quienes viven en El Castillo están confinados a este lugar porque no eligieron habitar aquí, ya que fueron obligados por las políticas de vivienda de la época, se observa que el nivel de confinamiento no es igual para todos. De hecho, hay quienes tienen más perspectivas de cambio, mientras que otros no pueden dejar esta vivienda ni el barrio que habitan. Una de las formas que tienen estas personas para sobrellevar su confinamiento es por medio del discurso que intenta justificar esta imposibilidad de cambio, negando su existencia, al decir que en todas partes es igual. Su percepción del barrio y del entorno que rodea la vivienda es a veces contradictoria y oscila entre aspectos positivos (como la historia construida y los lazos creados) y aspectos más negativos, como la inseguridad, el miedo, la violencia.

Tal como se pudo comprobar en el caso de El Castillo, los habitantes también tienen estrategias que consisten en movilizar los recursos de la proximidad, tanto a nivel material como simbólico. Muchas veces para los más pobres es más fácil movilizar los recursos ligados a la proximidad que para los de la movilidad metropolitana.

Frente a una movilidad metropolitana más restringida (por trabajo, socialización, vacaciones, etc.) es

tos habitantes se ven obligados a ser muy móviles en la escala de la proximidad, manteniendo importantes prácticas de sociabilización, trabajo y consumo en este territorio. En El Castillo el empleo local informal y las redes sociales de proximidad son importantes dando cuenta del rol de 'la escena local', permitiendo a los habitantes contar con recursos y un espacio social que los configura como personas y habitantes de un barrio y de una ciudad.

Si bien el territorio de proximidad se constituye para estos grupos en un lugar lleno de sentido, tanto simbólico como práctico, este hecho podría transformarlos en habitantes replegados y presos de la proximidad, pues la imposibilidad de cambiar de casa y de barrio y la falta de recursos para ello, los confina cada vez más al territorio de proximidad.

[...] tampoco se puede, aunque uno quiera cambiarse, porque en todas partes es malo ahora [...] si llegamos a salir, es aquí nomás. Vamos a comprar y media vuelta [...] lo que pasa es que no somos felices aquí [...] (Hombre, El Castillo)

El territorio de proximidad se convierte en un tipo de soporte con doble efecto: por un lado, es un territorio de recursos (comercios, lazos sociales, trabajo, etc.) que vendría a aligerar el peso de la pobreza, los costos de moverse más lejos, así como la pesada carga que es saber que no podrán mudarse a una casa o barrio mejor; y por el otro, es un territorio que vendría a reforzar el arraigo con la proximidad, y además crearía

las condiciones de una dependencia y una confinación cada vez mayor. De hecho, la configuración del tiempo de estas personas se reduce, se limita a un tiempo más corto, exento de proyectos de largo plazo.

Lo más importante de destacar de esta variante que se ha llamado los ‘locales confinados’ y que se ve representada en gran parte en El Castillo, son las estrategias puestas en marcha por los habitantes para sacar provecho de la proximidad. La importancia que representan esos recursos para estos grupos da cuenta del rol que tiene el territorio de proximidad como soporte para su cotidianidad. No se puede olvidar que sus prácticas y su relación con el territorio están largamente limitadas y restringidas por la falta de recursos, situación que da cuenta de una oscilación entre anclaje y confinamiento al territorio próximo.

Local móvil

La segunda variante es el ‘local móvil’ quien comparte algunas características con las personas de la variante presentada anteriormente, sobre todo la importancia que tiene el territorio de proximidad como lugar de arraigo y lazos sociales. Esta variante de los locales fue representada en todos los territorios estudiados, sin embargo, fue más representativa en los casos de la Comunidad Ecológica y de Villa Portales.

En el Castillo se encontraron muy pocas personas que oscilaran entre el barrio y una movilidad cotidiana de tipo metropolitana, sobre todo por los costos monetarios que implica poder desplazarse. En El Castillo básicamente el local móvil fue identificado como aquellas personas que tenían una mejor situación económica: algunos poseían un automóvil que les permitía desplazamientos más autónomos fuera de la escala barrial-comunal, que establecían lazos con la proximidad, pero al mismo tiempo tenían proyectos de cambio residencial. Esto les permitía de alguna manera sobrellevar el riesgo de caer en un encierro o confinamiento en la escala de la proximidad. La movilidad cotidiana, tal como se verá en el grupo de ‘metropolitanos hacia no barriales’, se constituye en una forma de autonomía frente a la precariedad en la que están insertos.

En el caso de los otros dos territorios, la relación entre la proximidad y la movilidad cotidiana tiene un equilibrio más marcado. La proximidad se constituye para estos habitantes (Villa Portales y Comunidad Ecológica) en un recurso altamente valorado y que no se contrapone con la movilidad en esta y otras escalas. Se trata de habitantes autónomos, profesionales calificados, algunos trabajadores por cuenta propia, que a diferencia de la variante local-móvil encontrada en El Castillo, tienen un horizonte de cambio residencial menos marcado, pues la proximidad no es contradictoria con las prácticas que ocurren más allá de esta escala.

Así la proximidad es muy valorada, en especial por el soporte simbólico que representa, al mismo tiempo que la movilidad cotidiana se constituye en un recurso que se articula muy bien desde este territorio. Se podría caracterizar esta variante con el movimiento del 'ir y venir'. En el territorio de proximidad (casa-barrio) está el núcleo, el refugio, del que se sale por determinadas razones como trabajo, consumo y socialización, pero en el que está el 'lugar propio' desde donde se pueden imaginar y crear las estrategias.

La movilidad cotidiana de estos locales móviles podría caracterizarse como una movilidad que se efectúa teniendo como punto de referencia el territorio de proximidad al cual siempre se regresa. Las personas de este arquetipo no manifiestan una contradicción entre lo que es la vida en la proximidad y la vida de la ciudad; por el contrario, se conjuga de manera amable, tiene su razón de ser en relación con el punto de partida.

Son habitantes que aman su barrio, están muy implicados en él, poseen redes sociales y familiares allí y no tienen grandes expectativas de movilidad residencial. Se podría decir que su identidad se construye en relación con el territorio de proximidad, pues existe un anclaje socioterritorial marcado con este territorio. Su percepción del tiempo es un tiempo que privilegia la permanencia y la duración.

No obstante, lo anterior, se agrega otra característica: el hecho que estas personas, a diferencia de los

confinados, se mueven sin dificultad más allá de la escala de la proximidad. Más allá del barrio, de la comuna, a veces de la ciudad y también del país. Los desplazamientos más allá de la escala barrial y comunal son regulares y por razones específicas como trabajo, socialización, vacaciones, etc. Muchos cuentan con medios motorizados de transporte y de comunicación digital: automóvil e internet en el caso de la Comunidad Ecológica (los locales conectados) y transporte público en el caso de Villa Portales. Sin embargo, estos desplazamientos siempre van a estar delimitados por la pertenencia a un lugar de residencia permitiendo que muchas movilidades sean experimentadas como una extensión del territorio de la vida cotidiana.

Estos habitantes pueden salir lejos, pero vuelven para reencontrar a sus vecinos y la historia construida entre los muros de su casa y el barrio. Para estas personas la movilidad no es percibida como un escape, como la posibilidad de un cambio o como contradictoria con la vida del barrio; por el contrario, la movilidad cotidiana es vivida como complementaria y parte de la proximidad.

Local hacia replegado

Esta última variante, al igual que todas las variantes de los locales, está configurada por habitantes que han construido su identidad socioterritorial en referencia al territorio de proximidad. No obstante, y a raíz de

que se trata de habitantes que por el ciclo de su vida están en una edad avanzada, tienden a replegarse en el domicilio y la escala más próxima. Esta variante que se ha llamado 'local hacia replegado', se encuentra en todos los territorios estudiados, pero fue más evidente en el caso de Villa Portales (siete habitantes), sobre todo debido a la edad de las personas de este lugar.

Se trata de los llamados pioneros o colonos, los primeros en llegar al barrio, que llevan algunos más de 40 años habitando el lugar. La mayoría son propietarios y llegaron a una vivienda nueva. En su época más joven fueron bastante móviles en la escala metropolitana, sobre todo por trabajo, a medida que el nexo con el barrio se iba reforzando. Hoy sus desplazamientos han disminuido notoriamente; hacen pequeñas salidas a lugares cercanos y conocidos: el almacén de la esquina, el de las verduras, las visitas al consultorio, los trámites en los comercios cercanos, etc., al mismo tiempo que conservan las redes de amistad y de vecindad creadas a lo largo de los años en la proximidad. De hecho, lo esencial de la red de relaciones se sitúa en el barrio de residencia y se practica en el domicilio. Sin embargo, su movilidad cotidiana a nivel metropolitano es cada vez menor, y cuando necesitan salir lejos muchos deben contar con sus parientes o amigos para movilizarse.

Para las personas de esta variante el barrio y la vida en su interior ha cambiado desde que llegaron: el barrio se ha deteriorado, han llegado nuevos residentes, es más inseguro. No obstante, muy pocos manifiestan

el deseo de dejar su casa y su barrio. La mayoría quiere permanecer hasta sus últimos días, a pesar de las incomodidades que puede traer envejecer en este lugar: el tema de la inseguridad, las escaleras y el deterioro del espacio.

Esta variante corresponde a personas que se sienten depositarias de una historia, la historia de la fundación, de los comienzos. Se sienten con autoridad para hablar sobre los cambios y para expresar su opinión respecto de lo que sucede en él. Muchos de ellos crecieron, formaron su familia, tuvieron sus hijos y vieron los cambios de la sociedad desde este hábitat. De hecho, poseen una representación muy tradicional del espacio de proximidad, lo cual se contrapone con la representación que tienen de la ciudad, la cual les parece más ajena.

Se trata de habitantes locales con un fuerte anclaje en la casa y el barrio, lo que se traduce en un vínculo afectivo e identitario fuerte con el territorio. Desarrollan una movilidad reducida alrededor del territorio de proximidad, con una tendencia cada vez mayor de repliegue en el domicilio. En este caso parece ser que el ciclo de vida prima como un factor que viene a reforzar el repliegue y, por lo tanto, la clase y el tipo de comportamiento espacial.

ARQUETIPO METROPOLITANO

El segundo arquetipo encontrado es el de los metropolitanos. A diferencia del arquetipo local, son habitantes que tienen una relación con el barrio menos intensa y su relación de proximidad se configura sobre todo a partir del domicilio. En este la relación del individuo con el territorio se conforma a partir de la necesidad de acceder a los espacios que son portadores de relaciones sociales, de trabajo, culturales, etc. Espacios que se encuentran sobre todo en la escala metropolitana. Son habitantes que tienen proyectos de movilidad residencial como forma de acceder a nuevos recursos y capitales. En este caso, la proximidad es un soporte de tipo más instrumental, que se puede valorar o no dependiendo de los recursos con los que cuente: redes sociales, accesibilidad, tranquilidad, localización, estilo de vida, etc. Un buen ejemplo de esto es un uso del barrio desde su dimensión más práctica, lo cual se observó con las mujeres más móviles de la Comunidad Ecológica.

Este arquetipo corresponde a habitantes que hacen un uso importante de la movilidad cotidiana de tipo metropolitano, pues disponen de los recursos para ello. Hay una movilidad de consumo y socialización fuerte en la escala metropolitana y las relaciones en la escala barrial son de tipo cordial. También, en algunos casos, se trata de relaciones hostiles, de rechazo, de anomia, o desinterés por los problemas del barrio, lo que puede

conducir a un repliegue fuerte en el domicilio y/o un desarraigo barrial.

Al mismo tiempo, la identidad de las personas que componen este arquetipo no se construye como en los locales en relación con el lugar de residencia, por el contrario, ellos buscan diferenciarse a partir de los múltiples lugares a los que pueden acceder. La mayoría de estos habitantes cuentan con medios de transporte motorizados como el automóvil o al menos con una accesibilidad que está a la mano y que les permite desplazarse sin problemas. Este grupo maneja su movilidad cotidiana y dispone de ella, pues cuentan con los medios económicos y culturales que les permiten integrar nuevos tiempos y espacios sociales.

Se trata de un grupo de habitantes que valora el barrio no por sus aspectos simbólicos e identitarios, sino que sobre todo por su función de lugar. Esta función es en muchos casos de tipo instrumental y concierne a los recursos materiales, humanos o geográficos del lugar, lo que se traduce en términos de accesibilidad, proximidad o de confianza mutua.

Para algunos la proximidad se transforma en un lugar geográfico y socialmente estratégico, que les permite poder acceder a los recursos del espacio urbano. Para otros, los más precarios, se habita un lugar que no se desea y del cual se espera escapar por medio de la movilidad (cotidiana y residencial). Lo que hay de común entre quienes componen este arquetipo es que el territorio de proximidad constituye el lugar generador

de la movilidad. Su configuración temporal se basa en un tiempo fluido que permite hacer cambios y poder proyectarse. La proximidad no es percibida como un límite que restringe la acción, sino más bien como un soporte desde el cual es posible moverse para acceder a las oportunidades.

La relación con la proximidad es lo que distingue al arquetipo local del arquetipo metropolitano, donde lo que privilegian estos últimos es la relación de tipo instrumental con la proximidad que da lugar a una movilidad cotidiana hacia el exterior.

Metropolitano hacia no barrial

El metropolitano no barrial es una variante del metropolitano que se encuentra claramente representada en el grupo de los habitantes de menos recursos económicos. En El Castillo se pudo identificar a un grupo pequeño de personas que valoraba la movilidad cotidiana de tipo metropolitano en detrimento de un barrio que se consideraba hostil y peligroso.

En esta variante, los habitantes, a diferencia de los 'locales móviles', se sienten poco identificados con su barrio. Sobre todo, aparece la imagen de un barrio muy deteriorado, inseguro, violento y estigmatizado, del cual desean salir. Se trata de habitantes jóvenes que llegaron de pequeños junto a sus padres en la época de las erradicaciones, pero que hoy ya han formado su

propia familia y han podido mejorar un poco su condición económica: tienen un empleo formal remunerado. Ellos poseen un automóvil privado, que ha sido fruto de mucho esfuerzo y que les ha permitido poder escapar de una localización no deseada. Estas personas esperan en un futuro que el proyecto residencial de cambio de casa pueda realizarse, sobre todo, a un lugar más tranquilo y con menos delincuencia, más bonito, menos estigmatizado. Guardan el anhelo de poder cambiarse a barrios ubicados en La Florida o Puente Alto.

Los habitantes que componen esta variante valoran la movilidad metropolitana que desarrollan en relación con la posesión de un automóvil privado. En particular son sujetos más autónomos, no dependen del transporte público para desplazarse y pueden moverse hacia los lugares donde están los recursos que se desean con mayor facilidad. A ellos les gusta bastante desplazarse al centro comercial que está en la comuna de Puente Alto, ir al cine, a los supermercados o hacer salidas los fines de semana.

Estos habitantes corresponden a una minoría, tienen la posibilidad de acceder a recursos que para otros habitantes son limitados. Hay una movilidad cotidiana de consumo fuera del ámbito barrial y de proximidad que es muy valorada. Sin embargo, la proximidad se practica cada vez menos y se limita a las relaciones vecinales y familiares que se localizan generalmente en esta escala.

Lo que caracteriza a estos ‘metropolitanos hacia no barrial’ es su movilidad cotidiana basada en el automóvil y su proyecto de movilidad residencial de cambio de casa. Ambos recursos aparecen como los medios que les permiten escapar de una proximidad no deseada.

Metropolitano diferenciado

Otra de las variantes dentro del arquetipo metropolitano es el ‘metropolitano diferenciado’. Esta variante tiene rasgos en común con la variante anterior en el sentido de que se trata de habitantes que utilizan la movilidad cotidiana de tipo metropolitano para diferenciarse de su proximidad. Una proximidad que no es deseada y que se aleja de sus intereses socioculturales.

Esta variante fue identificada en Villa Portales y se caracteriza por tener una relación de tipo instrumental con el barrio. Si bien el barrio es valorado sobre todo por la historia construida en él, los lazos creados, los recuerdos y la imagen de un lugar único en la ciudad, este es un lugar del cual se quiere salir. Al igual que la variante anterior, las personas que componen este grupo desean en un futuro próximo una movilidad residencial que les permita cambiarse a un barrio de mejor calidad, en especial pensando en términos de nivel socioeconómico.

Estos habitantes (2) corresponden a un grupo muy minoritario, pero podrían ser parte de las otras

realidades que coexisten en Villa Portales y en la ciudad de Santiago. Valoran su barrio desde un punto de vista instrumental, es decir, sobre todo por su proximidad con el centro de la ciudad y su buena accesibilidad. Saben que mientras no puedan realizar una movilidad residencial, el barrio les conviene, desde él se pueden mover fácilmente hacia los lugares deseados de la ciudad. Ellos desarrollan una movilidad cotidiana sobre todo por consumo y socialización muy extensa, y que va más allá de la proximidad.

A pesar de que cuentan con muchos servicios en la proximidad, ellos prefieren ir a buscarlos a lugares que para ellos son más exclusivos, tal como relató un joven de Villa Portales. Muchos de estos habitantes prefieren desplazarse hacia el centro comercial que está en el cono oriente de la ciudad, considerado más exclusivo que el que se encuentra en la misma comuna.

La movilidad cotidiana que practican es centrífuga, dirigida desde el barrio hacia los lugares de interés y que les permite diferenciarse de quienes son más barriales y practican sólo la escala de la proximidad. Frente a la imposibilidad de realizar una movilidad residencial, el barrio y el territorio de proximidad es percibido como un centro geográfico que permite organizar la movilidad cotidiana y el acceso a los recursos diferenciadores como redes sociales, trabajo, cultura y ocio. En este caso, la escala de la proximidad no es un lugar identitario, como ocurría con los barriales móviles de la misma Villa; por el contrario, es el lugar que

les da la oportunidad de poner en práctica la movilidad cotidiana deseada y escapar así de la proximidad.

Metropolitano dependiente versus metropolitano autónomo

Estas dos variantes fueron encontradas en la Comunidad Ecológica de Peñalolén. La primera de ellas corresponde a habitantes que son móviles en la escala metropolitana, pero que dependen de la escala de la proximidad para moverse. La proximidad y los recursos encontrados en ella permiten gestionar y articular las movilidades cotidianas.

Se trata de habitantes que valoran y necesitan de las redes sociales y vecinales tejidas en la proximidad, pues ellas les permiten gestionar de mejor manera sus movilidades cotidianas. Esta variante está compuesta por personas que valoran la proximidad, pero al igual que la variante anterior, lo valoran desde su condición más funcional o práctica. Para estos metropolitanos dependientes las redes sociales y de cooperación creadas en la proximidad les permite moverse a escala metropolitana y disminuir los costos.

Así, por ejemplo, la importancia que tenían las redes de ayuda para recoger a los hijos de la escuela, cuidarlos, hacerse favores, gestiones altamente valoradas por estos móviles, les permite, sobre todo a las mujeres, aumentar su capital de movilidad y con esto poder moverse en diversos espacios y tiempos.

No es posible plantear que estos habitantes por ser móviles no se identifiquen con su proximidad, por el contrario, ellos eligieron este lugar como residencia porque se correspondía con su estilo o modo de vida. Pese a esto, la practicidad es lo que prima en esta variante y, por lo tanto, no dudarían en cambiarse a otro lugar en caso de que fuese necesario. Pareciese que se valora la casa como lugar propio al que se llega después de una larga jornada en la ciudad más que al barrio en sí mismo. Más que habitantes de un barrio o territorio en particular, son habitantes de una casa que está en un barrio con características específicas.

Al mismo tiempo, estas personas son muy dependientes de las condiciones y de los recursos disponibles en la proximidad, por lo tanto, si estas cambian y no son más convenientes, ellos saben que deberán partir. Para ellos es muy importante la planificación, el control y el manejo de sus movilidades cotidianas.

Estos metropolitanos dependientes de lo barrial se mueven entre diferentes espacios, cuentan siempre con un automóvil privado que les permite manejar sus movilidades. Generalmente, trabajan fuera de la escala de la proximidad, a la vez que consumen y socializan en diversos espacios. En el barrio también lo hacen, pero no de manera intensa y siempre asociada a sacarle provecho a los recursos que ahí se encuentran.

Por otro lado, y frente a esta variante del dependiente que necesita de las redes para su movilidad cotidiana, hay una variante opuesta, que se diferencia de la anterior en el sentido de que el barrio parece no ser necesario para la movilidad cotidiana. Estos habitantes son autónomos, personas que valoran su casa por sobre el barrio donde está ubicado. Salen de ella y regresan a ella, practicando e implicándose muy poco en el espacio barrial. El barrio o el territorio de proximidad no es un punto de referencia, tampoco un punto de encuentro, menos de las prácticas. Se trata de habitantes que cuentan con automóvil privado y los recursos necesarios para enfrentar los problemas de la organización doméstica y el trabajo.

Esta variante podría acercarse a la figura del replegado no barrial, pues su punto de referencia es la casa y no el barrio. Son habitantes que están replegados en la vivienda, así como a la vez son muy móviles en la escala metropolitana, sobre todo por motivos de trabajo. Si bien en la muestra de entrevistados hay un solo habitante que podría entrar en esta variante, se plantea, por medio de los relatos y de la observación, que hay muchos más que no se implican con la escala barrial ni de manera afectiva ni de manera práctica. Por el contrario, este espacio es poco practicado y por lo tanto la casa es el punto central desde donde las movilidades cotidianas se producen. Sin embargo, ello no significa que no les guste el barrio ni lo valoren; a la inversa, han elegido libremente vivir ahí.

ARQUETIPO REPLEGADO-CONFINADO

Es el último arquetipo que se ha distinguido en los territorios. No son ni barriales ni móviles, pero quizás lo fueron antes de entrar a esta configuración. Se han encontrado dos casos: uno en El Castillo y otro en La Comunidad Ecológica. No se debe olvidar que hay más casos en Villa Portales. Ejemplo de ellos es el grupo que he llamado anteriormente 'local hacia replegado', en el cual los habitantes si bien habían tenido en el pasado prácticas barriales importantes, hoy, debido a su posición en el ciclo de vida, comienzan un repliegue en el domicilio.

En el arquetipo 'replegado-confinado' existe un encierro en el domicilio, en tanto que el entorno y el barrio se consideran hostiles y peligrosos. De hecho, estas personas manifiestan tener muy pocos lazos barriales y no cuidarlos. Así como el barrio les parece ajeno, las personas que lo habitan también resultan extrañas. Son personas que tienen miedo de su entorno próximo y por lo tanto se refugian en la vivienda como el lugar propio. Al mismo tiempo, se trata de personas muy precarias en el caso de El Castillo o con una situación laboral no muy estable en el caso de la Comunidad Ecológica, por lo tanto, tienen pocas posibilidades de cambiar la situación o de optar a una movilidad residencial.

Estos habitantes, no desarrollan una movilidad cotidiana muy fuerte en la escala metropolitana y la practican por temas específicos como el trabajo, los trámites, las compras. Valoran bastante su casa frente a un entorno que parece amenazante. Los replegados no valoran los recursos de la proximidad ni la movilidad cotidiana de tipo metropolitano, y el soporte se constituye esencialmente a partir del domicilio.

El replegado confinado

El replegado confinado es una variante extrema del replegado. Esta variante se encontró en El Castillo y está representada por un hombre que rehúsa buscar trabajo fuera de la escala de la proximidad y que se repliega en la vivienda. Este hombre muy precario, con escaso capital económico, se repliega en los límites de su vivienda a la espera de un trabajo. Al mismo tiempo que no se sirve del barrio como recurso, lo considera inseguro, malo, peligroso. Por lo mismo, él ni los miembros de su familia cuidan los lazos vecinales y los recursos de esta escala.

La movilidad cotidiana en la escala barrial es muy escasa y se focaliza en el abastecimiento más que en el reforzamiento de las redes vecinales. Este habitante que ha decidido replegarse, está también confinado a su territorio, en la medida que no tiene cómo cambiar su situación (está sin trabajo y no tiene los lazos vecinales), por lo que se encuentra atrapado en su domi-

cilio. Tampoco manifiesta un real deseo de cambiar de casa y de hogar, pues sabe lo difícil que es, al mismo tiempo que argumenta que en todos los barrios se vive lo mismo. Está confinado y replegado ante una situación que no puede manejar y que se acentúa en el momento que rechaza desplazarse para buscar un trabajo lejano y echar mano a las redes de proximidad.

Replegado hacia metropolitano

La segunda variante es similar al caso anterior, pero difiere en el nivel de confinamiento. El 'replegado hacia metropolitano' tiene más posibilidades de salir de la situación en que se encuentra el 'replegado confinado' y de poder acceder a los recursos de la ciudad. Esta variante, se encontró en la Comunidad Ecológica. Si bien este tiene una movilidad cotidiana hacia fuera de la casa y el barrio por temas de consumo, abastecimiento, trabajo, etc., no es un individuo móvil como los otros. Cuenta con un solo automóvil en la familia, lo que implica desplazamientos menos autónomos y tampoco tiene redes vecinales estrechas.

Para este habitante la ciudad parece insegura al mismo tiempo que percibe que el entorno del barrio al cual llegó hace 20 años se ha contaminado, por lo que manifiesta un rechazo por el sector alledaño a su casa, no le gusta el ambiente, la gente que vive en él ni los problemas que hay. De esta forma este hombre justifica este movimiento hacia la casa como un lugar

seguro y amable frente a un exterior amenazante. A este habitante y su familia le gustaría poder dejar el barrio donde está su casa, pero por temas económicos y de no contar con un empleo estable se ve limitado a poder hacerlo.

En este caso, el arraigo socioespacial está dado por la casa más que por el barrio. El 'replegado hacia metropolitano' comparte muy poco con sus vecinos, no tiene redes de proximidad ni tampoco el deseo de mejorar e invertir en el barrio. Su red social se centra en la familia y los amigos.

CONCLUSIONES:

LA MOVILIDAD DESDE UNA ESCALA LOCAL Y HUMANA

Al llegar a estas páginas finales y luego de haber recorrido estos tres territorios a partir de las prácticas de movilidad de sus habitantes y las formas de relacionarse con la proximidad, asoma con fuerza la idea de que las grandes dinámicas urbanas producidas en Santiago de Chile en las últimas décadas, han afectado la vida cotidiana en su escala más local, demostrando la importancia de la densidad de la proximidad en esta realidad latinoamericana. Surge con fuerza la idea de que al centrar el análisis en la microescala es posible comprender muchas de las prácticas de movilidad cotidiana de los habitantes y sus familias.

¿Qué nos dice la proximidad y las prácticas de movilidad, sobre el habitar de una ciudad como Santiago de Chile?

El primer elemento que emerge, es el hecho que la movilidad no sólo se refiere a un desplazamiento origen-destino, sino que toma sentido en las relaciones tejidas entre un territorio y sus habitantes. De esta manera, ellos se construyen en su relación con el mundo y con el espacio que habitan, desde lo más íntimo del hogar, hasta el barrio y la ciudad. La paradoja de la condición urbana consiste, según Mongin (2006), en que los

lugares deben permitir establecer una relación con los flujos. Es el anclaje en la proximidad lo que hace posible la exploración de la ciudad en sus diversas escalas. Ir lejos, viajar, desplazarse largas distancias, no implica una ruptura con el lugar de origen, con la familia, con el medio ambiente cotidiano, por el contrario, es el soporte en la proximidad lo que permite que muchas prácticas de movilidad puedan ponerse en marcha.

A partir de este recorrido por tres territorios de Santiago de Chile, se evidencian las prácticas de movilidad como actos espacializados con un significado que teje vínculos y anclajes con los lugares. Prácticas que le permiten al habitante de la casa, el barrio y la ciudad realizar sus proyectos y controlar su relación con el mundo y los otros.

En el caso de los grupos más desfavorecidos de la ciudad, se demostró cómo el territorio de proximidad se constituye en una base de apoyo que les permite desarrollar estrategias de sobrevivencia. La localización del trabajo en la proximidad, la importancia de las redes vecinales y sociales hace del territorio de proximidad un escenario de dependencia que oscila entre el arraigo y el confinamiento.

También se pudo observar cómo las clases medias y altas de la ciudad construyen formas de relación con la proximidad, en las que el barrio se constituye en un lugar de identificación y marcaje social, y además, es

para muchos el lugar desde donde desarrollan prácticas y estrategias de movilidad cotidiana.

La importancia que tiene, por ejemplo, el trabajo en la proximidad pone a esta escala como un lugar de recursos importantes, como un amortiguador de la exigencia a una movilidad más lejana y agotadora. Los lazos creados y las relaciones de vecindad actúan como elementos complementarios de las movilidades, que por la localización periférica en la que se encuentran, son más costosas y requieren mucha planificación.

Algunas familias de clase media y alta de la ciudad de Santiago aspiran también a una inserción social marcada por la proximidad. Los habitantes se sienten agobiados y cansados por una exigencia cada vez más imperiosa a la movilidad, por lo mismo, reivindican un derecho a la proximidad que les permita conservar su cotidianidad.

En espacios más centrales y tradicionales de la ciudad, la realidad encontrada no fue muy distinta. El fuerte arraigo en el barrio, dado por la historia compartida y los vínculos contruidos, no se contradice con la movilidad cotidiana, sino que es posible gracias a las condiciones de accesibilidad y movilidad con la que cuenta el territorio, lo cual, contrariamente a lo que se podría pensar, permite hacer más profundo el arraigo.

Es el anclaje en la proximidad lo que le permite al habitante explorar nuevos territorios, al mismo tiempo

que sentirse parte de una comunidad. Es decir, construir lugares en los que es posible permanecer al mismo tiempo que explorar la ciudad. Se trata de desplazarse, pero siendo lo menos móvil posible, es decir, tratando de alterar en lo mínimo la rutina de la vida cotidiana ligada al territorio de proximidad.

Se plantea que la adscripción al territorio de proximidad no es sólo condición de los grupos cautivos, también lo es de todos los grupos sociales que habitan la ciudad. El habitante no debe ser analizado como un residente siempre móvil, sin lazos ni adscripciones, sino como un habitante, como alguien que practica, viviendo en los lugares. Los habitantes están muchas veces sumidos a restricciones, por lo mismo ponen en práctica lógicas de acción, desarrollan estrategias y generan lazos con los espacios que habitan.

El ideal de proximidad no excluye la construcción de nuevas proximidades. Si bien los habitantes pueden construir sus relaciones de vecindad en espacios cercanos a su residencia, hoy día también pueden hacerlo en lugares de referencia más alejados, dando cuenta de que el habitar y los modos de vida no solo se reducen a la escala más próxima en términos geográficos.

El segundo elemento a destacar se relaciona con que los anclajes, arraigos y vínculos que tejen los habitantes con sus espacios más próximos influyen directamente en sus maneras de moverse por la ciudad. Es una recurrencia territorial. Con la pretensión de salir de la idea de

que existe un efecto de lugar, se observa cómo se dan diferencias entre los modos de vida en función del ambiente que se habita —perirurbanos, centrales, excluidos—, pero también similitudes en sus movilidades y anclajes.

Para comprender las movilidades cotidianas de los habitantes de Santiago es dable entonces poner la mirada en las relaciones que se dan entre individuo y territorio. Es un hecho que no todos los habitantes tienen las mismas percepciones ni desarrollan la misma relación con la proximidad. Las representaciones negativas del espacio que se habita pueden ser una condicionante de un tipo de relación con el territorio. Habitantes que viven su barrio sin implicarse en él, podrían replegarse en su casa y usar el automóvil como forma de escapar de las restricciones del contexto residencial.

La movilidad o la inmovilidad, como planteaba Begag (1995), estaría condicionada por la percepción que se tiene del espacio que se habita, por los lazos relacionales con el vecindario y por las aspiraciones de mudarse o no. De hecho, las representaciones y las actitudes de los habitantes en relación con las salidas o con la movilidad, en general, están ligadas a la apreciación que se tenga del espacio más próximo.

En consonancia, un análisis centrado en las significaciones de los desplazamientos, el anclaje y los vínculos tejidos con el territorio y la movilidad cotidiana en función de las actividades que motivan los desplazamientos, permite comprender las formas de habitar la

ciudad desde un punto de vista más humano, centrado en el habitar, sin limitarse a las categorías sociales y a la localización espacial de los habitantes.

Un tercer elemento conclusivo dice relación con el error –más o menos común– de centrar el análisis de la movilidad en quién se mueve más y en quién se mueve menos. A través de los tres territorios analizados hemos aprendido que aquellos habitantes que toman la proximidad como su lugar de referencia, son más móviles que aquellos que trabajan al otro lado de la ciudad. Esto cambia las ideas preconcebidas sobre la dicotómica relación móvil-no móvil, poniendo de manifiesto nuevos elementos. La importancia del estudio de la movilidad recae no sólo en las distancias recorridas, en el uso de los medios de transporte o en el acceso a determinados recursos. La movilidad también puede ser leída a través de la experiencia que tiene el propio habitante, es decir, en la forma en que compone, transforma y se apropia de los diferentes territorios que practica: una verdadera ‘movilidad en la experiencia’.

Parece entonces importante relevar el grado de inscripción territorial del habitante y su relación con la movilidad. El uso del automóvil en las poblaciones más pobres, la capacidad de valerse de la proximidad, las redes y vínculos vecinales en las clases altas, la accesibilidad, el arraigo y la historia construida, dan cuenta de una determinada inscripción socioterritorial que revela las diferentes formas de habitar, de ocupar y de ser en la ciudad.

Todos los habitantes están bajo una exigencia a la movilidad y todos, ricos y pobres, pequeños y grandes, deben de alguna manera hacer prueba de las capacidades para poder salir adelante y armonizar sus desplazamientos cotidianos.

Muchas veces los habitantes que catalogamos como hipermóviles, debido a las largas distancias y tiempos recorridos, cargan con una exigencia a la movilidad que se vive con pesar y angustia. Deben hacer prueba de coordinación de las esferas familiares y profesionales, llevando una vida marcada por múltiples restricciones. La accesibilidad, la distancia y la velocidad no son necesariamente signos de libertad y de realización. Lo anterior, modifica las ideas preconcebidas sobre la movilidad, pues ser móvil no significa necesariamente desplazarse rápido y lejos. Un habitante que se desplaza mucho en su cotidianeidad puede ser muy poco móvil, pues vive sumido en restricciones, al mismo tiempo que alguien que se desplaza sólo en su territorio de proximidad puede ser muy móvil, pues logra desarrollar sus proyectos de vida al tiempo que controla su relación con los otros (Kaufmann, 2011).

Son entonces los propios habitantes los que hacen la ciudad y no al revés. La movilidad no solo puede remitirse a la búsqueda de la accesibilidad, la velocidad y la distancia. Por el contrario, muchos habitantes de la ciudad reivindican un derecho a la proximidad que se complementa con un derecho a la movilidad. Al decir de Ther (2012), los territorios deben ser compren-

didos como un proceso del tipo local/global/local que acontece desorganizándose y reorganizándose continuamente. A partir de esta perspectiva, la movilidad se comprende haciéndose, aconteciendo. Al mismo tiempo, está compuesta de dos caras: la velocidad y la lentitud, y la proximidad y la distancia. La movilidad toma diversas connotaciones revelando su ambigüedad, es decir, la existencia de un deseo de acceso máximo a la ciudad, sus bienes y servicios, al mismo tiempo que un deseo de desarrollar una vida centrada en los territorios de la proximidad.

Finalmente, cobra validez preguntarse para la ciudad de Santiago de Chile: ¿Cómo generar un equilibrio entre movilidad y proximidad, un equilibrio que permita garantizar una mejor calidad de vida para los habitantes de las ciudades? ¿Cuáles son las proximidades construidas por ellos? ¿Cuáles son los territorios sobre los que las políticas públicas deben actuar?

La ciudad se vuelve pregunta, se abre calidoscópicamente, por medio de la evidenciación de procesos cotidianos de proximidad y movilidad que hombres, mujeres, niños y viejos experimentan. Esto hace que Santiago siga siendo –más que una respuesta– una pregunta sobre el habitar, el vivir y su desenlace cotidiano, muy arraigado a la ‘movilidad en la experiencia’.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arizaga, C. (2005). *El mito de comunidad en la ciudad mundializada: estilos de vida y nuevas clases medias en urbanizaciones cerradas* (1 ed.). Buenos Aires: Cielo por Asalto.
- Ascher, F. (1998). "La fin des quartiers". In N. Haumont (Ed.), *L'urbain dans tous ses états faire, vivre et dire la ville* (183-201). Paris, Montréal: L'Harmattan.
- Augé, M. (1994). *Los "no lugares" espacios del anonimato: una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Bachelard, G. (1975). *La poética del espacio* (2a ed en español ed.). México: Fondo de Cultura Económica.
- Banderas, L. (2008). "Preferencias de localización y trayectorias de la población vulnerable de la Región Metropolitana". Magíster en Desarrollo Urbano, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile.
- Begag, A. (1995). *Espace et exclusion: mobilités dans les quartiers périphériques d'Avignon*. Paris: L'Harmattan.
- Bonvalet, C., & Brun, J. (2002). "Etat des lieux des recherches sur la mobilité résidentielle en France". In J.-P. Levy & F. o. Dureau (Eds.), *L'accès à la ville: les mobilités spatiales en question*. Paris: L'Harmattan.
- Cuturello, P., Godard, F., & Pendaries, J.-R. (1982). *Familles mobilisées: accession à la propriété du logement et notion d'effort des ménages*. Paris: Plan construction.
- Fol, S. (2009). *La mobilité des pauvres. Pratiques d'habitants et politiques publiques*. Paris: Belin.
- Forray, R., Márquez, F., & Sepúlveda, C. (2011). *Unidad Vecinal Portales. Arquitectura, identidad y patrimonio. 1955-1960*. Santiago de Chile.: Pontificia Universidad Católica de Chile. Ministerio de Vivienda y Urbanismo. Programa de recuperación de barrios "Quiero mi Barrio".
- García, J. L. (1976). *Antropología del territorio*. Madrid: Taller Ediciones J.B. In Ontiveros, T. (2006). "Vivienda popular

- urbana y vida cotidiana". Paper presented at the Congreso Nacional de Antropología, Mérida, Venezuela.
- Germain, A. (2004). "Significations et enjeux du quartier dans la ville contemporaine". Paper presented at the Dîner-Conférences, Québec.
- Gurovich, A. (1989). "Una ciudad interminable: La Pintana". *Revista Oficial del Colegio de Arquitectos de Chile* (57).
- Hidalgo, R. (1999). "La vivienda social en Chile: la acción del Estado en un siglo de planes y programas". *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, 45(1). Retrieved from <http://www.ub.edu/geocrit/sn-45-1.htm>
- . (2005). *La vivienda social en Chile y la construcción del espacio urbano en el Santiago del siglo XX*. Santiago Chile: Instituto de Geografía; Pontificia Universidad Católica de Chile; Centro de Investigaciones Diego Barros Arana
- . (2007). "¿Se acabó el suelo en la gran ciudad?: Las nuevas periferias metropolitanas de la vivienda social en Santiago de Chile". *EURE*, 33(98), 57-75. Retrieved from http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0250-71612007000100004&nrm=iso
- Janoschka, M. (2002). "El nuevo modelo de la ciudad latinoamericana: fragmentación y privatización". *EURE*, 28(85), 11-20. Retrieved from http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0250-71612002008500002&nrm=iso
- Jirón, P., Lange, C., & Bertrand, M. (2010). "Exclusión y desigualdad espacial: retrato desde la movilidad cotidiana". *Revista INVI*, 25(68), 15-57.
- Jouffe, Y., & Campos, F. (2009). "Movilidad para la emancipación o el arraigo. Ciudades" (82). s/p
- Kaufmann, V. (2011). "Un droit au changement et à la diversité. Métropolitiques". Retrieved from Métropolitiques website: <http://www.metropolitiques.eu/Un-droit-au-changement-et-a-la.html>
- Le Breton, E. (2004). *Les épreuves de la dispersion (recherche exploratoire sur les expériences individuelles de la société dispersée)* (169). Paris: DRAST-PREDIT.

- Lindón, A. (2005). "El mito de la casa propia y las formas de habitar". *Scripta Nova. Revista Electrónica de geografía y ciencias sociales*, 9(194). Retrieved from <http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-194-20.htm>
- Lussault, M. (2003). Quartier. In J. Lévy & M. Lussault (Eds.), *Dictionnaire de la géographie et de l'espace des sociétés*. Paris: Belin.
- Mardones, R. (2009). "¿No en mi patio trasero!: el caso de la Comunidad Ecológica de Peñalolén". *Íconos. Revista de Ciencias Sociales* (34), 139-149.
- Márquez, F. (2006). "Identidades urbanas en Santiago de Chile". *Proposiciones* (35), 70-84.
- Merklen, D. (2009). *Quartiers populaires, quartiers politiques*. Paris: La Dispute.
- Mongin, O. (2006). *La condición urbana: la ciudad a la hora de la mundialización*. Buenos Aires: Paidós.
- Ossa, C., & Richard, N. (2004). *Santiago imaginado*. Bogotá, Colombia: Convenio Andrés Bello, Universidad Nacional de Colombia.
- Paquette, C. (2010). "Mobilité quotidienne et accès à la ville des ménages périurbains dans l'agglomération de Mexico. Une lecture des liens entre pauvreté et mobilité". *Revue Tiers Monde*, 201(1), 157-175.
- Perec, G. (1999). *Especies de espacios*. Barcelona: Montesinos.
- Pool, J. J. (2008). "Rescate de áreas patrimoniales en obsolescencia: la Unidad Vecinal Portales". Tesis Magíster en Desarrollo Urbano, Pontificia Universidad Católica del Chile, Santiago.
- Rodríguez, A., & Icaza, A. (1993). "Procesos de expulsión de habitantes de bajos ingresos del centro de Santiago, 1981-1990". *Proposiciones* (22).
- Rosas, I., & Guerrero, M. (1996). "Autoproduction et création de l'espace résidentiel dans les barrios de Caracas". In Y. Pedrazzini, J.-C. Bolay & M. Bassand (Eds.), *Habitat créatif: éloges des faiseurs de ville: habitants et architectes d'Amérique Latine et d'Europa* (57-70). Lausanne; Paris: IREC, Ecole polytechnique fédérale de Lausanne: Commission Suisse pour l'UNESCO; Fondation pour le progrès de l'homme.

“Se presentan aspectos de la subjetividad individual para caracterizar situaciones de proximidad y diferencia entre tipos y circunstancias de estrategias de movilidad, en función de distintos orígenes del vivir y de la relación que los individuos entretejen con los espacios, sus arraigos y conflictos”.

Dimas Floriani, Sociólogo

“Es un libro para público en general, que narra tres trayectorias urbanas correspondientes a los modos de habitar de la ciudad: una asociada a la erradicación de campamentos, la otra ligada a los proyectos habitacionales modernos y la tercera acerca de un condominio que entraña una cierta utopía urbana. Tales espacios sirven de anclajes para acceder al suelo urbano y ejercer la movilidad como una condición de vida actual”.

Juan Carlos Skewes, Antropólogo

“Tiene el potencial de ser de interés de un público amplio, desde profesionales ligados a actividades de gestión y planificación urbana, hasta público general interesado en saber más sobre la ciudad de Santiago, especialmente, en este momento en el que nos encontramos revisando nuestras formas de vivir, y, por lo tanto, de habitar la ciudad”.

Soledad Martínez, Antropóloga

